Enid Blyton

MISTERIO EN LA CASA DESHABITADA

Los cinco investigadores y «Buster» se encuentran durante las vacaciones de Navidad. La casualidad les lleva a verse inmersos en un nuevo misterio: la habitación de una casa deshabitada completamente amueblada. Poniendo en práctica los conocimientos y trucos detectivescos adquiridos por Fatty, el actual líder del grupo, consiguen aclarar el enigma a la vez que logran despistar al policía, el señor Goon.



Enid Blyton

Misterio en la casa deshabitada

Colección Misterio 03

ePub r1.0
gimli 31.01.14

Título original: *The Mystery of the Secret Room*
Enid Blyton, 1945
Traducción: Maria Dolores Reich
Ilustraciones: Joseph Abbey
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Capítulo primero

De la escuela al hogar

Pip sacó sus bártulos de pintar y, tras atizar el fuego del cuarto de jugar, sentóse a terminar sus felicitaciones de Navidad.

—Te salen muy bien, Pip —comentó Bets, mirando por encima del hombro al muchacho—. Ojalá supiera iluminar dibujos perfilando los contornos como tú.

—Eres muy pequeña todavía —consolóla Pip, procediendo a pintar unas rayas rojas que figuraban en la felicitación.

—¡Pero si acabo de cumplir nueve años! —exclamó Bets—. Ya empiezo a ser mayor. Tú aún no tienes doce años, Pip, de modo que ahora sólo me llevas tres.

—¿Cuándo vendrán los demás? —inquirió Pip, echando una ojeada al reloj de pared—. Les dije que lo hiciesen temprano. Resulta muy divertido preparar nuestros regalos navideños juntos.

Bets acercóse a la ventana de la espaciosa sala destinada a los niños.

—Ahí vienen Larry y Daisy —anunció la niña—. ¡Oh, Pip! ¿Verdad que es maravilloso volver a estar todos juntos otra vez?

Bets no iba al pensionado como los demás y solía sentirse muy sola durante los trimestres de clase, cuando se hallaban ausentes su hermano Pip y sus tres amigos Larry y Daisy Daykin, y Fatty Trotteville.

Pero, al presente, eran las vacaciones de Navidad y estaban todas en sus respectivos hogares. Bets no cabía en sí de gozo. Volvía o disfrutar de la compañía de su hermano, se acercaba Navidad y, por si fuera poco, «Buster», el encantador perro de Fatty, por el cual la niña sentía tanto cariño, acudiría a verla todos los días sin

excepción.

Larry y Daisy subieron la escalera de acceso al cuarto de jugar.

—¡Hola! —saludó Larry—. ¿Aún no has terminado tus felicitaciones? Yo todavía tengo tres por hacer y a Daisy le falta un regalo por terminar. Lo hemos traído todo aquí.

—¡Buena idea! —celebró Pip, metiéndose el pincel en la boca para afinar la punta—. Hay mucho sitio en la mesa. Fatty no ha venido todavía.

Un fuerte ladrido procedente del exterior atrajo de nuevo a Bets a la ventana.

—¡Es «Buster»! —exclamó la niña—. Ahí viene Fatty. ¡Cielos! ¡Me parece que está más gordinflón que nunca!

A los pocos momentos, Fatty y «Buster» entraron en la sala, el chico muy atildado y satisfecho de sí mismo, y el perro loco de excitación, echándose encima de todos y lamiéndoles a más y mejor.

—¡Hala, querido «Buster»! —profirió Bets—. ¡Oh, Fatty! ¿Sabes qué te digo? ¡Que «Buster» se ha adelgazado y tú has engordado!

—¡Y habrá que ver a Fatty después de Navidad! —bromeó Larry, instalándose en la mesa—. No creo que haya adelgazado un ápice para entonces. ¿Has traído tus felicitaciones para terminar, Fatty? A mí me faltan muy pocas para completar mi lista.

Larry y Daisy eran hermanos. Fatty era hijo único, siempre muy satisfecho de sí, y «Buster» era su fiel compañero. Los cinco chicos y «Buster» habían trabado una firme amistad.

Fatty depositó un grueso libro y una bella felicitación navideña hecha por él mismo, sobre su amplia mesa de trabajo.

—¡Qué preciosa felicitación, Fatty! —ensalzó Bets, tomándola al punto—. ¿Es posible que la hayas hecho tú? ¡Válgame Dios! ¡Es tan bonita como las que venden en las tiendas!

—¡Oh, verás! —alardeó Fatty, complacido—. No dibujo del todo mal, ¿sabes? Este trimestre he vuelto a obtener sobresaliente, y el profesor de dibujo aseguró…

—¡Silencio! —exclamaron Pip, Larry y Daisy, todos a una.

Fatty tenía la mala costumbre de jactarse de sus habilidades, y sus compañeros habíanse propuesto corregirle.

—¡Está bien, está bien! —refunfuñó Fatty, ofendido—. ¡Siempre

contra mí! Ahora no pienso deciros para quién es esta felicitación.

—Me figuro que para tu adulador profesor de dibujo —masculló Pip, pintando cuidadosamente una hoja de acebo.

Fatty guardó silencio.

—Dime para quién es —instó Bets, mirándole—. Quiero saberlo. Opino que es preciosa.

—De hecho —manifestó Fatty—, abrigaba el propósito de mandar esta felicitación y este libro a un amigo nuestro, de parte de «todos» nosotros. Pero, en vista de que Bets es la única que admira la felicitación, la mandaré por mi cuenta.

Los otros miráronle asombrados.

—¿Para quién es entonces? —preguntó Daisy, tomándola para contemplarla—. Es estupenda. ¿Estos cinco chicos somos nosotros? ¿Y ese perro, «Buster»?

—En efecto —asintió Fatty—. ¿Adivináis para quién es? Pues para el inspector Jenks.

—¡Oh, qué buena idea! —celebró Bets—. ¿Y el libro también? ¿De qué trata?

La niña abrió el ejemplar. Era un libro sobre pesca.

—Has tenido una magnífica idea, Fatty —reconoció Larry—. El inspector está loco por la pesca. Estará encantado con el libro y la felicitación. Mándaselos de parte de todos nosotros. Son preciosos.

—Eso es lo que me proponía —declaró Fatty—. Podemos pagar el libro entre todos y escribir nuestros nombres en la felicitación. Mirad lo que he puesto dentro.

Fatty abrió la felicitación y sus amigos inclináronse a mirar las primorosas y bellas letras de imprenta que componían la siguiente frase:

«FELICES PASCUAS DE LOS CINCO PESQUISIDORES… Y EL PERRO».

—¡Estupendo! —ensalzó Pip—. ¡Caracoles! ¿No os parece que lo hemos pasado muy bien haciendo de Pesquisidores? Confío en que tendremos más misterios que desentrañar.

—Desentrañamos el Misterio en la villa incendiada y el Misterio del gato desaparecido —recordó Daisy—. Siento curiosidad por

saber cuál será nuestro próximo misterio. ¿Creéis que se nos ofrecerá alguno en estas vacaciones?

—No me sorprendería —respondió Fatty—. ¿Alguno de vosotros ha visto al viejo Ahuyentador?

El Ahuyentador era el policía del pueblo. Se llamaba señor Goon y los chicos le detestaban. Él les detestaba a su vez, sobre todo desde que, por dos veces ya, habían logrado resolver sendos problemas antes que él.

Ninguno había visto al señor Goon, ni tenían particular interés en verle. El policía distaba mucho de ser una persona simpática y, para colmo, tenía una carota colorada y los ojos saltones como una rana.

—Propongo que firmemos todos esta felicitación —instó Fatty, sacando del bolsillo una bonita estilográfica.

Fatty tenía siempre lo mejor de lo mejor, amén de abundante dinero para sus gastos. Pero, como siempre estaba dispuesto a compartir este último con los demás, no había complicaciones.

—Primero, el mayor —aconsejó Pip.

Así, pues, Larry tomó la pluma. Tenía trece años. El muchacho firmó primorosamente con su nombre y apellido: «Lorenzo Daykin».

—Ahora yo —intervino Fatty—. Cumpliré trece años la semana próxima. Tú no los cumplirás hasta Año Nuevo, Pip.

Y el gordito firmó, a su vez: «Federico Algernon Trotteville».

—Apuesto a que nunca firmas con tus iniciales completas. Fatty —comentó Pip, tomando la pluma—. Diría «F. A. T.[1]».

—Naturalmente que no —repuso Fatty—. Tú tampoco lo harías si tuvieses mis iniciales. Sería buscar tres pies al gato.

Pip firmó: «Felipe Hilton», Luego Daisy puso su nombre: «Margarita Daykin».

—Ahora tú, pequeña Bets —ordenó Fatty, tendiéndole la pluma —. Procura hacer buena letra.

Sacando la lengua, Bets firmó con su nombre y apellido, con letras algo separadas. «Isabel Hilton». Después añadió: «Bets».

—Por si acaso no recuerda que Isabel soy yo —explicó.

—¡Claro que se acuerda! —exclamó Fatty—. Apuesto a que jamás olvida nada. Es muy listo. Para llegar a inspector de policía hay que tener mucho talento. Somos muy afortunados de contar con

un amigo como él.

Lo eran, en efecto, pero el inspector profesaba, a su vez, viva simpatía y admiración a los Cinco Pesquisidores, pues éstos habíanle prestado una valiosa ayuda en dos complicados casos.

—Espero que tendremos ocasión de ser Pesquisidores otra vez —suspiró Bets.

—Opino que deberíamos buscar un nombre mejor —propuso Fatty, tapando su estilográfica—. Eso de Pesquisidores me parece muy tonto. Nadie nos tomará por detectives de primera categoría.

—En realidad, no lo somos —replicó Larry—. No somos detectives, a pesar de que nos hacemos ilusiones de serlo. El nombre que tenemos es muy propio; somos simplemente unos chicos que averiguan cosas.

Fatty no estaba de acuerdo.

—Somos más que eso —protestó sentándose a la mesa—. ¿Acaso no vencimos al viejo Goon por dos veces? No tengo inconveniente en deciros que pienso ser un famoso detective cuando sea mayor. Creo que realmente poseo talento para ello.

—¡Qué pretensiones tiene el niño! —exclamó Pip, sonriendo—. ¡Pero, Fatty! ¡Si apenas sabes nada de detectives ni de sus métodos de trabajo!

—¿Quién ha dicho esto? —protestó Fatty, procediendo a envolver el libro sobre pesca junto con la felicitación de Navidad—. ¡He estudiado mucho! ¡Me he pasado todo el trimestre leyendo libros de detectives y de espionaje!

—En este caso, deberías de ser el último de la clase —comentó Larry—. Es imposible leer novelas y estudiar a un tiempo.

—Pues «yo» puedo hacerlo —repuso Fatty—. Era el primero de la clase en todo. Siempre lo soy. ¿A que no sabéis qué nota me dieron de matemáticas? Por poco me dan…

—Ya vuelve a descarrilar —dijo Pip a Larry—. Parece un disco de gramófono, ¿verdad?

—De acuerdo —cedió Fatty, mirando a Pip con expresión incendiaria—. Di lo que gustes, pero apuesto cualquier cosa a que no sabes escribir con letra invisible, ni salir de una habitación cerrada con llave y con ésta puesta en el exterior.

Los otros le miraron de hito en hito.

—Y tú tampoco sabes —murmuró Pip con incredulidad.

—¡Ya lo creo que sé! —repuso Fatty—. Esas son dos de las cosas que he aprendido ya. Además, podría enseñaros una clave secreta.

Todo eso resultaba muy emocionante.

—Enséñanos esas cosas —suplicó Bets, contemplando a Fatty con admiración—. ¡Oh, Fatty! ¡Me gustaría tanto saber hacer letra invisible!

—Además, hay que aprender el arte de disfrazarse —prosiguió Fatty, satisfecho de acaparar la atención de los demás.

—¿Qué es disfrazarse? —interrogó Bets.

—Vestirse de manera que nadie le reconozca a uno —explicó Fatty—. Ponerse una peluca y, a veces, un bigote o cejas postizas, y llevar una indumentaria diferente. Por ejemplo, yo podría disfrazarme perfectamente de aprendiz de carnicero si tuviese un delantal a rayas y un cuchillo o algo por el estilo para pendérmelo del cinturón. Y, si además me pusiera una peluca negra y desaliñada, estoy seguro de que ninguno de vosotros me reconocería.

Esto produjo una excitación indescriptible. A todos los chicos les encantaba disfrazarse y asumir otra personalidad. Para ellos «disfrazarse» equivalía a sentirse de etiqueta.

—¿Piensas practicar el arte de disfrazarse el próximo trimestre? —inquirió Bets.

—No, en el colegio, no —replicó Fatty, diciéndose que su profesor no tardaría en descubrirle bajo cualquier disfraz—. Pero es posible que lo haga durante las vacaciones de ahora.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Daisy—. ¿Y nosotros? ¡Aprendamos «todos» a ser buenos detectives por si acaso surge otro misterio! Entonces podríamos hacerlo mucho mejor de cómo lo hicimos antes.

—Y si «no» surge otro misterio, vale la pena practicar un poco para pasar el rato —intervino Bets.

—Entendido —accedió Fatty—, pero opino que, caso de enseñaros todas estas cosas, el jefe de los Pesquisidores debería ser yo en lugar de Larry. Me consta que Larry es el mayor, pero creo que yo estoy más al corriente del asunto que él.

Sobrevino un silencio. Larry no quería renunciar a su puesto,

aunque, en justicia, debía reconocer que Fatty era el más sagaz… de los cinco cuando se trataba de desentrañar un misterio.

—Bien, ¿qué decidís? —preguntó Fatty—. No pienso revelar mis secretos si no me nombráis jefe.

—Cédele el puesto, Larry —rogó Bets, que admiraba profundamente a Fatty—. Déjale ser jefe siquiera del próximo caso que se nos presente. Si no resulta tan listo como tú en resolverlo, volveremos a nombrarte jefe a ti.

—De acuerdo —accedió Larry—. Creo que Fatty será un buen jefe. Pero si te envaneces por ello, Fatty, te llamaremos al orden.

—Pierde cuidado —repuso Fatty con una sonrisa—. ¡Perfectamente! Seré jefe. Gracias, Larry. Has demostrado ser muy razonable. Ahora os enseñaré algo de lo que sé. Al fin y al cabo, siempre puede resultar de utilidad si se presenta otro caso.

—Es muy importante saber escribir una carta con tinta invisible —contestó Bets—. En un momento dado, puede ser muy útil. ¡Oh, Fatty! ¡Enséñanos algo ahora!

Pero en aquel momento la madre de Bets asomó la cabeza por la puerta de la estancia.

—Abajo tenéis la merienda preparada. Lavaos las manos y bajad, ¿queréis? No tardéis mucho, porque las tortas están calientes y en su punto.

Cinco chicos hambrientos y un perro que no les iba en zaga en cuanto a apetito bajaron en volandas al comedor, olvidando momentáneamente todos sus afanes «detectivescos» en favor de las tortas calientes, la mermelada de fresa y los pastelillos. Pero aquel olvido no subsistió mucho tiempo. ¡Resultaba todo tan emocionante!

Capítulo II

Fatty tiene unas ideas

Las navidades echáronse encima tan de prisa y había tanto que hacer, que Fatty no tuvo tiempo de enseñar a los Pesquisidores ninguna de las cosas aprendidas. El cartero pasaba constantemente por los tres hogares y, a poco, veíanse felicitaciones por doquier. Todo el mundo escondía paquetes. Preparábanse pasteles rellenos de picadillo de carne, fruta y especias y enormes pavos pendían en las despensas.

—Me encanta Navidad —repetía Bets infinidad de veces al día —. ¿Qué regalos tendré la mañana de Navidad? Supongo que una muñeca nueva. Me gustaría una que abriera y cerrara los ojos debidamente. Sólo tengo una muñeca que lo haga, pero siempre se le quedan los ojos cerrados. Entonces tengo que zarandearla y estoy segura, de que se figura que estoy enojada con ella.

—¡Qué chiquilla eres! —reconvenía Pip—. ¿A quién se le ocurre querer muñecas a estas alturas? Apuesto a que no tendrás ninguna.

En efecto, con gran desilusión, Bets comprobó que no había ninguna muñeca para ella entre sus regalos de Navidad. Todo el mundo imaginábase que como había cumplido ya nueve años y presumía de mayor, no quería una muñeca. En consecuencia, su madre le regaló un costurero y su padre un complicado rompecabezas que a buen, seguro, sería más del gusto de Pip que del de la interesada.

La pequeña quedóse algo tristona, pero Fatty lo arregló todo presentándose aquella misma mañana navideña con una gran caja para Bets, en cuyo interior hallábase la tan deseada muñeca. Ésta abría y cerraba los ojos sin necesidad de ningún zarandeo, tenía una

cara tan risueña que Bets enterneciόse al punto y, abalanzándose a Fatty, le abrazó como un osito.

El chico mostróse muy complacido. Sentía viva simpatía por Bets. La señora Hilton quedóse sorprendida al ver la hermosa muñeca.

—Eres muy amable, Federico —elogió la dama—. Pero no deberías haberte gastado tanto dinero para Bets.

—Tendré mucho para mi cumpleaños —repuso Fatty, cortésmente—. Además, me lo han dado a montones estas Navidades, señora Hilton. He pedido dinero en lugar de juguetes o libros.

—Creí que tenías de sobra sin necesidad de pedir más —comentó la señora Hilton, que, para sus adentros, pensaba que Fatty disponía siempre de demasiado efectivo—. ¿Para qué quieres tanto dinero?

—Pues… para gastarlo en algo que seguramente nadie me regalaría —respondió Fatty, algo molesto—. En realidad, se trata de un pequeño secreto, señora Hilton.

—¡Vaya por Dios! —suspiró la madre de Bets—. Bien, confío en que no sea nada que tenga malas consecuencias. No quisiera volver a ver por aquí al señor Goon, el policía, quejándose de vosotros.

—¡Oh, «no», señora Hilton! —aseguróle Fatty—. El señor Goon no tiene nada que ver en el asunto.

En cuanto se marchó su madre, Bets volvióse a preguntar a Fatty, con ojos centelleantes:

—¿Qué secreto es ése? ¿Qué piensas comprar?

—¡Disfraces! —declaró Fatty, reduciendo su voz a un susurró—. ¡Pelucas, cejas, dientes postizos!

—¡Caramba! —exclamó Bets, asombrada—. ¿Hasta «dientes»? ¿Pero cómo es posible llevar dentadura postiza sin quitarse antes los dientes propios, Fatty?

—Aguarda y verás —murmuró Fatty con aire misterioso.

—Procura venir cuanto antes después de Navidad para enseñarnos a escribir con letra invisible y a salir de habitaciones cerradas con llave —suplicó Bets—. Oye, Fatty, ¿crees que el viejo Ahuyentador sabe todas esas cosas?

—¡Quiá! —replicó Fatty desdeñosamente—. Pero aunque el

Ahuyentador intentase disfrazarse, no conseguiría nada. Siempre reconoceríamos sus ojos de rana y sus enormes narizotas.

Bets celebró el comentario con una risita y, abrazando a su nueva muñeca, se dijo que Fatty era un chico muy listo y cariñoso. Luego expresó su pensamiento en voz alta.

—¡Bah! —exclamó Fatty, esponjándose ligeramente y dispuesto ya a fachendear por todo lo alto—. Soy…

Pero en aquel preciso momento entró Pip en la estancia y Fatty, sabedor de que el recién llegado no tomaba a bien sus alardes, optó por callarse, y, tras cambiar unas palabras con él, dirigióse a la puerta.

—Vendré después de Navidad y os daré a todos unas lecciones de Pesquisidores —prometió el gordito—. Dad recuerdos de mi parte a Daisy y a Larry si les veis hoy. Tengo que ir o felicitar las Pascuas a mi abuela, con mi madre y mi padre.

Bets explicó a Pip lo que Fatty había dicho acerca de gastarse el dinero en disfraces.

—¡Ha dicho que compraría pelucas, cejas… y dientes! —manifestó Bets—. ¡Oh, Pip! ¿Crees que lo hará? ¿En qué tienda venden esas cosas? Nunca he visto ninguna.

—Me figuro que hay tiendas de artículos para actores —declaró Pip—, donde venden cosas de esa clase. Bien, veremos qué compra Fatty. Lo bueno es divertirse un poco.

En cuanto cedió la agitación navideña, y los árboles de Navidad fueron despojados de sus adornos y plantados de nuevo en el jardín, y las felicitaciones enviadas a un hospital infantil, los chicos sintiéronse algo desanimados. Al parecer, Fatty estaba pasando unos días en casa de su abuela, porque no vieron rastro de él y recibieron una postal que decía: «Volveré pronto, Fatty».

—Ojalá estuviese de regreso ya —gruñó Bets—. ¿Qué sucedería si surgiera un misterio? Tendríamos que hacer de Pesquisidores otra vez… y no dispondríamos de nuestro nuevo jefe.

—Por ahora no hay misterio que valga —replicó Pip.

—¿Cómo lo sabes? —profirió Bets—. A lo mejor el viejo Ahuyentador está tratando de desentrañar uno del cual no estamos enterados aún.

—En ese caso, ve a preguntárselo —refunfuñó Pip,

impacientemente, al ver que Bets interrumpía a cada paso su lectura.

Como es de suponer, el muchacho no dijo en serio lo de que Bets fuese a interpelar al policía. Pero la niña no pudo menos que pensar que era una buena idea.

—Entonces sabríamos si «vamos» a tener algo por descubrir estas vacaciones —se dijo la chiquilla—. Estoy deseando buscar pistas otra vez… y sospechas… y huellas…

Total que, la próxima vez que tropezó con el policía, acercóse a preguntarle:

—¿Tiene usted algún misterio por desentrañar estas vacaciones, señor Goon?

El agente frunció el ceño, peguntándose si Bets y los demás no estarían sobre la pista de algún caso por él ignorado. De no ser así, ¿por qué Bets quería saber si «él» estaba desentrañando alguno?



—¿Ya volvéis a meter las narices en algún asunto? —inquirió el policial, severamente—. Si así es, dejaos de cuentos, ¿oyes? No quiero que os entrometáis en las cosas de mi única incumbencia. ¿Dónde se ha visto eso de inmiscuirse en la Ley?

—No hacemos nada de eso —protestó Bets, algo alarmada.

—Vamos, lárgate de una vez —masculló el señor Goon—.

¡Habéis desbaratado mis planes más de una vez y no estoy dispuesto a consentirlo más!

—¿Qué planes? —barbotó Bets, desconcertada.

El señor Goon alejóse con un resoplido. No podía soportar a ningún chico, pero detestaba particularmente a los Cinco Pesquisidores y el Perro.

«¡Lo cierto es que no le he sacado gran cosa! —pensó Bets, contemplando al policía, en tanto éste se alejaba—. ¿Tendrá algún plan secreto?».

Cuando regresó Fatty, todos se alegraron. El gordito acudió acompañado de «Buster», como era de suponer. Excuso decir que el pequeño «scottie» se puso loco de alegría al ver de nuevo a sus amigos.

—El pobre no lo ha pasado muy bien en casa de mi abuela —explicó Fatty—. Por allí anda un enorme gato pelirrojo que no lo ha dejado parar en todo el día. Para colmo, mi abuela insistía en bañarlo diariamente. La verdad es que el animalito estaba fastidiado. Podría haber perseguido al gato, claro está, pero es demasiado caballero para molestar a un gato que, al fin y al cabo pertenecía a su anfitriona.

—¿Has comprado ya algún disfraz? —preguntó Bets, presa de gran excitación.

—Espero mi cumpleaños —repuso Fatty—. Como sabéis, es mañana. Cuando disponga de suficiente dinero, iré a Londres a hacer unas compras.

—¿Tú solo? —preguntó Larry.

—¡Naturalmente! —espetó Fatty—. ¿Crees que una persona mayor me permitiría gastar dinero en disfraces? Aunque hemos desentrañado dos misterios enormemente complicados, ninguna persona mayor consideraría necesario comprar pelucas y cejas. Y puede ocurrir que, de un momento a otro, tengamos que desentrañar un tercer misterio.

Vista así la cosa, resultaba, en verdad, muy urgente proceder a comprar disfraces de todas clases. Fatty hablaba muy serio, tanto, que Bets presentía que el tercer misterio hallábase a la vuelta de la esquina.

—Oye, Fatty —instó la niña—. ¿Podremos probarnos los

disfraces en cuanto los compres?

—Por supuesto —asintió Fatty—. Tendremos que acostumbrarnos a llevarlos. Será muy divertido.

—¿Has traído la tinta invisible esta tarde? —interrogó Pip—. ¡Eso es lo que quiero ver!

—¿Podrás ver una tinta invisible? —inquirió Bets, desconcertada —. ¡Nunca lo hubiera dicho!

Todos rieron.

—¡Boba! Lo que es invisible no es la tinta, sino la escritura que se hace con ella.

—Tengo una botella —declaró Fatty—. Es una tinta muy cara.

Al propio tiempo, el gordito sacóse una botellita del bolsillo, la cual contenía un líquido incoloro que, a Bets, le parecía agua.

Fatty tomó su libreta y una pluma provista de plumilla nueva. Luego, poniendo la botellita sobre la mesa, la destapó.

—Ahora escribiré una carta secreta —anunció—, y mi letra será invisible.

Bets inclinóse hacia él para verlo mejor, con tan mala fortuna, que perdió el equilibrio y cayó sobre la mesa. La botellita de tinta invisible dio una sacudida y, rodando hasta el borde de la mesa, vació su contenido en el suelo, formando un charquito redondo, cerca de «Buster».

—¡Guau! —ladró «Buster», sorprendido.

Y empezó a lamer el charco. Pero, al comprobar que sabía horriblemente mal, desistió, mirando a los alarmados chicos con la rosada lengua fuera.

—¡Oh, «Buster»! —sollozó Bets, casi con lágrimas en los ojos—. ¡Has bebido tinta invisible! ¿Crees que tu perro se volverá invisible, Fatty?

—No, so estúpida —refunfuñó Fatty—. ¡Ahora nos hemos quedado sin tinta! ¡Qué torpe eres, Bets!

—Lo siento en el alma —disculpóse la pobre Bets—. Creo que he resbalado. ¡Oh, Fatty! ¡Ahora no podremos escribir con letra invisible!

Daisy recogió el resto de la tinta. Todos estaban desilusionados. «Buster» seguía con la lengua fuera y era tal su expresión de disgusto que Larry fue a buscarle un poco de agua para quitarle el

mal sabor de boca.

—Bien, menos mal que conozco uno o dos sistemas más de escribir con letra invisible —suspiró Fatty, para alivio de Bets—. ¿Tenéis a mano una naranja? ¡Ahora preparaos a ver un poco de magia!

Capítulo III

Dos lecciones emocionantes

Había un frutero con naranjas en la estancia. Bets fue por ellas. Luego observó con gran interés las manipulaciones de Fatty, consistentes en practicar un agujero en una de ellas y exprimir el amarillo zumo en una taza.

—¡Pues sí, señor! —exclamó el gordito—. El zumo de naranja o de limón constituyen una excelente tinta invisible, ¿lo sabíais?

Naturalmente los otros lo ignoraban. Excuso decir que consideraban a Fatty una especie de genio por haber sabido proveerse de más tinta invisible después de la torpeza de Bets.

El chico tomó una hoja de papel en blanco y, mojando su pluma en el zumo de naranja, escribió lo que semejaba una carta. Al propio tiempo, recitaba en voz alta el texto de su misiva, despertando con ella la hilaridad de los demás:

> «Querido Ahuyentador:
>
> Supongo que se figura usted que desentrañará el próximo misterio antes que nosotros. Sepa que no lo conseguirá. Su cerebro necesita un poco de engrase. Chirría que es un gusto. Besos y abrazos de,
>
> Los Cinco Pesquisidores (y el Perro).»

Todos se rieron, especialmente al oír la segunda mitad de la carta.

—Eres un estúpido, Fatty —reconvino Pip—. Afortunadamente, el viejo Ahuyentador no recibirá esa carta.

—¡Pues claro que se la mandaremos! —repuso Fatty—. ¡Pero, como está escrita con tinta invisible, el muy bobo no podrá leerla!

La hoja de papel hallábase completamente en blanco. ¡No cabía duda de que la tinta a base de zumo de naranja era invisible!

—Pero, Fatty —intervino Daisy—, ¿cómo es posible leer una carta invisible?

—Muy sencillo —contestó Fatty—. Ahora os enseñaré a leer «esta» clase de escritura. ¿Tenéis una plancha eléctrica por ahí?

—Sí —asintió Pip—, pero no creo que mamá nos la preste. Por lo visto, cree que todo lo que cae en nuestras manos se echa a perder. Pero, vamos a ver, ¿para qué quieres una plancha?

—Aguarda y verás —masculló Fatty—. Oye, Pip, a falta de la eléctrica, ¿no tenéis una plancha de hierro corriente? Probablemente hay alguna en la cocina.

Así era, en efecto la cocinera dio permiso a Pip para cogerla.

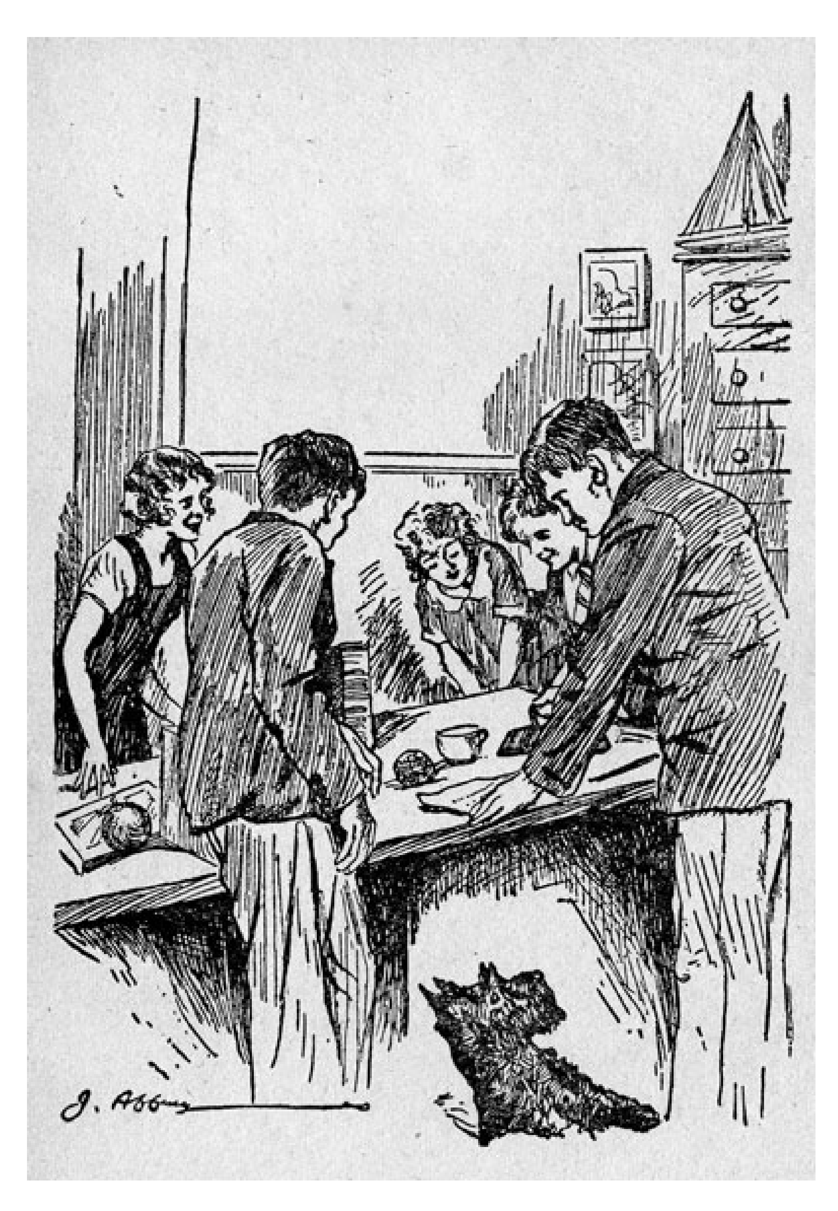
—¡Me sorprendería que rompieseis semejante armatoste! —exclamó la mujer.

Pip precipitóse de nuevo arriba, con la recia plancha de hierro.

—Caliéntala en el fuego —ordenó Fatty.

Pip obedeció. Cuando Fatty juzgó que la plancha estaba bastante caliente, retiróla del fuego asiéndola con una almohadilla.

—Ahora, fijaos.



Los demás observaban sus manipulaciones, excitados. Fatty pasó ligeramente la plancha por la hoja en la cual había escrito su carta invisible.

—¡Ya está! —gritó Bets, emocionada—. ¡Mirad qué letras aparecen de tenue color castaño! ¡Fijaos! «Querido Ahuyentador…».

—«Supongo que se figura usted…» —leyó Pip; entusiasmado—.

Sí, ahora es visible. ¡Caracoles! ¡Qué ingenioso es eso, Fatty! ¡Nunca habría dicho que el zumo de naranja pudiese ser utilizado para ese fin!

—Es preferible saber eso que conocer la existencia de la verdadera tinta invisible —comentó Larry—. Esta última es muy cara; en cambio, para esto, basta una naranja. Es maravilloso, Fatty. Propongo que escribamos todos cartas con este procedimiento.

Y, sin pensarlo un minuto más tomaron todos hojas de papel y procedieron a escribir cartas con tinta de zumo de naranja. Escribieron cartas insolentes a personas poco gratas, y chillaron de alegría cuando la plancha tornó visible la escritura y pudieron leer las misivas de los demás.

—¿De veras te propones enviar una carta con tinta invisible al viejo Ahuyentador? —preguntó Daisy, recordando lo que Fatty había dicho—. ¿Qué conseguirás con ello si el hombre no puede leerla?

—Simplemente divertirme —respondió Fatty—. ¿Os imagináis lo aturdido que se quedará al recibir una carta en blanco y ver que no hay posibilidad de leerla? ¡No le diremos cómo hay que hacerlo!

Fatty volvió a escribir su primera carta dirigida al Ahuyentador y, tras meter la hoja de papel, aparentemente en blanco, en un sobre, escribió el nombre del Ahuyentador en éste, con letras de imprenta.

—Reconozco que es una bobada, pero la cosa desconcertará al viejo Ahuyentador —murmuró Fatty, secando el sobre con papel secante—. Bien, ahora ya os he enseñado a escribir con tinta invisible. ¿Verdad que es sencillo?

—Sencillísimo —convino Pip—. Pero no creo que nos resulte de utilidad, Fatty.

—¡Quién sabe! —exclamó Fatty—. Podría suceder que, mientras desentrañamos un misterio, alguno de nosotros fuese capturado y necesitase enviar un mensajero a los demás. Si lo escribiese con tinta invisible, nuestros enemigos no podrían leer la misiva.

A Bets todo esto se le antojó muy emocionante pese a que no le hacía ninguna gracia ser capturada. De pronto, ocurriósele una idea.

—Según eso, si alguna vez tenemos enemigos, tendremos que

llevar una naranja encima —coligió—. ¿No os parece? Deberemos procurar que no sean muy jugosas. De lo contrario, correrían peligro de aplastarse.

—Además, tendremos que proveernos de una pluma —agregó Pip—. De todos modos, no pienso preocuparme hasta que tengamos enemigos de verdad.

—Pues yo, sí —espetó Fatty, gravemente—. En cualquier momento puede uno verse precisado a escribir un mensaje invisible. Llevo toneladas de cosas en los bolsillos, «por si acaso» las necesito.

Fatty no mentía. Los demás sorprendíanse con frecuencia de los chismes que el muchacho llevaba consigo. Por regla general, tenía prácticamente todo lo que se necesita en caso de urgencia, desde un abridor de botellas a un cortaplumas con doce clases diferente de instrumentos.

—Mi madre me registra los bolsillos todas las noches y no me deja llevar ni la mitad de lo que quiero —lamentóse Pip.

—Pues la mía nunca hace eso —declaró Fatty—. Le tienen sin cuidado mis bolsillos.

Los demás se dijeron que, según todos los indicios, la madre de Fatty no sólo no se preocupaba en absoluto de los bolsillos de su hijo, sino tampoco de su persona. El chico iba y venía a su antojo, no acudía a comer si no quería, se acostaba a la hora que se le antojaba y hacía, más o menos, su santa voluntad.

—Oye, Fatty —instó Bets, acordándose súbitamente de un detalle—. Dijiste que nos enseñarías a salir de una habitación cerrada con llave, aunque no dispusieras de ésta. Ya es hora de que nos lo demuestres, ¿quieres?

—De acuerdo —accedió Fatty—. Llevadme a una de las habitaciones del desván, encerradme con llave y dejadme allí. Luego, bajad de nueva aquí, y, a los pocos minutos, me reuniré con vosotros.

—¡Mentiroso! —exclamaron Larry y Pip, los dos a una.

Lo cierto es que parecía una cosa imposible.

—No os cuesta nada probarlo —insistió Fatty—. Sabéis perfectamente que no soy de los que hablan por hablar.

Presa de gran excitación, los chicos llevaron a Fatty arriba, a una gran habitación con el suelo de madera y sin alfombra, y, tras

meterle dentro, dieron vueltas a la llave en la cerradura. Larry cercionóse de si estaba bien cerrado. En efecto: la puerta no cedió.

—Ya estás encerrado, Fatty —gritó Pip—. Ahora, nosotros volveremos abajo. ¡Demostrarás ser muy listo si puedes salir de ahí! No te hagas ilusiones de hacerlo por la ventana. Está muy alta.

—No pienso utilizarla —repuso Fatty—. Saldré por la puerta.

Sus compañeros bajaron, algo incrédulos. A buen seguro, Fatty no era tan hábil como para hacer una cosa de aquella categoría. ¡Sería un milagro que pudiese salir por una puerta cerrada con llave!

La única que tenía fe en él era Bets. La chiquilla permanecía sentada en el cuarto de jugar, con los ojos fijos en la puerta, esperando verle aparecer de un momento a otro.

—Juguemos una partida —propuso Pip, sacando el «parchesi»—. El amigo Fatty tardará en presentarse. ¡Dentro de diez minutos le oiremos gritar que le dejemos salir!

Los chicos dispusieron las fichas en sus respectivas casillas y tomando el dado, metiéronlo en el cubilete para agitarlo. Daisy tiró la primera, pero, antes de darle tiempo a mover la ficha, abrióse la puerta y apareció Fatty, con su rolliza cara iluminada con una amplia sonrisa.

—¡Cáscaras! —exclamó Larry, en el colmo de la sorpresa—. ¿«Cómo» te las has arreglado?

—¡Sabía que lo conseguirías! —vociferó Bets.

—¿«Cómo» lo hiciste? —inquirieron Pip y Daisy, con tremenda curiosidad—. Anda, dínoslo.

—Es muy fácil —murmuró Fatty, atusándose el lustroso cabello —. Increíblemente fácil.

—¡Vamos, déjate de historias y cuéntanos cómo lo hiciste! —impacientóse Larry—. Es extraordinario.

—Venid y os lo mostraré —accedió Fatty—. De hecho, es algo que los detectives deben saber a pies juntillas. Una cosa elemental.

—¿Qué quiere decir «elemental»? —preguntó Bets, subiendo la escalera detrás de Fatty.

—Que hay que empezar por ello —explicó Fatty—. Bien, ya estamos aquí. Ahora, Larry, enciérranos a los cuatro en la habitación, y a «Buster» también, si quieres, de lo contrario, arañará

la puerta. Así podréis ver todos lo que hago. ¡Les repito que es elemental!

Los tres que quedaron encerrados con Fatty estaban pendientes de los acontecimientos. Una vez cerrada la puerta, percibieron el rumor de la llave en la cerradura, en tanto Larry dábale vuelta desde fuera. Todos probaron de abrir. Pero la puerta hallábase perfectamente cerrada.

—Ahora, fijaos —dijo Fatty.

Y sacándose del bolsillo un periódico doblado, lo desdobló y alisó. Luego, ante la sorpresa de sus amigos, deslizó el periódico por debajo de la puerta hasta que sólo quedaron unos centímetros visibles.

—¿Qué objeto tiene esto? —interrogó Bets—. ¡Así no abrirás la puerta!

Fatty se abstuvo de contestar y, tomando un trozó de alambre de su bolsillo, lo introdujo en la cerradura. La llave estaba en el otro lado, tal cual Larry habíala dejado. Tras forcejear un poco con el alambre, Fatty dio una brusca y ligera sacudida.

Percibióse un golpe seco en el otro lado de la puerta.

—He sacado la llave de la cerradura —masculló Fatty—. ¿La habéis oído caer? ¡El resto es facilísimo! Como la llave ha caído en el periódico extendido fuera, todo cuanto tengo que hacer es estirar del papel así, con muchísimas precauciones, y, sobre él, aparecerá la llave.

Conteniendo la respiración, los chicos observaron cómo su amigo tiraba del periódico. Gracias a que mediaba un buen espacio entre la puerta y el suelo de madera, la llave pasó fácilmente por debajo de la puerta, apareciendo a la vista de todos.

Fatty apoderóse de ella e, introduciéndola en la cerradura, abrió la puerta.

—¡Ya está! —exclamó—. ¿Verdad que es sencillo? ¡Ya os dije que era la cosa más fácil del mundo salir de una habitación cerrada con llave en menos que canta un gallo!

—¡Es maravilloso, Fatty! —celebró Daisy—. ¡Nunca se me habría ocurrido semejante cosa! ¿Inventaste el truco tú mismo?

Aunque a Fatty le encantaba que los demás le tomasen por un portento, su honradez le indujo a confesar que, en realidad, lo cosa

no era invención «suya».

—Pues verás, lo leí en uno de mis libros de espionaje —declaró —, y lo puse en práctica cuando, en el curso del último trimestre, me encerraron una tarde, castigado, en una habitación. Os aseguro que el profesor quedó viendo visiones cuando me vio pasar ante él, después de haberme encerrado bajo llave.

—Es maravilloso —suspiró Bets—. Y, además, facilísimo. Sólo tiene un inconveniente, Fatty. Y es que, si le encerrasen a uno en una habitación con el suelo alfombrado, no daría resultado, porque no habría el suficiente espacio debajo de la puerta para pasar la llave.

—Tienes razón, Bets —reconoció Fatty—. Es una buena observación. Ese es el motivo por el cual quise que me encerraseis en una habitación del desván, en lugar de abajo, en el cuarto de jugar.

Los otros estaban tan entusiasmados con aquel nuevo truco, que todos quisieron ponerlo en práctica personalmente.

—De acuerdo —accedió Fatty—. Así practicaréis. Nunca sabe uno lo que puede suceder. Vamos, empezad.

Y, ante el asombro de la señora Hilton, los cinco chicos y «Buster» pasaron toda la tarde aparentemente sin hacer nada más que entrar y salir del frío desván, con gran acompañamiento de risas y exclamaciones.

—Muy requetebién, Pesquisidores —ensalzó Fatty, cuando hasta la pequeña Bets pudo salir de la habitación cerrada con llave sin la menor dificultad—. Pero que muy bien. En vista de esto, mañana iré a Londres a comprar unos disfraces. ¡Preparaos a divertiros pasado mañana!

Capítulo IV

Un chico muy raro

Al día siguiente, era el cumpleaños de Fatty. Con frecuencia, el muchacho lamentábase de que su fiesta cayese tan cerca de la Navidad, porque, con aquella excusa, mucha gente aprovechaba la oportunidad para reducir a uno sus obsequios de cumpleaños y Navidad.

—¡Qué mala suerte, Fatty! —compadecióse Daisy—. Pero no temas «nosotros no haremos semejante cosa». Te haremos obsequios por tu cumpleaños y por Navidad.

Así, pues, a poco de desayunar, Pip, Bets, Daisy y Larry encamináronse a casa de Fatty para ofrecerle los obsequios que tenían preparados para él.

—Es preferible que vayamos temprano, porque Fatty dijo que pensaba ir a Londres a comprar disfraces —aconsejó Daisy.

—Sí, él solo —añadió Bets—. Ya es muy mayor, ¿no es verdad?

—Apuesto cualquier cosa a que no le dejan ir solo —pronosticó Pip.

Fatty y «Buster» regocijáronse mucho al verles.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Fatty—, porque deseaba preguntaros si no os importa cuidar de «Buster» mientras voy a Londres. Tomaré el tren de las once cuarenta y tres.

—¿De veras? —exclamó Pip—. ¿Tú sólo?

—Verás, de hecho, mamá irá conmigo —confesó Fatty—. Se le ha metido en la cabeza que, ya que no quiero dar ninguna fiesta, debo ser agasajado de otro modo. Seguramente, iremos a ver algún espectáculo. Pero de todos modos procuraré escabullirme para comprar las cosas que necesito.

—Siento que no pases tu cumpleaños con nosotros, Fatty —lamentóse Bets—. Pero deseo que pases un feliz día. ¿Vendrás a vernos mañana para enseñarnos todo lo que hayas comprado?

—Es posible que no pueda ir mañana —replicó Fatty—. A lo mejor, vienen a verme dos o tres amigos que vosotros no conocéis. Pero iré en cuanto pueda.

El muchacho mostróse muy complacido con los regalos, particularmente con el de Bets, consistiendo en una corbata de punto castaño y encarnado, tejido por ella misma. Fatty se la puso inmediatamente. Bets sintióse muy orgulloso de pensar que su amigo iría a Londres, luciendo su corbata hecha por ella.

—¡Freddie! —gritó la madre del muchacho—. ¿Ya estás listo? ¡No perdamos el tren!

—¡Ya voy, mamá! —respondió Fatty con voz recia.

Y, tomando su hucha, vació precipitadamente todo el dinero en sus bolsillos. Los otros quedáronse boquiabiertos al ver tanto. ¡Casi parecía haber fajos de billetes de una libra y diez chelines!

—Mis tíos y mis tías prefirieron regalarme dinero a tomarse la molestia de comprarme obsequios —explicó Fatty con una sonrisa—. No le digáis a mi madre que llevo tanto encima. Le daría un berrinche.

—¿Tú crees? —farfulló Bets, deseosa de ver a la señora Trotteville en aquel plan—. ¡Oh, Fatty! ¡Procura que no te roben ese dinero!

—Ningún detective sería tan estúpido como para dejárselo robar —gruñó Fatty, desdeñosamente—. No te preocupes. La única persona que sacará dinero de mi bolsillo seré yo. Vamos, «Buster»; pórtate bien hoy. Y esta noche vuelve a casa tú solito.

—¡Guau! —aulló «Buster» cortésmente, dando muestras, como siempre, de entender lo que decían.

—¿Ya has llevado aquella carta invisible a casa del señor Goon? —preguntó Bets con una risita.

—No, he decidido enviarla mañana por medio de uno de mis amigos —manifestó Fatty, sonriendo—. No quiero que el señor Goon me vea. ¡Sí, mamá! ¡Ya voy! Si es preciso, iré corriendo a la estación. Adiós, «Buster». Sujétale, Bets. De lo contrario, echará a correr detrás de mí por la carretera hasta la estación.

Bets sujetó a «Buster», que se puso a ladrar desesperadamente, empeñado en desasirse. El animalito no podía soportar que Fatty fuese a ninguna parte sin él. Por fin, Fatty desapareció detrás de su madre, trotando por la calzada como un caballito.

—Confío en que Fatty podrá comprar las cosas que necesita —murmuró Pip—. ¡Sería tan divertido disfrazarse!

Los muchachos regresaron a casa con «Buster», que, al principio, parecía muy tristón, con el rabo entre las patas. Pero apenas Bets obsequióle con un gigantesco hueso, el chucho decidió menear el rabo otra vez. Al fin y al cabo, siempre que Fatty se ausentaba, regresaba. Sólo era cuestión de aguardarle. «Buster» estaba dispuesto a hacerlo, siempre y cuando pudiese matar el tiempo con un magnífico hueso.

—Lástima que Fatty no pueda venir en uno o dos días —refunfuñó Larry—. Supongo que sus amigos no se quedarán mucho tiempo en su casa. No nos dijo quiénes eran.

—Probablemente, amigos del colegio —coligió Pip—. De todos modos, vendrá dentro de dos o tres días, y entonces nos lo pasaremos estupendamente mirando sus disfraces.

Aquella noche, «Buster» volvió a su casa él solito, trotando por la calzada como un perrito bien educado. Llevaba consigo lo que quedaba del hueso. ¡Todo menos dejarlo en la cocina para que se lo terminase el gato de Pip!

Al día siguiente, Larry y Daisy acudieron a jugar con Pip y Bets. El cuarto destinado a los niños era tan alegre y espacioso, que resultaba un excelente punto de reunión. Bets permaneció sentada en la repisa de la ventana, leyendo un libro.

De pronto, oyó el chirrido del portillo del jardín y levantó la vista del libro para ver quién entraba. Tal vez era Fatty. Pero, no. Era un muchacho de aspecto muy raro, con una cara pálida y descolorida, y unos rizos asomando bajo una gorra de confección extranjera. Al andar cojeaba ligeramente.

El chico llevaba una carta en la mano. Bets supuso que era un recado para su madre. ¿Quién sería aquel muchacho?

La niña percibió el rumor de la puerta de entrada y los pasos de la doncella conduciendo al visitante a la salita donde estaba la señora Hilton. Bets se propuso aguardar a que el chico saliera de

nuevo a la calzada del jardín.

—¡Ha venido un chico muy raro con una carta en la mano! —dijo la chiquilla a los demás—. Seguramente, trae un recado para mamá. Venid acá y lo veréis cuando salga.

Todos se acercaron a la ventana para ver de quién se trataba, pero, de improviso, abrióse la puerta de la estancia y apareció la señora Hilton, seguida del muchacho, que, al parecer, era muy tímido.

El desconocido se detuvo, sin atreverse a avanzar, manoseando la gorra, con la cabeza gacha. Tenía el cabello tan rizado como el de Bets, pero llamaba la atención por lo pálido. Para colmo, tenía los dientes prominentes como un conejo, en extremo visibles sobre el labio inferior.

—Niños —dijo la señora Hilton—, aquí tenéis a un amigo de Federico. Me ha traído una nota de la señora Trotteville y he pensado que os gustaría hacerle los honores. Estoy segura de que le encantaría ver vuestras cosas. Es francés y, según parece, no entiende mucho el inglés. Pero, como Pip ha sido el primero de clase de francés durante este último trimestre, supongo que podrá hablar con él perfectamente.

El chico seguía rezagado. Pip avanzó hacia él con la mano tendida. El extranjero estrechósela tímidamente, diciendo:

—«Comment allez-vous»?

—Eso significa ¿«Cómo estás»? —explicó Larry a Bets.

—«Très bien, merci» —respondió Pip, comprendiendo que debía decir algo para justificar lo orgullosa que estaba su madre de sus conocimientos de francés.

Pero una cosa era escribir frases en francés en el colegio con tiempo para pensar las palabras, y otra muy distinta, sostener una conversación corriente. De momento, Pip quedóse tan desconcertado, que no se le ocurría ni una sola cosa que decir.

Bets compadecióse del chico desconocido y, acercándose a tomarle la mano, murmuró:

—No seas vergonzoso. ¿Por qué no ha venido Fatty contigo?

—«Je ne comprends pas» —repuso el muchacho con voz algo chillona y engolada.

—Dice que no comprende —aclaró Pip, volviéndose a Bets—.

¡Déjame probar «ahora»!

Y, aclarándose la garganta, preguntó al muchacho, tras profunda reflexión.

—«Où est Fatty…»? Es decir, Federico.

—«Je ne comprends pas» —repitió el chico, dándole vueltas y más vueltas a su gorra.

—¡Cáscaras! —exclamó Pip, enojado—. ¡Ahora resulta que ni siquiera entiende «su» idioma! ¿Cómo debe de llamarse? Voy a preguntárselo. Menos mal que sé cómo se dice «¿Cómo te llamas?» en francés.

Y, volviéndose de nuevo al muchacho, inquirió:

—«Comment vous appelle-vous»?

—¡Ah! —profirió el chico, dando muestras de haber comprendido esta vez.

Y, esbozando una sonrisa que dejó al descubierto sus enormes dientes de conejo, declaró:

—Me llamo Napoleón Bonaparte.

Tras esta extraordinaria declaración, sobrevino un profundo silencio. Los muchachos no sabían qué pensar. ¿Se llamaría de veras Napoleón Bonaparte, como el famoso estratega francés, o bien les estaba tomando el pelo?

El muchacho atravesó la sala, cojeando visiblemente. Deseosa de averiguar qué tenía en la pierna, Bets preguntóle solícitamente.

—¿Te has hecho daño en la pierna?

Entonces, ante la consternación de la chiquilla, el chico desconocido sacóse un sucio pañuelo del bolsillo y echóse a llorar a moco tendido, farfullando una retahíla de palabras francesas ininteligibles. Excuso decir que los demás quedáronse estupefactos, sin saber qué partido tomar.

En aquel preciso momento, la señora Hilton asomó la cabeza por la puerta para ver qué tal se apañaban los niños con su nuevo amigo. Su sorpresa no tuvo límites al verle llorando o lágrima viva.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora—. ¿Qué le habéis hecho a este chico?

—Nada —replicaron los muchachos con indignación.

—Me he limitado a preguntarle por su pierna mala —agregó Bets.

A todo esto, el chico lanzó un tremendo alarido y, renqueando a través de la habitación, apartó a un lado a la aturdida señora Hilton y desapareció por la escalera, sollozando.

—«Ah, ma jambe, ma jambe»!

—¿Qué significa «jambe»? —dijo Bets, desconcertada.

—Pierna —explicó Pip—. Está berreando «¡Oh, mi pierna, mi pierna!». Creo que está loco de remate.

—Debo telefonear a la señora Trotteville para preguntarle por el chico —decidió la señora Hilton—. ¡Pobrecillo! No parece gozar de muy buena salud. Ahora siento haberle hecho subir aquí para presentároslo. Parece muy tímido y de pocas palabras.

La puerta principal cerróse de golpe. Los muchachos agolpáronse en la ventana y contemplaron al extraordinario francés cojeando por la calzada. El chico conservaba aún el pañuelo en la mano y, de vez en cuando, pasábaselo por los ojos.

—¡Vaya! —exclamó Larry, contrariado—. Si es uno de los amigos de Fatty, me alegro de que no nos haya pedido que jugásemos con él.

—Primero daré tiempo al muchacho a regresar a casa de la señora Trotteville —dijo la señora Hilton—, y luego telefonearé para preguntar si ha llegado sin novedad y para disculparme en vuestro nombre por haberle trastornado así.

Los chicos contemplaron a la dama con indignación.

—¿Por haberle «trastornado»? —replicó Pip, enojado—. No hemos hecho nada semejante. Lo que ocurre es que ese chaval está mochales.

—No quiero que apliques a nadie esa palabrita —reconvino la señora Hilton.

—Bien, pues, entonces, chiflado —masculló Pip.

Su madre echóle una mala mirada. Solía conceder mucha importancia a la forma en que Pip y Bets hablaban y se comportaban.

—Siento mucho que no hayáis sido capaces de captaros la voluntad de ese pequeño extranjero —dijo la dama, severamente.

Y, por espacio de unos minutos, obsequióles con frases parecidas. Por fin, fue a telefonear a la señora Trotteville.

Pero, al parecer, el que atendió a su llamada fue Fatty, que,

cortésmente, informó a la señora Hilton de que su madre había salido.

—¿Quiere usted algún recado?

—Pues, no, no se trata de eso exactamente —repuso la señora Hilton—. Lo que ocurre es que estoy algo preocupada por un amigo tuyo, Federico, que ha venido aquí hace un rato con una carta. Le llevé al cuarto de jugar con los demás y, al ir allí un poco después, le hallé muy trastornado. Se marchó llorando amargamente. ¿Ha regresado sin novedad?

—Sí, señora, ya está de vuelta —respondió Fatty, jovialmente—. Ha venido diciendo que todos le han acogido muy amablemente y que lo ha pasado muy bien, tanto, que le gustaría muchísimo merendar con ellos esta tarde.

La señora Hilton no daba crédito a sus oídos. Tras una pausa, volvióse a los chicos, interesadísimos en la conversación, y les dijo:

—Pues… según parece, el muchacho ha regresado sin novedad, completamente repuesto. Desea venir a merendar con vosotros esta tarde.

Sobrevino un embarazoso silencio. Nadie quería saber nada del muchacho.

—¡No nos apetece en absoluto invitarle, mamá! —espetó Pip, con un desesperado cuchicheo—. Es un chico horrible. Di que estamos todos invitados a merendar a casa de Larry. Oye, Larry, ¿podemos ir a tu casa, verdad? ¡Todo menos cargar con esa calamidad de chico!

Larry asintió en silencio. Afortunadamente, la señora Hilton parecía estar de acuerdo con ellos, porque, volviéndose de nuevo al teléfono, excusóse así:

—Oye, Federico, ¿estás ahí? Dile a tu amigo que esta tarde Pip y Bets van a merendar con Larry y Daisy y, por consiguiente, no podrán atender a tu amiguito francés. Lo siento en el alma.

—¡Estuviste sublime, mamá! —exclamó Pip, no bien su madre hubo colocado el receptor—. ¡Sólo nos habría faltado tener que aguantar a ese chico horas y horas! Apuesto a que el amigo Fatty ardía en deseo de que le invitásemos a merendar para zafarse de él. Estoy seguro de que, en realidad, la cosa no ha sido idea del chico. ¡Si nos tiene un miedo cerval!

—Bien, en vista de que hemos dado esa excusa a Fatty es preferible que vengáis a casa esta tarde —decidió Daisy—. Venid cuanto antes, después de comer, a eso de las dos y media, si os parece bien.

—De acuerdo —convino Pip—. Estaremos allí a esa hora. ¡Caracoles! ¿Cómo es «posible» que Fatty tenga amigos así?

Capítulo V

El talentudo Fatty

Alrededor de las dos y media de aquella tarde, Pip y Bets encamináronse a casa de Larry. Para llegar allí debían atravesar el pueblo y, mientras lo hacían, vieron con horror que el chico francés avanzaba cojeando por la calle.

—¡Mira! —cuchicheó Pip—. ¡Ahí va ese zopenco! Limitémonos a sonreírle sin detenernos. ¡Por lo que más quieras, Bets! ¡No te pares a saludarle! ¡Sería capaz de empezar a charlar otra vez o de desgañitarse sobre el pañuelo!

El chico acercóse al portillo perteneciente al domicilio del señor Goon, el policía.

—¡Fíjate! —murmuró Pip—. ¡Lleva una carta en la mano! ¡Apuesto a que Fatty le ha encargado que entregue aquella carta invisible! Aguardaremos a ver qué sucede. Ahora ha llamado a la puerta. Es posible que acuda a abrirla el propio Ahuyentador.

Ambos hermanos apostáronse junto al portillo, ocultándose tras un arbusto. Desde allí vieron que se abría la puerta de la casa y aparecía la colorada carota del señor Goon.

—Tengo una cosa para usted —farfulló el chico con marcado acento extranjero—. ¿Es usted el señor Goon, no es verdad?

—El mismo —respondió el policía mirando al muchacho con asombro.

No recordaba haberle visto con anterioridad. El chico entrególe una carta y, tras dirigirle una profunda y cortés reverencia, aguardó la respuesta.

—¿Qué esperas? —gruñó el señor Goon.

—No comprendo —dijo el muchacho con respeto.

Al parecer, el señor Goon pensó que el chico era sordo, porque, levantando la voz, gritó:

—He dicho, ¿qué esperas?

—Aguardo una, ¿cómo lo llaman ustedes?, una respuesta. ¡Eso es! ¡Aguardo la respuesta!

—¡Hum! —masculló el señor Goon abriendo el sobre.

Pero, al desdoblar la hoja y ver que estaba en blanco, se puso rojo como la grana.

—¡Mira esto! —farfulló el hombre, pasando la carta en blanco por la cara del muchacho—. ¡Alguien se ha propuesto gastarme una broma, una estupidez de broma! ¿A quién se le ocurre hacer perder el tiempo así a la ley? ¿Quién te ha dado esta carta?

—No comprendo —repitió el chico, sonriendo cortésmente al policía con sus dientes de conejo—. ¿Qué misterio, verdad? ¡Una carta en blanco! ¡Lo que se dice un misterio!

La palabra «misterio» chocó al señor Goon. Desde que los muchachos habían desentrañado dos raros misterios antes que él, habíase vuelto muy sensible al vocablo, temiendo siempre que los chicos pudieran adelantársele nuevamente.

—A lo mejor es una carta secreta —gruñó, contemplando el papel—. ¿No contendrá un mensaje secreto? ¿Quién te ha dado esto, muchacho?

—No comprendo —repitió el chico, con irritación.

—Bien… someteré el papel a una prueba para ver si está escrito con tinta invisible —fue la sorprendente declaración del señor Goon.

Al oír tales palabras, Bets quedóse boquiabierta.

—¡Oh, Pip! —cuchicheó—. ¡Ahora leerá ese grosero mensaje!

Entonces, el francesito dio muestras de juzgar que había llegado la hora de marcharse, porque, levantándose la gorra, hizo una nueva reverencia y desanduvo el sendero de acceso, renqueando. Al llegar al portillo, casi tropezó con Bets y Pip.

—«Bon jour» —saludóles cortésmente.

Bets sabía que el saludo significaba «Buenos días», pero apenas atrevióse a contestar por temor a que el chico prorrumpiera en llanto otra vez. Pip dirigióle una leve inclinación de cabeza y, asiendo del brazo a Bets, echó a andar a buen paso calle arriba,

comprobando, con contrariedad, que el francés les seguía.

—¿Queréis llevarme a merendar con vuestros amigos? —preguntó el muchacho, ante el horror de la pareja.

—Pues, no —replicó Pip, enojado—. No está bien invitarse uno mismo a ningún sitio.

—¡Un millón de gracias! —exclamó el Chico, agregándose a los dos hermanos—. ¡Sois muy amables!

—He dicho que «no» —protestó Pip—. No podemos llevarte. Vuélvete a casa.

—¡Voy con vosotros! —insistió el irritante chico, tomando del brazo a Pip—. ¡Pero qué amables sois!

—¡Cielos! —exclamó Bets—. ¿Qué vamos a hacer con él? Apuesto a que Fatty le ha dicho que se hiciera el encontradizo y viniera con nosotros. Probablemente, Fatty quiere zafarse de él. Es un chico detestable.

Y, volviéndose a él, añadió:

—Vuelve a casa. ¡Dios mío! ¡Tengo la sensación de estar dirigiéndome a «Buster»! ¡Anda, vuelve a casa!

Entonces, ante la consternación de la chiquilla, el chico sacóse el pañuelo del bolsillo y empezó a, sollozar, otra vez. Pero sus sollozos eran muy raros, tan raros que, súbitamente, Pip arrebatóle el pañuelo y se lo quedó mirando de hito en hito. En sus ojos no había ni una sola lágrima y, en lugar de llorar, ¡reía a mandíbula batiente!

—¡Ja, ja, ja! —profirió el extraño muchacho—. Seréis mi muerte. ¡No puedo resistirlo más! ¡Oh, Bets! ¡Oh, Pip! ¡Voy a reventar de risa!

¡Era la voz de Fatty! ¡La voz «de Fatty»! Bets y Pip quedáronse petrificados. ¿Cómo era posible que aquel chico pudiese hablar con la voz de Fatty?

De improviso, el chico, llevándose la mano a la boca, despojóse de la chocante dentadura conejuna. Luego, tras una rápida mirada circular para cerciorarse de que nadie les miraba, levantóse la rizada cabellera y, debajo de la peluca, asomó el liso cabello de Fatty.

—¡Fatty, oh, Fatty! —exclamó Bets, demasiado pasmada para abrazarle—. ¿Eres tú?

—¡Caramba, Fatty! —farfulló Pip, despavorido—. ¡Eres un

portento! ¡Nos has dado el timo maravillosamente! ¿Cómo te las arreglaste para ponerte la cara tan pálida? ¿Y esos dientes? ¡Son estupendos! ¡No hablemos de tu voz! ¡Hablabas exactamente igual que un chico francés bobalicón y tímido! ¡Pensar que incluso intenté hablarte en francés!

—¡Eso es lo malo! —profirió Fatty, regocijado—. Lo que resultaba más difícil era contener la risa. Esta mañana me dio un ataque un momento antes de presentarse vuestra madre en la habitación, y tuve que fingir que berreaba. ¡No se puede negar que os he engañado como a unos chinos!

—¿Cómo te atreviste a enfrentarte con el viejo Ahuyentador con esta facha? —inquirió Pip—. ¿Cómo tuviste valor?

—Me dije que, puesto que podía engañaros a vosotros tan fácilmente, el Ahuyentador tampoco me descubriría —declaró Fatty, echando a andar con ellos—. Vamos, encaminémonos a casa de Larry y decidle que me agregué a vosotros por el camino. Pasaremos otro rato divertido. Después, tendremos que discutir lo del viejo Ahuyentador y esa carta. ¡Quiera Dios que no sepa hacerla visible! ¡No era, que digamos, muy cortés!

Al llegar ante el portillo de Larry entraron en el jardín y, tras franquear la puerta lateral, subieron a la habitación del muchacho. Larry y Daisy hallábanse en ella y, al ver al chico francés, no pudieron disimular su sentida contrariedad.

—Se empeñó en venir con nosotros —explicó Pip, esforzándose en contener la risa—. Nos estaba acechando por el camino.



—¡Han sido «tan amables»! —intervino Fatty, dirigiendo una profunda reverencia a Daisy.

Bets soltó una carcajada. Inmediatamente, Pip le dio un codazo.

—¡No puedo contenerme! —farfulló Bets, entre risas—. ¡No me mires con esa rabia, Pip! ¡Te repito que no puedo contenerme!

—¿De qué está hablando esta chica? —gruñó Larry asombrado

—. ¿No estará también chalada?

De improviso, Fatty declaró con su voz natural.

—Supongo que no tenéis inconveniente en que tome el té con vosotros, Larry y Daisy.

Larry y Daisy dieron un fuerte respingo. ¡Era tan inesperado oír la voz de Fatty de labios de aquel supuesto chico francés!

—¡Eh, granuja! —exclamó Daisy, pasmada—. ¿Conque eras tú? ¡Qué maravilla, Fatty! ¿Se trata de uno de tus disfraces?

—Sí —respondió Fatty, despojándose de su rizada peluca para mostrársela.

Todos se la probaron sucesivamente. Era sorprendente cómo cambiaban con ella puesta.

—Los dientes son también estupendos —ensalzó Larry—. Voy a pasarles un poco de agua y luego me los pondré. Apuesto a que no me conoceréis.

En efecto, Larry parecía otro con aquellos raros dientes conejunos. No eran dientes verdaderos, sino una imitación en celuloide blanco, con un ribete rosado en la parte superior para dar la sensación de que partían de la encía.

—¿Y tu cojera, y tu voz? —exclamó Pip, con admiración—. ¡Qué bien lo hacías! ¡A mamá la engañaste también por todo lo alto! No sólo lo conseguiste con tu disfraz, sino con tus facultades de actor.

—Siempre he tenido muchas dotes para el teatro —manifestó Fatty, afectando modestia—. Por lo regular, suelen darme el primer papel en las representaciones teatrales de la escuela. Antes de decidirme a ser detective, tenía intención de dedicarme a actor.

Por una vez sus cuatro amigos no intentaron atajar sus alardes. Todos le miraban tan extasiados y plenos de admiración, que Fatty empezó a sentirse algo molesto.

—Opino que eres un portento —declaró Bets—. Yo no sabría fingir así. Me asustaría. ¿Cómo «te atreviste» a presentarte ante el viejo Ahuyentador y a darle aquella grosera carta?

—Ahora creo que eso fue, en cierto modo, un error —reconoció Fatty, reflexionando—. Si pasa una plancha caliente por la hoja en blanco, leerá la carta. Y la verdad es que resulta un poco grosera.

—Terriblemente grosera —lamentóse Daisy—. Confío en que no se le ocurrirá ir a enseñarla a nuestros padres. ¡Sería espantoso!

Pip sentíase algo inquieto. Sus padres eran muy estrictos y no consentirían la grosería ni el mal comportamiento.

—¡Caracoles! —murmuró Pip—. ¡Esto es serio! ¡Daría cualquier cosa por recuperar esa carta!

Fatty, presentando ya su aspecto normal tras despojarse de la peluca y los dientes, miró a Pip unos instantes. Por fin, dijo:

—Has tenido una excelente idea, Pip. «La recuperaremos». De lo contrario, el Ahuyentador irá a enseñársela a nuestros padres y se armará un zipizape.

—Lo malo es que no sé cómo lo conseguiremos —masculló Larry.

—¿Qué os parece si uno de vosotros se disfrazara y…?, —empezó Fatty.

Pero todos le interrumpieron.

—¡No! ¡«No pienso» enfrentarme con el viejo Ahuyentador!

—¡No me «atrevería»!

—¡Ni hablar! ¡Nos arrestaría!

—¡Me reconocería con cualquier disfraz!

—¡Está bien, está bien! —suspiró Fatty—. Volveré a enfrentarme con él valiéndome una vez más del disfraz de chico francés… y apuesto a que recuperaré esa carta.

—¡Eres un portento, Fatty! —exclamaron sus compañeros, todos a una.

Y Fatty trató en vano de afectar la debida modestia.

Capítulo VI

Fatty y el señor Goon

—¿Pero cómo te las arreglarás para recuperar nuestra carta? —interrogó Larry—. Estoy seguro de que el viejo Ahuyentador no te la devolverá así como así.

—La suerte favorece a los valientes —declaró Fatty—. Y yo me propongo ser valiente. En primer lugar, quiero escribir otra carta con tinta invisible. Tráeme una naranja, Larry.

Larry se la dio y el gordito exprimióla en una taza. Luego, tomando su pluma con la plumilla limpia, escribió en una hoja de papel como la empleada anteriormente:

> «Querido Ahuyentador:
>
> Suponemos que se figura usted que desentrañará el próximo misterio antes que nosotros. No dudamos que lo conseguirá, pues nos consta que tiene usted un gran talento. ¡Buena suerte! Le saludan atentamente sus cinco admiradores,
>
> Los Cinco Pesquisidores (y el Perro).»

Fatty leyó la carta en voz alta al tiempo que la escribía, entre las risas de sus compañeros.

—¡Ya está! —exclamó el gordito—. Si logro cambiar esta carta por la otra, no tendrá importancia que el Ahuyentador vaya pavoneándose por ahí y enseñándosela a nuestros padres.

Dicho esto, Fatty se introdujo de nuevo la dentadura postiza bajo el labio superior y, a continuación, calóse la peluca

cuidadosamente. Al pronto, su aspecto modificóse como por encanto. No cabía duda que aquel disfraz era un primor.

—¿Qué más compraste? —preguntó Larry.

—Poca cosa —refunfuñó Fatty—. Todo era mucho más caro de lo que suponía. ¡Sólo con esta peluca se me fue casi todo el dinero! Compré estos dientes, dos o tres pares de cejas diferentes, varios cosméticos para pintarse la tez pálida o colorada, y esta gorra de corte extranjero. Además, adquirí otra peluca más barata, que ya os enseñaré, de pelo lacio y pardo, como el de los ratones.

Luego, se puso la gorra muy ladeada. Nadie podría haberle reconocido.

—«Adieu»! —exclamó el chico, renqueando por la habitación—. «Adieu, mes enfants»!

—Eso significa: «¡Adiós, amigos míos!» —explicó Pip a Bets, que contemplaba, admirada, la figura de Fatty recorriendo el pasillo con su curiosa cojera en dirección a la escalera.

—¡Adiós, Napoleón! —gritó Bets.

Todos se rieron.

—Confío en que el viejo Ahuyentador no le descubra —suspiró Larry—. Fatty es extraordinariamente valiente y atrevido, además de muy listo para estas cosas; pero al viejo Ahuyentador no le gusta ni pizca que le gasten bromas.

—¿Habrá leído la carta invisible ya? —musitó Bets—. ¡Cómo se habrá puesto si ha conseguido hacerlo!

El Ahuyentador «estaba» realmente enojado. De hecho, casi parecía un basilisco. Había calentado una plancha, sabedor de que el calor era una de las cosas más eficaces para poner de manifiesto la mayoría de las escrituras invisibles, y habíala pasado por la hoja de papel.

¡Su sorpresa no tuvo límites al leer las tenues letras parduscas! Tragó saliva y con sus ojos de rana, saliéndosele materialmente de las órbitas, farfulló, como si tuviese a los chicos ante sí:

—¡Está bien! ¡Veremos qué dicen «a esto» vuestros padres! ¡Vuestros padres y el Inspector! Esto le abrirá los ojos. ¡Groseros, desvergonzados! ¿Eso es respetar a la ley? ¡Basta ya de granujas! ¡Ahora os he pescado! Creíais que no sería suficiente listo para leer vuestra estúpida carta invisible, ¿eh?

El señor Goon tenía varias cosas que hacer aquel día y, por ende, no pudo decidirse a ir a mostrar la carta a los padres de los chicos hasta primera hora de la tarde.

«¡No me sorprende que los muy tunos no se atreviesen a venir a entregarme la carta personalmente! —pensó el policía, recordando al extraño muchacho que se la había dado—. Supongo que el chaval era un amigo suyo invitado en una de sus casas».

Primero optó por ir al domicilio de los Hilton. Constábale que el señor y la señora Hilton eran muy rectos con sus hijos, Pip y Bets.

«Esto les abrirá los ojos de una vez —se dijo el hombre, disponiéndose a salir—. ¡Vaya, ahí está otra vez ese francesito! ¡No estará de más que averigüe con seguridad dónde se hospeda!».

—¡Eh, chico! —gritó el señor Goon a Fatty, que merodeaba por la otra acera, en espera de que el policía le viese—. ¡Ven aquí un momento!

—¿Me llamaba usted? —exclamó Fatty, cortésmente, con la chillona voz extranjera adoptada para el caso.

—Tengo que formularte unas preguntas —declaró el Ahuyentador—. ¿Quién te dio esa grosera carta que me entregaste esta mañana?

—«¿Grosera?». «Ah, non, non, non»! —repuso Fatty, con extrañeza, meneando las manos como hacía su profesor de francés en el colegio—. ¡No puedo creer semejante cosa, señor policía!

—¡Mira esto! —gruñó el señor Goon—. Tal vez podrás aclararme de quién es esta letra, ¿la ves?

Y, sacándose el sobre del bolsillo, tiró de la hoja de papel dispuesta en su interior, diciendo:

—Aquí tienes. Echa un vistazo a esto y dime si sabes quién escribió esta grosera carta.

Fatty la tomó y, en aquel preciso momento, sopló una oportunísima ráfaga de viento por la calle. Fatty soltó el papel y éste voló por el aire, inmediatamente, el chico corrió tras él, y, al inclinarse a recogerlo, resultóle muy fácil deslizárselo en el bolsillo y volver junto al Ahuyentador con la otra carta en la mano.

—¡Atiza! —profirió el señor Goon, arrebatándosela—. ¡Por poco se la lleva el viento! Lo mejor será no exponerla más a él y meterla en el sobre.

El hombre así lo hizo. Fatty sonrió para sí. ¡Había sido todo muy fácil, mucho, muchísimo más fácil de lo que esperaba! ¡Qué ráfaga más oportuna!

—¿Adónde se dirige usted, señor policía? —inquirió Fatty, cortésmente.

—Voy a casa de los señores Hilton —respondió el señor Goon, sin andar con rodeos.

—En ese caso, no vamos por el mismo camino —dijo Fatty—. «Adieu», querido señor policía.

Dicho esto, el chico desapareció por una esquina, seguido de la atenta mirada del señor Goon. Sin saber por qué, el policía sentíase desconcertado.

«Ese chaval francés es un poco raro, —se dijo intrigado el hombre».

¡Y todavía lo habría considerado más raro de haber podido ver las manipulaciones de Fatty al otro lado de la esquina!

El chico despojóse de su peluca, dientes, gorra y también de una llamativa chalina que lucía a guisa de corbata, y lo escondió todo en un arbusto.

Luego, con su verdadera personalidad de Federico Algernon Trotteville, encaminóse presurosamente a la casa donde vivían Pip y Bets, a la cual el señor Goon habíase dirigido ya. Una vez dentro, el muchacho emitió su habitual silbido a Pip, aun cuando sabía perfectamente que el chico no se hallaba allí, sino en casa de Larry.

—¡Ah! —exclamó la señora Hilton, asomándose por la puerta del saloncito—. ¿Eres tú, Federico? Ven acá un momento, ¿quieres? Pip y Bets están fuera, y aquí está el señor Goon con una peregrina historia. Al parecer, os considera culpables de una incalificable grosería.

—¡Qué raro! —masculló Fatty, entrando en la sala.

Allí estaba también el señor Hilton atendiendo al señor Goon, el cual permanecía sentado en una silla, con las rodillas abiertas y sus enormes manazas extendidas sobre ellas.

—¡Hola! —profirió el policía, al ver a Fatty—. Aquí está uno de los autores de la carta invisible. Ahora, señora, voy a mostrársela para que la lea. ¡Dice que me chirría el seso por falta de engrase!

El señor Goon sacó la hoja de papel del sobre y depositóla sobre

la mesa. Como la escritura no había sido sometida al calor, la hoja aparecía en blanco. El señor Goon la miró, enojado. ¡El texto era perfectamente visible la última vez que lo había examinado!

—Necesita la acción de otra plancha caliente —manifestó ante la sorpresa de la señora Hilton—. ¿Tendría usted la bondad de traerme una plancha caliente, señora?

En cuanto se la proporcionaron, el señor Goon pasóla por el papel.

—¡Aquí tienen ustedes! —exclamó, triunfante, al tiempo que la tenue escritura parda tornábase visible—. Lean ustedes esto, señora y caballero. ¿Les parece bien enviar una carta como ésa a un repre… representante de nuestra ley?

La señora Hilton leyóla en voz alta:

> «Querido Ahuyentador:
>
> Suponemos que se figurará usted que desentrañará el próximo misterio antes que nosotros. No dudamos que lo conseguirá, pues nos consta que tiene usted un gran talento. ¡Buena suerte! Le saludan atentamente sus cinco admiradores,
>
> Los cinco Pesquisidores (y el Perro).»

Sobrevino un silencio. El señor Goon abrió unos ojos como naranjas. ¡Aquello no era lo que había leído antes! Mudo de asombro, arrebató la carta a la señora Hilton.

—Bien, señor Goon —dijo el señor Hilton, interviniendo bruscamente en el asunto—. No comprendo qué motivos de queja le inspira eso. En mi opinión, es una carta muy amable, casi de cortesía. Yo no he oído nada referente a que su seso… su seso chirríe por falta de engrase. No comprendo de qué se lamenta usted.

El señor Goon releyó la carta precipitadamente, sin dar crédito a sus ojos.

—¡Ésta no es la carta! —espetó—. ¡No cabe duda que se trata de una indecorosa estratagema! ¿Escribiste tú esta carta, amigo Federico?

—Sí —afirmó Fatty—, y no me cabe en la cabeza que ponga usted reparos a nuestro deseo de expresar la admiración que

sentimos por usted. ¿Acaso «no se considera usted» poseedor de un talento de primera categoría?

—Ya basta, Federico —reconvino la señora Hilton, ante la contrariedad del chico.

—¿Qué se ha hecho de la primera carta que recibí? —inquirió el señor Goon, cada vez más desconcertado—. Además, me interesa saber si volvéis a andar metidos en algún otro caso misterioso. Porque si así es, es preferible que me lo digáis, ¿oyes? Os advierto que, si andáis fisgando y metiendo las narices en cosas que no os importan, os exponéis a meteros en un berenjenal.

Fatty no pudo resistir la tentación de hacer creer al Ahuyentador que él y los demás muchachos intentaban desentrañar otro misterio. En consecuencia, declaró solemnemente:

—No puedo revelar secretos, señor Goon. No estaría bien, ¿verdad?

Esto indujo al señor Goon a pensar que, en efecto, «había» algún secreto, algún misterio por él desconocido, y se puso tan colorado que Fatty juzgó llegada la hora de tomar las de Villadiego.

—Tengo que marcharme —dijo el muchacho a la señora Hilton, con suma cortesía—. ¡Adiós!

Y antes de que al señor Goon se le ocurriera una buena excusa para retenerle, el chico se largó. En cuanto estuvo a prudente distancia de la casa, prorrumpió en sonoras carcajadas. Luego decidió ir a recoger su disfraz del arbusto donde lo había escondido, diciéndose que lo mejor que podía hacer era ponérselo de nuevo para ahorrarse la molestia de llevarlo en la mano. Después, regresaría a casa a buscar al fiel «Buster».

Así, pues, a los pocos minutos, Fatty encaminóse a su casa, presentando de nuevo el aspecto de aquel extraño muchacho de cabello rizado y dientes de conejo que el señor Goon había visto ya dos veces aquel día.

Y sucedió que el señor Goon sorprendióle en el momento en que el chico entraba en el portillo de su casa.

—¡Ah, vaya! —exclamó el señor Goon, satisfecho—. ¿Conque es ahí donde se hospeda ese granujilla, eh? ¡Con el tunante de Federico Trotteville! ¡Aseguraría que tiene algo que ver con la modificación de esa carta invisible! Lo que no comprendo es cómo

se las arregló para hacerlo. Iré a hacer unas pocas indagaciones ahí y a meter en un puño después a ese francesito.

Así, pues, ante la estupefacción de la señora Trotteville, el señor Goon fue anunciado e introducido en el salón.

—Buenas tardes, señora —saludó el policía—. Vengo a formularle unas pocas preguntas respecto a ese chico extranjero que se aloja aquí.

—¿Qué chico? —farfulló la señora Trotteville, mirando al señor Goon como si éste se hubiera vuelto loco—. Aquí no se aloja ningún chico extranjero. El único muchacho que vive aquí es mi hijo, Federico.

El policía observó a la dama con incredulidad.

—Pues, apenas hace unos minutos, le he visto entrar por el portillo del jardín —repuso.

—¿«De veras»? —exclamó la señora Trotteville, asombrada—. Voy a ver si Federico está en casa para interpelarle.

Y, asomándose al vestíbulo, gritó:

—¡Federico! ¿Estás ahí? ¿Sí? ¡Pues, oye, ven acá un momento!, ¿quieres?

—¡Hola, señor Goon! —profirió Fatty, entrando en la estancia—. Parece ser que se dedica usted a seguirme los pasos esta tarde, ¿verdad?

—No seas desvergonzado, chico —replicó el señor Goon presintiendo que no podría reprimir su ira por mucho tiempo más —. ¿Dónde está ese chaval de aspecto extranjero que acabo de ver entrar aquí hace un momento?

—¿Un chaval de aspecto extranjero? —mascculló Fatty, arrugando la frente y mirando al señor Goon con expresión desconcertada—. No sé a quién se refiere usted. Oye, mamá, ¿tenemos algún chaval extranjero aquí?

—Naturalmente que no —impacientóse su madre—. No seas bobo, Federico. ¿No ha venido a verte ningún amigo tuyo?

—Aquí no hay nadie más que yo —manifestó el chico, sinceramente—. Es decir, ningún chico más que yo. Oiga, señor Goon, ¿no cree usted que necesita unas gafas? Primero, se figura usted leer una carta por otra, y ahora asegura haber visto chavales extranjeros.

El señor Goon se puso en pie, convencido de que estallaría si permanecía allí un minuto más hablando con Fatty. Y retiróse, prometiéndose que la próxima vez que viese a aquel chico francés lo llevaría de la oreja a la comisaría de policía.

Capítulo VII

Una huida… y una sorpresa

Cuando los Cinco Pesquisidores reuniéronse de nuevo, se desternillaron de risa con la historia de Fatty. El gordito la expuso con tal lujo de detalles, que sus amigos hiciéronse perfecto cargo del desconcierto del pobre señor Goon.

—Y ahora cree a pies juntillas que estamos sobre la pista de algún misterio del cual él no está enterado todavía —concluyó Fatty —. ¡Pobre viejo Ahuyentador! ¡Cómo le hemos aturullado! Mamá me ha dicho que el infeliz ha estado indagando por todo el pueblo para averiguar dónde se hospeda el «chaval francés», pero, naturalmente, nadie ha podido darle razón.

—¡Cuánto me gustaría que «tuviésemos» un misterio por desentrañar en este momento! —suspiró Bets, acariciando a «Buster»—. Sabemos un sinfín de trucos «detectivescos», escribir con letra invisible, salir de una habitación cerrada con llave, disfrazarnos… Pero nos falta un buen caso que resolver.

—Tendremos que limitarnos a gastar unas bromas al Ahuyentador —decidió Fatty—. Así conservaremos el ingenio despejado. Oye, Pip, ¿«te gustaría» disfrazarte hoy para ir a exhibirte un poco ante el Ahuyentador?

—Sí —asintió Pip, que a la sazón, habíase probado ya todo el surtido de cejas, dientes y pelucas, y maquillado su cara con una curiosa colección de colores—. Me encantaría. Déjame poner la otra peluca, Fatty, la de pelo lacio, y los dientes, y aquellos enormes cejas negras. Son preciosas. Además, podría pintarme la cara colorada como la del Ahuyentador.

La cosa resultaba sumamente emocionante. Todos ayudaron a

Pip a ponerse su disfraz.

—No comprendo por qué no compraste también unos bigotes —reconvino Pip, diciéndole que habría estado estupendamente bien con un bigote negro.

—No lo hice porque para llevar bigote se necesita tener voz de hombre —explicó Fatty—. Tenía intención de traer uno o dos bigotes, pero no habría sido un disfraz apropiado para nosotros. Sólo podemos disfrazarnos de chicos. ¡Sopla! ¡Estás realmente horroroso!

En efecto, Pip estaba feísimo, con una cara torva y colorada, unas cejas enormes, la horrible dentadura conejuna y la peluca de pelo lacio. Además, pidió prestado a Daisy una chalina encarnada y se puso el impermeable del revés, con lo cual sintióse suficientemente disfrazado para no ser conocido.

—Goon suele recorrer el pueblo y pasar por la esquina a eso de las once y media —observó Larry—. Hoy no habrá mucha gente por los alrededores porque hace muy mal tiempo y se está levantando niebla. Aguárdale en la esquina y pregúntale la hora o algo por el estilo.

—Por favor, señor, ¿qué hora es? —inquirió Pip con una voz asombrosamente ronca y cavernosa.

Todos rieron.

—Estupendo, chico —celebró Larry—. Ahora, vete y vuelve pronto a decirnos qué ha sucedido.

Pip se puso en marcha. El pueblo estaba muy brumoso, hasta el punto de que el muchacho apenas veía a un metro ante sí. Aguardó en la esquina, acechando las recias pisadas del Ahuyentador. Inesperadamente, alguien dobló la esquina, caminando a buen paso y sin meter el menor ruido.

Pip tuvo un sobresalto, pero la otra persona lo tuvo aún mayor. Al ver la torva cara de Pip, con aquellas pobladas cejas y aquella horrible dentadura, la vieja señorita Frost lanzó un chillido de espanto.

—¡Socorro! —gritó—. ¿Quién es usted?

Y, dando media vuelta, echó a correr calle abajo hasta tropezar con el viejo Ahuyentador.

—¡Hay una horrible persona en la esquina! —jadeó la mujer—.

¡Con una fea cara colorada, unas cejas enormes y los dientes más espantosos que he visto en mi vida, saliéndosele materialmente de la boca!

El detalle de los dientes prominentes evocó al señor Goon al chico francés. ¿No estaría merodeando por las esquinas? Para comprobarlo, el policía dirigióse de puntillas a la esquina y doblóla bruscamente.

¡Pip estaba allí! El señor Goon sorprendióle antes de que el chico pudiera moverse. El policía contempló, estupefacto, la torva cara del muchacho, las absurdas cejas y la familiar dentadura conejuna.

—¡Eh! ¿Qué significa todo esto? —empezó el hombre, tendiendo un recio brazo para agarrar a Pip.

Al notar la presión de aquella mano en su impermeable, Pip desasióse con un brusco movimiento para emprender la huida. El señor Goon quedóse con el impermeable entre las manos; pero no permaneció inmóvil mucho tiempo. Reaccionando inmediatamente, echó a correr tras Pip a carrera tendida.

Pip estaba asustado. ¿Cómo era posible que el señor Goon le hubiese pillado tan de prisa? ¡Pensar que ahora tenía en su poder su impermeable! ¡Qué mala suerte! ¡En fin! Lo que debía evitar a toda costa era caer en sus manos. De lo contrario, tendría que responder a una serie de preguntas muy comprometedoras. Por un momento, el muchacho arrepintióse de haber salido a la calle con aquel singular disfraz. Pero luego, a medida que se alejaba ganando terreno al jadeante policía, empezó a disfrutar de la aventura.

Perseguidor y perseguido remontaron la carretera y ascendieron por una colina. Pip dirigióse al campo raso con ánimo de esconderse detrás de un seto y despistar al señor Goon con ayuda de la niebla.

Al llegar junto a un portillo, recordó que éste daba acceso a la calzada de una vieja casa deshabitada, en la cual hacía muchos años que no vivía nadie. Pertenecía a una persona que, al parecer, habíala olvidado.



El chico entró en la calzada, con la esperanza de que el señor Goon le perdiera de vista. Pero no era tan fácil despistar al policía. Efectivamente, éste siguióle por la calzada.

Contorneando la vieja casa a toda velocidad, Pip metióse en un abandonado jardín, lleno de hierbas y maleza, con gran abundancia de árboles. El muchacho vislumbró uno al cual no parecía difícil

trepar y, en un abrir y cerrar de ojos, encaramóse a él, un segundo antes de que el señor Goon doblase la esquina, resoplando como un tren de mercancías.

Pip permaneció en lo alto del árbol, inmóvil y silencioso. Como el árbol en cuestión no tenía hojas, si al señor Goon se le ocurría levantar los ojos, Pip estaba perdido. Mientras el policía recorría el jardín, Pip aprovechó la ocasión para trepar un poco más, a fin de entorpecer la vista del señor Goon con nuevas ramas protectoras. A poco, el chico alcanzó casi la copa del árbol, con lo cual hallóse a la misma altura del último piso de la casa.

«¡Menos mal que esta casa está deshabitada! —pensó Pip, mirando al señor Goon, sin atreverse a respirar—. De lo contrario, saldría gente a ver qué pasa y me descubrirían».

Mientras permanecía agazapado, junto al tronco del árbol, comprobó, con sorpresa, que la ventana que se hallaba a su altura tenía rejas.

«Seguramente, en un tiempo fue la ventana del cuarto de los niños —se dijo el muchacho—. ¡Qué barrotes más fuertes!».

Pero, al atisbar el interior de la ventana, por poco se cae del árbol, del susto que se llevó.

La habitación del interior no estaba vacía, sino profusamente amueblada.

Pip no volvía en sí de su asombro. Si la casa estaba deshabitada, ¿cómo era posible que una habitación del último piso estuviese amueblada? ¡La gente no se mudaba de casa dejando tras sí los muebles de una habitación!

«¡Cáscaras! —pensó Pip—. A lo mejor, ésta “no es” la casa deshabitada. Es posible que la niebla me haya despistado. Tal vez la casa está deshabitada y todas las habitaciones están amuebladas. Ojalá se marchara el viejo Ahuyentador. Así podría dar un vistazo».

El Ahuyentador procedía a explorar todos los rincones. El jardín tenía un buen seto y, por tanto, nadie podía escabullirse fácilmente. ¿Adónde habría ido aquel tipo tan raro? El policía estaba realmente aturullado. Ni por un momento se le ocurrió levantar la vista a ningún árbol.

Por último, desistió. Habíasele escapado la presa, pero la próxima vez…, ¡ah!, la próxima vez que viese a alguien con

aquellos dentorros, echaríale inmediatamente la mano encima. Era muy raro que dos personas diferentes ostentasen la misma dentadura conejuna.

«En mi vida había visto dientes tan salientes —se dijo el derrotado señor Goon, mientras contorneaba la casa en dirección al portillo—. Es curioso que tanto el chico francés como este individuo que he descubierto ahora los tuviesen de ese tipo. Ojalá le hubiera echado el guante. ¡Le habría formulado unas pocas preguntas!».

Pip exhaló un suspiro de alivio al verle marchar y, tras aguardar a que el policía desapareciese por la esquina formada por la casa, deslizóse cautelosamente por una rama en dirección a la ventana, a fin de atisbar mejor el interior.

No cabía la menor duda. La habitación estaba llena de muebles, consistentes en un canapé casi tan grande como una cama, un sillón, dos sillas más pequeñas, una mesa, una librería con libros y una alfombra en el suelo. Era extraordinario.

«Además, hay una estufa eléctrica —se dijo Pip—. Pero no hay nadie ahí y, a juzgar por el polvo que se ve por doquier, hace tiempo que no ha pasado nadie por ahí. ¿A quién debe de pertenecer esta casa?».

El chico examinó los barrotes de la ventana. Era imposible entrar o salir a través de ellos. Estaban muy juntos, como la mayoría de los pertenecientes a rejas para ventanas de estancias infantiles, a fin de que ni siquiera un niño pudiera deslizarse entre ellos.

Pip descendió cautamente del árbol, siempre ojo avizor por si acaso el señor Goon acechaba en algún rincón. Pero el desconcertado policía había regresado al pueblo, consolándose con la idea de que, aunque había perdido de vista al chico de los dientes y cejas monumentales, cuando menos tenía en su poder su impermeable. Todo era cuestión de ver si la prenda ostentaba el nombre de su dueño.

Pip tenía frío sin su impermeable. ¿Cómo explicaría a su madre la pérdida de la prenda? Tal vez, la señora Hilton no advertiría su desaparición. Lo malo era que las madres solían darse cuenta de esas cosas inmediatamente.

La niebla era cada vez más densa. Pip proponíase explorar un

poco más los alrededores, pero, temiendo perderse entre la creciente bruma, limitóse a cerciorarse de que la casa era realmente la que él tenía por deshabitada.

El resultado fue afirmativo. No cabía duda que la casa era la que el muchacho se imaginaba. Las habitaciones de la planta baja estaban completamente vacías. Sobre el portillo figuraba el nombre que Pip había visto con anterioridad: Milton House, esto es, Casa Milton.

—¡Esto es un misterio! —susurró Pip, mientras se afanaba a través de la niebla—. Un verdadero misterio. De pronto, se detuvo y, regocijándose, exclamó: —¡Podría ser nuestro «tercer» misterio! ¡Tendremos que desentrañarlo! ¡Salta a la vista que sucede algo «muy» raro en esa vieja casa deshabitada!

Capítulo VIII

Unos pocos planes

Pip regresó a casa de Fatty, donde le esperaban los demás para informarle de todo lo sucedido. Fatty tenía lo que él denominaba una «guarida», esto es, un pequeño aposento atestado de libros, juegos, enseres deportivos y una cómoda cestita para «Buster». La espesa niebla seguía envolviéndolo todo y calaba los huesos de Pip de frío y humedad.

Cuando al fin el muchacho llegó ante la puerta lateral del domicilio de Fatty, estaba tiritando. Antes de entrar, aplicó el oído por si merodeaba alguien por los alrededores, pues no tenía el menor deseo de tropezar con la criada o con la señora Trotteville con su actual disfraz.

El hecho de no oír nada, le indujo a subir al piso por la escalera. Sus amigos estaban jugando a cartas sentados en el suelo y, al oír entrar a Pip, levantaron los ojos a él, con expresión interrogante.

—¡Oh, aquí está Pip! —exclamó Bets, complacida, en tanto «Buster» acudía a saludarle como si no le hubiese visto en semanas —. ¿Qué tal te ha ido la aventura? ¿Hiciste algo emocionante?

—¡«Ya lo creo»! —asintió Pip con mirada, centelleante.

Y acercándose al fuego en lo posible, añadió:

—¡Y lo que es más, Pesquisidores! ¡Creo que voy a proporcionaros un tercer misterio por desentrañar!

Todos le miraron entre satisfechos y sorprendidos.

—¡Cuéntanos ahora mismo! —instó Bets, pegando un brinco—. ¿A qué te refieres? ¿De qué misterio se trata?

—Os lo contaré todo desde el principio —decidió Pip—. ¡Caracoles! ¡Qué frío tengo!

—¿Dónde está tu chaqueta impermeable? —preguntó Daisy, al advertir el temblor del muchacho.

—¡La tiene el viejo Ahuyentador! —confesó Pip—. ¡Qué desgracia!, ¿verdad?

—¿El viejo Ahuyentador? —repitió Fatty—. Pero ¿cómo ha ido a parar a sus manos? ¿Figuraba tu nombre en ella?

—¿Recuerdas si así era, Bets? —inquirió Pip, volviéndose a su hermanita.

—No, el nombre no constaba —respondió Bets—. Por consiguiente, el Ahuyentador no sabrá de quién es la chaqueta, a no ser que vaya preguntando a nuestros padres si alguno de nosotros ha perdido alguna.

—No te preocupes —tranquilizóla Fatty—. Mi viejo impermeable es casi igual que el de Pip. Como tengo otro nuevo, Pip podría quedarse con el viejo y, si el Ahuyentador va a preguntar a nuestros padres si hemos perdido uno, Pip podrá mostrar el mío.

—Gracias, Fatty —suspiró Pip, aliviado—. Tú siempre acudes en ayuda de todo el mundo. Bien, voy a contaros mi aventura.

Los muchachos corearon con risas el episodio de la pobre señorita Frost y el susto que se llevó la infeliz al ver aparecer las pobladas cejas, la cara coloradota y la horrible dentadura a la vuelta de la esquina; y sus risas trocáronse en carcajadas cuando Pip explicó la carrera que había obligado a hacer al señor Goon a través de la niebla.

—¡Qué raro que no se le ocurriera mirar a los árboles! —comentó Fatty—. ¡Nunca será un buen detective! Pero, a todo esto, todavía no nos has dicho lo del misterio, Pip. ¿De qué se trata?

—Bien —empezó Pip con aire importante—, como todos sabéis, Milton House está deshabitada hace una porción de años, ¿no es eso?

Los demás asintieron en silencio. Conocían la casa perfectamente.

—Pues bien —prosiguió Pip—, atended a lo que voy a deciros. ¡«Una de las habitaciones del último piso está profusamente amueblada»!

Todos quedáronse mudos de asombro.

—¿Profusamente amueblada? —repitió Fatty—. ¡Qué

extraordinario! ¿Vivirá alguien allí? Si así es, ¿por qué vive en el «último piso» de la casa? Realmente, esto es muy raro, Pip.

—¿Verdad que sí? —profirió Pip, satisfecho del interés que había despertado—. ¿No creéis que esto va a ser nuestro tercer misterio? Estoy seguro de que aquí hay gato encerrado.

—Sí, así parece —murmuró Fatty—. No cabe duda que se trata de un misterio.

—¡Hurra! —exclamó Bets—. ¡Ya tenemos uno para estas vacaciones! ¿Cómo lo desentrañaremos?

—En realidad, no es nuestro tipo habitual de misterio —masculló Fatty, pensativo—. En los anteriores, contábamos con Pistas y Sospechosos para investigar; en cambio, esta vez todo cuanto tenemos es una habitación amueblada en lo alto de una casa deshabitada. Ni siquiera sabemos si de veras hay gato encerrado. Pero lo cierto es que resulta lo suficiente raro y anormal para inducirnos a tratar de averiguar lo que hay detrás de ello.

—¡Ooooh, qué suerte! —exclamó Bets jubilosamente—. ¡Con lo que deseaba disponer de un misterio estas vacaciones! ¡En particular ahora que sabemos tantos trucos policíacos!

—Bien, Pip —intervino Larry—. No se puede negar que has tenido una buena tarde. Ahora quítate ya ese horrible disfraz. No puedo soportar verte con esta facha. Lo que más te afea son los dientes.

—Ya sé —convino Pip, quitándoselos y dirigiéndose a una jofaina a fin de lavarlos y secarlos—. Son maravillosos. ¡Al viejo Ahuyentador por poco le dio un ataque al verlos centellear de nuevo en otra boca distinta a la del chico francés!

Los demás echáronse a reír al imaginarse la sorpresa del señor Goon. Súbitamente, Fatty quedóse pensativo.

—Confío en que al viejo Ahuyentador no le dé por acecharnos —murmuró al fin el muchacho—. ¡Hasta ahora ha sido muy divertido inducirle a creer que nos hallábamos aclarando un nuevo misterio por él ignorado, pero ahora que realmente «hemos» dado con uno, sería lamentable que nos anduviera siguiendo por doquier! Entorpecería terriblemente nuestros movimientos.

—¡Sopla! —profirió Larry—. Si el Ahuyentador huele algo, no podremos mantener en secreto este misterio. Según todos los

indicios, es de primera categoría. A estas horas, ya empiezo a formularme toda clase de preguntas. ¿«Quién» utiliza la habitación? ¿Por qué lo hace en una casa deshabitada? ¿Lo sabe el propietario? ¿Cuándo va y viene el que la utiliza?

—Sí, hay una porción de preguntas por responder —asintió Fatty—. Promete ser muy interesante, pero difícil. Propongo que intentemos entrar en la habitación.

—¡Oh, «no»! —exclamaron los demás, todos a una.

—No estaría bien —repuso Larry—. No podemos entrar en las casas, ni siquiera en las deshabitadas. Sabéis perfectamente que no podemos forzar puertas.

—Ni falta que hace —replicó Fatty con dignidad—. ¿Qué tendría de particular que pidiésemos la llave al casero para verla?

A ninguno se le había ocurrido semejante cosa. Daisy miró a Fatty con expresión perpleja.

—¿Cómo quieres que accedieran a prestar la llave a unos chicos, bobo? —objetó la muchacha.

—A lo mejor me la prestaban «a mí» —barbotó Fatty, convencido de que él todo podía lograrlo—. No perdería nada intentándolo. ¿Te fijaste por casualidad en el nombre que figura en el letrero que dice Casa en Venta, Pip? Me refiero al nombre del agente encargado de ella.

—No, no recuerdo haber visto ningún letrero —repuso Pip—. Claro está que había mucha niebla. Podríamos ir a comprobarlo cualquier rato.

—Vamos ahora mismo —propuso Bets ávidamente.

Pero los otros menearon la cabeza.

—Hay demasiada bruma, Bets —replicó Larry—. No veríamos absolutamente nada. Es una suerte que todos sepamos tan bien el camino a nuestras respectivas casas. De lo contrario, hoy nos perderíamos.

Efectivamente, la niebla era muy espesa. No valía la pena intentar nada aquel día. No obstante, los Pesquisidores sentíanse un poquillo impacientes. ¡Les ilusionaba tanto desentrañar aquel nuevo misterio!

—Tendremos que procurar que el Ahuyentador no se entere de lo que hacemos —advirtió Larry—. Si sospechamos que nos espía,

lo mejor será que le pongamos sobre una pista falsa.

—¡Oh, sí! —celebró Bets—. ¡Hagámoslo! ¡Sería divertidísimo! Podríamos inventar un misterio para él, ¿no os parece? Por ejemplo, un gran robo o algo por el estilo.

—No es mala idea —aprobó Larry—. Si lográsemos poner al Ahuyentador sobre una pista falsa, el policía no prestaría atención a nuestro verdadero misterio. Por consiguiente, si le sorprendemos espiándonos, siguiéndonos o formulando preguntas, le proporcionaremos un misterio de primera categoría forjado por nosotros mismos.

Esto se les antojó una excelente idea. A ninguno se le ocurrió confiar el caso al señor Goon y permitirle colaborar con ellos. Mostrábales tanta antipatía y, por otra parte, hacía tantas patochadas, que, caso de tener que informar a alguien del caso, preferían decírselo a su amigo, el inspector Jenks, el «policía de categoría», como le llamaba Bets. Éste les escucharía con atención e interés y no se arrogaría los méritos de los muchachos. En cambio, constábales que el Ahuyentador no sólo mostraría desdén por sus hazañas, sino que pretendería ser el forjador de todos los planes.

Desgraciadamente, era un individuo muy receloso y, si sospechaba que los chicos trabajaban en un nuevo misterio, no vacilaría en inmiscuirse. A la idea de aquél nuevo misterio, los muchachos no cabían en sí de excitación, recordando lo mucho que habían gozado con los dos anteriores. Lo cierto era que el actual prometía mucho.

—Veamos —profirió Fatty, reflexionando—. Opino que lo primero que debemos hacer es averiguar quién es el agente encargado de la casa, tal como os he dicho antes, a fin de obtener las llaves. Entonces, podríamos registrar aquella habitación y, si es posible, averiguar para qué sirve y por qué está amueblada.

—De acuerdo —convino Larry—. En este caso, mañana tú te encargarás de sondear al agente. Te pintas solo para esa clase de cometidos. ¡Pero conste que, si consigues sacarle las llaves, me darás una sorpresa!

—Aguarda y verás —mascculló Fatty, que al presente tenía tan gran concepto de sí que nada le parecía imposible para él.

Veíase ya a la cabeza de toda la policía británica, convertida en

el más famoso descubridor de misterios de todo el mundo.

Nadie parecía dispuesto a jugar a ningún juego. La idea del nuevo misterio les trastornaba y excitaba.

—¿Creéis que será un misterio peligroso? —interrogó Bets algo ansiosa—. Los otros dos que descubrimos no eran peligrosos. No me gustaría ni pizca que lo fuese.

—Bien —declaró Fatty pomposamente—, si «es» peligroso, nos encargaremos de él nosotros, los tres chicos. Vosotras dos tendréis que permanecer al margen.

—¡Ni hablar! —protestó Daisy, indignada—. Bets puede hacer lo que guste, pero conste, Fatty, que yo intervendré en este misterio desde el principio hasta el fin. No tengo nada que envidiaros a los chicos en este aspecto.

—¡Está bien, está bien! —gruñó Fatty—. ¡No te alteres! ¡Vaya! ¡La campanilla de la merienda! ¡Tengo un hambre canina!

—¡Cómo de costumbre! —refunfuñó Daisy, sintiéndose aún algo enojada.

Pero, a la vista de la excelente merienda preparada por la señora Trotteville, todos se animaron. ¡Una buena merienda… y un misterio de primera categoría en perspectiva! ¿Qué más podían desear?

Capítulo IX

El Viejo Ahuyentador es un engorro

Los Pesquisidores decidieron reunirse todos al día siguiente para ir a Milton House, a ver el letrero del agente.

—Podríamos aprovechar la ocasión para explorar los alrededores —propuso Daisy—. Yo pienso trepar al árbol en cuestión.

—Lo principal es que el Ahuyentador no nos sorprenda por allí —aconsejó Pip—. Eso «lo echaría» todo a perder.

—En cuanto sepamos el nombre del agente, enviaremos a Fatty a cumplir su cometido —recordó Larry—. Podríamos aguardar su regreso en la casa. Luego podríamos utilizar las llaves que traiga, y entrar en el edificio.

El plan mereció la general aprobación. Todos confiaban en que, al día siguiente, se despejaría la niebla de lo contrario, sus padres no les permitirían alejarse por caminos desconocidos. Milton House hallábase en la colina, un poco apartada del camino habitual. Más allá, extendíase el campo raso, sin ninguna vivienda en muchas millas a la redonda.

Amaneció un día muy hermoso y soleado, con gran alegría por parte de los chicos, ya que ello les permitiría ir a Milton House. Los cinco se pusieron en marcha después de desayunar, reuniéndose en varias esquinas. Como es de suponer, «Buster» les acompañaba, caminando más majestuosamente que de costumbre, como si supiera que había un misterio en perspectiva.

Tras ascender a la colina, encamináronse al sendero, un poco solitario, que conducía a Milton House. Ésta era la última casa de la hilera, medio oculta en su propia vegetación. Saltaba a la vista que ningún jardinero había puesto los pies en aquel jardín durante

muchos años. El lugar aparecía desierto y desolado. La casa era grande, alta y de estructura irregular, con dos o tres extravagantes torrecitas.

—Bien, aquí está… nuestra Casa Misteriosa —declaró Pip, mientras permanecían contemplándola desde la calzada de acceso —. ¿Verdad que da la impresión de estar completamente vacía y deshabitada? No obstante, hay una habitación amueblada allí en lo alto, a la cual debe de ir y venir alguna persona de vez en cuando.

Los chicos sintieron un leve escalofrío en la espalda. Era emocionante. Probablemente, nadie sabía aquel secreto, a excepción de ellos y de la persona que había amueblado aquella habitación.

—Bien, vamos a anotar el nombre y señas del agente —propuso Fatty—. ¿Alguno de vosotros ha visto cualquier día el letrero?

No sólo no lo había visto nadie, sino que no parecía haber ninguno en el lugar. Otras casas deshabitadas que habían visto por el camino ostentaban uno o dos letreros con el anuncio: «En venta… Razón en…». No así Milton House.

—¿Estáis seguros de que se vende? —inquirió Larry, desconcertado, una vez comprobaron que no había ningún letrero —. Lo lógico es que todas las casas deshabitadas estén a la ventar o por alquilar. El propietario no permitiría que permaneciesen vacías, deteriorándose gradualmente.

—Sí, es muy raro —convino Fatty—. Yo tampoco lo veo claro.

—Ahora será inútil que vayas a pedir las llaves a ningún agente —coligió Daisy—. Si no está a la venta, no hay llaves que valgan.

—¡Sopla! —exclamó Fatty, contrariado al ver desbaratados sus planes.

Y, tras reflexionar unos instantes, decidió:

—Bien, ahí va lo que pienso hacer. «Podría» ir al agente de alquiler y venta más importante del pueblo y mencionar Milton House a propósito de casas por vender. Así vería si el hombre dice algo interesante.

—Sí… podrías hacer eso —aprobó Daisy—. No obstante, es preferible que lo hagas tú. Eres lo suficiente desvergonzado para afrontar todas las circunstancias y tienes más malicia de persona mayor que cualquiera de nosotros. Podrías simular que vas a preguntar de parte de tu madre o de tu tía.

—Sí —asintió Fatty—. Creo que me las arreglaré muy bien sin despertar las sospechas del agente. Pero antes de irme quiero explorar un poco los alrededores, subirme al árbol y atisbar al interior de la habitación misteriosa.

—¿No sería conveniente apostar un guardián para vigilar si viene alguien? —propuso Pip—. Supongo que no queréis ser sorprendidos merodeando en casa ajena. Oye, Bets; tú te encargarás de hacer guardia.

—¡No! —protestó Bets, indignada al verse excluida de la exploración—. Encárgate tú de ello, Pip.

—«Buster» puede hacerlo perfectamente —terció Fatty—. ¡Ven acá, «Buster»! ¡Quédate aquí junto al portillo y ladra si se acerca alguien!

«Buster» miró a su amo como si comprendiese todo lo que le decía.

—¿Veis? —exclamó Fatty, complacido—. Si queremos, «Buster» permanecerá aquí de guardia toda la mañana.

Pero en cuanto echaron a andar de nuevo por la calzada, «Buster» se fue tras ellos, alborozado, dando a entender que no quería permanecer en guardia ante el portillo si no se quedaba alguien con él.

—No es tan inteligente como me figuraba —gruñó Pip—. No conseguirás obligarle a permanecer ahí ni un momento, Fatty.

—Verás cómo sí —aseguró Fatty, llevando de nuevo a «Buster» junto al portillo.

Entonces el muchacho, despojándose de su chaqueta, quitóse el «pullover» y lo depositó al borde de la calzada, dentro del portillo.

—¡Vigílalo, «Buster», vigílalo! —ordenó Fatty—. Siéntate encima… así. Es mi mejor «pullover». ¡Vigílamelo, fiel amigo!

«Buster» sabía vigilar todo clase de cosas a la perfección y, una vez instalado sobre ellas, ya no se movía hasta que Fatty regresaba y le llamaba. Al presente, no intentó abandonar el jersey para seguir a los muchachos, sino que permaneció allí, muy formalito, siguiéndoles tristemente con la mirada.

—¡Pobre «Buster»! —exclamó Pip—. Quiere venir. Apuesto a que comprende que le has jugado una mala pasada, Fatty. Tiene las orejas gachas y el rabo entre las patas.

—Lo importante es que nos avise si se acerca alguien —repuso Fatty—. No creo que venga nadie. ¡Pero cualquiera sabe! Los detectives tienen que estar siempre prevenidos.

—¡Qué delicia volver a ser Pesquisidores! —exclamó Bets—. ¡Oh, Pip! ¿Es éste el árbol al que trepaste?

Así era, en efecto. Resultaba tan fácil trepar a él que incluso Bets, con ayuda de Fatty, pudo subir de rama en rama hasta alcanzar el punto desde el cual se vislumbraba la habitación misteriosa.

Ésta hallábase tal cual habíala visto Pip el día anterior, profusamente amueblada, acogedora y llena de polvo. Los chicos atisbaron por la ventana, sucesivamente. Oír hablar de aquella habitación había sido ya emocionante, pero aún resultaba más excitante verla al natural. ¿Con qué fin debía ser utilizada?

—Bien, yo me voy a la agencia —decidió Fatty, bajando del árbol—. Ahora, toma el mando tú, Larry, y explora los alrededores de la casa. Busca huellas de pisadas, pedacitos de papel, colillas de cigarro… esto es, todo lo que pudiera constituir una pista.

—¡Ooooh! —exclamó Bets, alborozada—. ¡Me encanta buscar pistas!

—¿Recuerdas que el año pasado las llamabas «pastas»? —interrogó Pip.

Como a Bets no le hacía ninguna gracia recordar cosas de ese estilo, optó por no contestar. A poco descendieron todos del árbol y procedieron a explorar los alrededores de la casa.

—Todo está vacío —comentó Larry—. Ojalá encontrásemos una ventana abierta. Así podríamos colarnos dentro.

Pero no sólo no había ninguna ventana abierta ni rendija practicable, sino que, para colmo, todas las ventanas parecían tener falleba doble.

—La persona que vivía en esta casa debía de tener miedo de los ladrones —observó Daisy—. Como no sea rompiendo una ventana o derribando una puerta, no veo la manera de entrar ahí.

Los chicos buscaron alguna huella, pero no encontraron ninguna pisada, ni colilla, ni papelito.

—¡No hay ni una sola pista! —lamentóse Bets, consternada.

—¡Fijaos en «nuestras» pisadas! —exclamó Daisy, señalando la

fangosa tierra hollada por sus pasos—. ¡Ahora todo el mundo sabrá que «hemos» estado aquí! ¡Deberíamos haber sido más precavidos!

—¡Qué vamos a hacer! —suspiró Pip—. La cosa ya no tiene remedio. Escuchad… ¿está ladrando «Buster»? ¿No habéis oído?

Efectivamente, el perrito ladraba furiosamente. Los cuatro chicos escucháronle, intranquilos. Fatty había ido al pueblo y, por tanto, no se hallaba presente para afrontar la situación con su despierto ingenio. Pip, Daisy y Bets miraron a Larry con expresión interrogante.

—¿Qué debemos hacer? —cuchicheó Bets—. ¡Oigo pasos en la calzada!

—¡Escondeos! —ordenó Larry—. ¡De prisa! ¡Desperdigaos por los arbustos!

Los chicos obedecieron. Con el corazón palpitante, Bets ocultóse detrás de un pequeño arbusto, haciendo votos por no ser descubierta.

Su horror no tuvo límites al ver aparecer por el ángulo de la casa el familiar azul marino del policía local. El agente llevaba consigo su bicicleta.

Era, en verdad, una cosa inusitada que el hombre transitase por allí aquella mañana, pues rara vez recorría la senda que llevaba a Milton House. Pero dábase el caso de que el agente tenía que ir a una distante granja a hablar con el granjero sobre unas vacas extraviadas, y, como el camino recto hallábase anegado por las lluvias, el señor Goon habíase visto obligado a dar un rodeo y a pasar por las inmediaciones de Milton House.

Mientras pedaleaba lentamente por allí cerca, recreábase pensando en lo bien que le sentaría una buena comida caliente. Tan abstraído estaba, que ni siquiera vio a «Buster», pacientemente sentado sobre el «pullover» de Fatty; pero «Buster» no sólo le vio y oyó, sino que, además, le olfateó. Lo malo fue que aquel olor no era, ni mucho menos, de su agrado.

El señor Goon era su enemigo. De hecho, el señor Goon era enemigo declarado de todos los perritos, aunque procuraba estar en buenas relaciones con los grandes. «Buster» no pudo menos de ladrar con aire de desafío cuando vio pasar al hombre pedaleando pesadamente en su bicicleta. Sus ladridos sobresaltaron al policía.

El señor Goon trató de localizar de dónde procedía el barullo, y con gran estupefacción, vio a «Buster» sentado sobre un montón de lana, ladrando furiosamente.

—¡Vaya, vaya! —barbotó el señor Goon, apeándose al punto de su bicicleta—. ¿Eres el perro de aquel gordito? Eso quiere decir que «tu dueño» anda por ahí haciendo alguna diablura…

Y el hombre franqueó el portillo. «Buster» arreció en sus ladridos, pero no abandonó el «pullover» de Fatty. Su amo habíale encomendado aquella misión y, si era necesario, defendería aquella prenda con su vida.

El señor Goon mostróse muy complacido al ver que «Buster» no merodeaba alrededor de sus tobillos como de costumbre, pero, sintiendo curiosidad por saber qué era lo que había debajo del perrito, inclinóse a tirar del «pullover».

«Buster» se puso tan furioso que por poco arranca un dedo al señor Goon.

El policía apresuróse a retirar la mano.

—¡Qué fiera de perro! —exclamó el señor Goon severamente—. ¡Qué mal genio! ¡Mal rayo te parta! Lo que necesitas es una buena paliza. ¡De buena gana te la daría!

«Buster» replicó a estas palabras con otro raudal de ladridos. El policía pasó junto a él, protegiéndose con su bicicleta, y recorrió la calzada, convencido de que no tardaría en ver a Fatty.

Al doblar la esquina formada por la casa, llegó al espacioso jardín posterior y, aunque no vio a nadie, descubrió las numerosas huellas de pisadas visibles sobre el fango. Entonces, apoyando la bicicleta en el muro de la casa, el policía procedió a examinarlas con interés.

Mas he aquí que, mientras lo hacía, entrevió la copa de la boina roja de Bets tras el arbusto.

—¡Eh, tú! —gritó el hombre, enderezándose—. ¡Te «veo» perfectamente! ¡Sal de ahí, en seguida!

La pobre Bets obedeció, temblando.

—¡Ah! —exclamó el señor Goon, mirándola de pies a cabeza—. ¿Conque uno de los Hilton otra vez? ¿Es que no podéis vivir sin hacer travesuras? ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está aquél gordito? ¿Anda también por aquí aquel chico francés? ¡Quiero

hablar con él inmediatamente!… ¡Sin perder tiempo!

En cuanto la pobrecilla y temblorosa, Bets salió de su escondite, los otros la imitaron, comprendiendo que no podían consentir que la pequeña soportase sola las airadas reconvenciones del Ahuyentador. Excuso decir la sorpresa del policía al ver aparecer tantos chicos de detrás de los arbustos.

—¿Qué estáis haciendo ahora? —gruñó el hombre—. ¿Jugar al escondite en una finca particular? Me figuro que porque sois amigos del inspector Jenks os consideráis con derecho a hacer la que os dé la gana. Pero permitid que os diga que no es así. Yo soy el policía de este pueblo, ¿entendido? Y la primera diablura, que hagáis, iré directo a contárselo a vuestros padres.

—¡Oh, señor Goon! —exclamó Larry con voz inocente—. ¿Está prohibido jugar al escondite en el jardín de una casa deshabitada? Lo sentimos muchísimo. Nadie nos lo había advertido.

—Apuesto a que tramáis una nueva travesura —refunfuñó el señor Goon, lanzando uno de sus habituales resoplidos—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí? Es preferible que me lo digáis, ¿oís? Tened en cuenta que si, ocurre algo, tarde o temprano lo sabré.

Larry comprendió que el Ahuyentador sospechaba que su presencia allí obedecía a algún nuevo misterio en perspectiva. Contrariado ante la idea de que el policía hubiese ido a parar al propio escenario del citado misterio, el muchacho llegó a la conclusión de que lo mejor que podían hacer esa marcharse inmediatamente, a fin de inducir a creer al señor Goon que realmente estaban jugando al escondite, tal como el propio policía habíales sugerido.

—Vamos —dijo Larry a sus compañeros—. Será mejor que vayamos a jugar al escondite a otro sitio.

—¡Eso es, largaos de aquí! —ordenó el señor Goon, solemnemente, satisfecho de haber quedado encima de aquellos entrometidos chicos siquiera por una vez—. ¡He dicho que os larguéis! ¿Oís?

Capítulo X

Fatty investiga

Los muchachos dirigiéronse al portillo y, tras ver al señor Goon alejarse en su bicicleta, encamináronse al sendero a aguardar a Fatty. «Buster» negóse a acompañarles. Fatty no le había relevado de su cargo y, por ende, el perrito no podía abandonar el «pullover».

—¿Cómo le habrá ido a Fatty? —murmuró Pip—. ¡Apuesto a que no traerá ninguna llave!

Fatty había regresado al pueblo para ir al despacho de la agencia de alquiler y venta de fincas más importante de las dos que había en el lugar. Al entrar vio a un hombre de edad madura sentado ante un escritorio.

—¿Qué deseas? —inquirió éste, impaciente.



—¿Dispone usted de una finca algo apartada de la carretera? —preguntó Fatty con grave y afable voz—. Mi tía desearía saber si hay alguna disponible. Quiere una casa grande con jardín, a ser posible en las afueras del pueblo.

—Bien —respondió el hombre, mirándole desconfiadamente por encima de sus grandes gafas—. Dile a tu tía que me escriba o

telefonee. Si lo prefiere, dame sus señas y le escribiré.

Esto no era, ni mucho menos, lo que a Fatty le interesaba. ¿Qué sacaría con ello?

—La verdad es que mi tía me ha encargado que le facilitara algunos detalles hoy —insistió Fatty—. Por ejemplo… creo que le convendría una casa como la llamada Milton House.

—¿Cuánto quiere gastar? —preguntó el agente, mirando a Fatty con idéntica desconfianza.

De hecho, no le gustaban ni pizca los niños.

Fatty no sabía qué contestar. Tenía una cultura general bastante aceptable, pero el posible precio de las casas no era su fuerte. El chico titubeó.

—Pues… unas quinientas libras —masculló al fin audazmente, diciéndose que, a buen seguro, con semejante cantidad de dinero podía comprarse una casa como Milton House.

—¡Lárgate! —profirió el agente dando una risotada—. ¿Te has propuesto tomarme el pelo? ¿Dónde vas con quinientas libras? ¡Hoy día, con esa cantidad, apenas podrías comprar un cuchitril! ¡Ve a decirle a tu tía que es preferible que se gaste el dinero en una casa de muñecas! ¡Ah, y a propósito, dame las señas de tu tía!, ¿quieres?

Sin inmutarse, Fatty dio unas señas muy convincentes, que el agente anotó con expresión algo perpleja.

—¿Y si me dieras también su número de teléfono? —sugirió el hombre con la esperanza de sorprender en falta a Fatty.

—Con mucho gusto —accedió éste—. Es el núm. 0000.

Y antes de que el sorprendido agente pudiera aventurar ningún comentario acerca de aquel curioso número telefónico, Fatty murmuró un cortés «buenos días» y se fue por donde había venido.

«¡Uf! —pensó Fatty mientras recorría la carretera a toda prisa—. ¡Qué tipo más antipático y desconfiado! ¡Apenas he podido “sacarle” nada de Milton House! Será mejor que pruebe fortuna con el otro agente. ¡Y conste que esta vez mi querida tía tendrá que ofrecer cinco mil libras por una casa!».

Al llegar a la otra agencia vio con alivio que el encargado del escritorio era un muchacho pálido y granujiento, no mucho mayor que él. En otras circunstancias, Fatty habríale saludado diciendo: «¡Hola, don Barrillos!», pero en la presente ocasión prefirió no

propasarse.

—Buenos días —saludó Fatty, adoptando el tono de voz más grave e importante de su repertorio.

—Muy buenos —respondió Barrillos—. ¿Qué deseas?

—Pues, en realidad, no soy yo el interesado, sino mi tía Alicia —replicó Fatty—. Desea… desea comprar una finca, una finca algo apartada, por valor de… de… unas cinco mil libras.

—¡Caramba, qué ricos y copetudos somos! —exclamó Barrillos—. ¿Quién es tu tía?

—La esposa de mi tío —contestó Fatty sonriendo.

Y, sacándose una bolsa de caramelos de menta, ofreció uno a su interlocutor. Éste aceptó, devolviéndole la sonrisa.

—No estamos acostumbrados a que vengan compradores dispuestos a gastarse cinco mil libras en una finca de estos alrededores —declaró Barrillos, esbozando otra sonrisa—. Pero disponemos de infinidad de casas deshabitadas, si tu tía desea escoger. Por ejemplo, la Casa de los Olmos, la Casa Soleada, la Casa del Cerezo, la Casa Burnham…

—¿No tenéis ninguna en la calle del Castaño? —preguntó Fatty, chupando su caramelo.

La Chestnut Lane, esto es, la calle del Castaño, era la senda donde se hallaba Milton House.

—Sí —asintió el muchacho, consultando un grueso libro, al tiempo que pasaba el caramelo de menta a su otra mejilla—. Una casa llamada Fairwais.

—¿Y la Milton House? —aventuró Fatty—. También está vacía.

—Pero no está a la venta —repuso el muchacho.

—¿Por qué no? —inquirió Fatty, sorprendido.

—Porque alguien la ha comprado, so atontado —explicó Barrillos—. Estuvo a la venta cuatro años, hasta que, al fin, la adquirieron hace cosa de un año.

—¡Ah! —exclamó Fatty, desconcertado—. En este caso, ¿por qué no vive nadie en ella?

—¿Yo qué sé? —profirió Barrillos, cascando su caramelo de menta—. ¡Oye! ¿Dónde has comprado estos caramelos? ¡Son estupendos!

—Los compré en Londres el otro día —confesó Fatty—. ¿Quieres

otro? ¿Sabes cuándo habitarán la casa los nuevos propietarios?

—No tengo idea —repuso Barrillos—. Una vez vendida una casa, mi jefe, el señor Richards, no vuelve a interesarse más en ella. ¡No me digas que tu tía Alicia se ha enamorado de ese viejo y solitario caserón!

—¿Y por qué no? A lo mejor es precisamente lo que busca. ¡Se me ocurre una idea! Tal vez las personas que la compraron se hayan arrepentido de su adquisición y quieran vendérsela a mi tía. ¿Sabes su nombre y señas?

—¡Demontre! —espetó Barrillos—. Pareces ansioso de que tu tía adquiera esa casa. Aguarda un momento. Es posible que dé con el nombre. Creo que está en este libro.

Fatty aguardó mientras Barrillos ojeaba la lista de nombres con su sucio pulgar. Ardía en deseos de saber el nombre y señas de la persona que había comprado la casa. Por otra parte, comprendía que era preciso esforzarse en averiguar algo, pues, de lo contrario, su prestigio ante los demás pesquisidores resentiríase mucho.

—Sí, aquí está —exclamó Barrillos al fin—. El apellido es Crump. Señorita Crump, Hillwais, Little Minton; está muy cerca de aquí. Total, que la señorita Crump la compró, pero no vive en la casa, ella sabrá por qué. Pagó tres mil libras por ella.

—¡Oh, muchísimas gracias! —agradeció Fatty—. Diré a mi tía que vaya a ver a la señorita Crump. A lo mejor, si ésta no quiere la Milton House, accederá a vendérsela a mi tía Alicia.

—¡Hasta la vista! —profirió el muchacho de la agencia al ver que Fatty se levantaba para marcharse—. Recuerdos a tía Alicia y dile que no me vendrían mal sus cinco mil libras.

Fatty alejóse, desconcertado. Aquella señorita Crump no se le antojaba en absoluto misteriosa. Casi podía imaginar su aspecto. A buen seguro era una viejecita relamida, con un moño en la coronilla, y vestida siempre con trajes de cuello alto y falda larga hasta el suelo. Probablemente, tenía uno o dos gatos.

Fatty emprendió el regreso a Milton House, pero, antes de llegar allí, encontró a los otros Pesquisidores muy cariacontecidos.

—Mirad, ¡ahí viene Fatty! —exclamó Bets—. ¿Cómo te ha ido, Fatty? ¿Sabes qué ha pasado? El Ahuyentador nos pilló en Milton House y nos echó de allí con cajas destempladas.

—¡Cáscaras! —masculló Fatty con expresión preocupada—. ¿Eso hizo? ¡Qué mala suerte! No nos interesaba ni pizca que husmease nuestro misterio. Si de veras supone que hay algo, no nos perderá de vista ni a nosotros ni a la casa, y lo echará todo a perder. ¿Quién de vosotros fue el tonto que se dejó sorprender por el Ahuyentador?

—El culpable fue «Buster» —declaró Larry—. De hecho, no tuviste muy buena idea de apostarle de guardián junto al portillo, Fatty, porque en cuanto vio al Ahuyentador se puso a ladrar como un loco. Naturalmente, el Ahuyentador lo reconoció y entró a ver qué andabas haciendo por el jardín. Pero sorprendido nos encontró «a nosotros» en lugar de a ti.

—¡Sopla! —barbotó Fatty—. No se me ocurrió pensar que «Buster» despertaría las sospechas del Ahuyentador si a éste le daba por pasar por allí. Sólo creí que «os» avisaría. ¿Dónde está ahora?

—Sigue sentado sobre tu «pullover» y allí se quedará hasta mañana por la mañana si no vas a buscarlo —respondió Larry—. Ahora sólo tiene una idea en su perruna cabeza: vigilar tu «pullover».

—Voy a por él —decidió Fatty—. Vosotros caminad despacio y ya os alcanzaré.

Y dicho esto, Fatty echó a correr por el sendero que conducía a Milton House. Apenas le vio, «Buster» se puso a ladrar, loco de contento.

—¡Buen perro! —elogió Fatty, acariciándole—. Ya puedes levantarte, amigo. Déjame coger mi «pullover».

«Buster» obedeció. Tras ponerse el «pullover», Fatty resolvió echar una ojeada alrededor de la casa, tal como habían hecho los demás, diciéndose que, a lo mejor, veía algo que a sus amigos habíales pasado inadvertido. Así, pues, procedió a contornear la casa, atisbando el interior de todas las ventanas.

Su sobresalto no tuvo límites al oír una severa voz procedente del otro extremo del jardín.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí? ¿No os he dicho que salierais todos de aquí hace un rato?

«¡Otra vez el Ahuyentador! —pensó Fatty, enojado consigo mismo por haberse dejado sorprender allí—. ¡Mala suerte!».

—¡Vamos! —gruñó—. ¡Dime qué estás haciendo aquí!

El Ahuyentador acercóse a él con su bicicleta.

Fatty miró a su alrededor, como si buscase algo.

—Pues verá usted… Dejé o los otros aquí ahora resulta que no están.

—¡Claro! —exclamó el Ahuyentador con perspicacia—. Y por eso atisbabas por todas las ventanas, ¿verdad? Para ver si se habían colado por una grieta.

—¡Qué listo es usted, señor Goon! —ensalzó Fatty—. Tiene siempre ideas luminosas. ¿Sabe dónde están mis amigos?

—No tendría nada de particular que los hubiese arrestado por jugar en una finca particular —refunfuñó el señor Goon sombríamente—. Si me dices por qué estáis todos tan interesados en este lugar, te diré dónde están tus compañeros.

—¿De veras, señor Goon? —exclamó Fatty, retrocediendo—. ¿Les sacará de la cárcel si se lo digo? ¿Ha comunicado ya a sus padres que los ha detenido? ¿Qué han dicho?

—¡Basta ya de monsergas! —rugió el Ahuyentador—. ¿Quieres decirme de una vez por qué andáis merodeando por aquí? Esta casa está deshabitada y ningún chico puede jugar en este jardín.

Fatty seguía retrocediendo, pero el señor Goon avanzaba implacablemente hacia él, con la cara colorada como un tomate. Detestaba a Fatty más que a ninguno de los otros Pesquisidores. Afortunadamente, Fatty contaba con la ayuda de «Buster», el cual, comprendiendo que las cosas se ponían feas, empezó a gruñir.

A poco, el perrito acercóse a husmear los tobillos del señor Goon y éste le propinó un puntapié.

—¡Oiga usted, señor Goon! —gritó Fatty, enojado al oír el aullido de dolor de «Buster»—. ¡Si da patadas a «Buster», le morderá y lo tendrá usted bien merecido! ¡No pienso intervenir!

El señor Goon repitió su hazaña, y entonces el perro abalanzóse hacia él, gruñendo furiosamente. Al ver dos blancas hileras de afilados dientes, el señor Goon apresuróse a montar en su bicicleta y descendió por la calzada a toda velocidad, seguido por el enfurecido «Buster».

—¡Esto no acabará así! —gritó el Ahuyentador, al tiempo que franqueaba el portillo—. ¡Puedes estar seguro de que pondré los puntos sobre las íes!

—¡Adiós! —vociferó Fatty—. ¡Mándeme una postal cuando los ponga! ¡Tú, «Buster», ven acá!

Capítulo XI

Sorprendentes declaraciones de la señorita Crump

Los muchachos quedáronse desilusionados, mas no sorprendidos, al oír que Fatty no había podido hacerse con las llaves de Milton House.

—Es raro que la señorita Crump haya comprado una casa y no la habite —observó Larry—. ¿Por qué motivo habrá amueblado una sola habitación del último piso, sin dar explicaciones a nadie? ¡Vaya secreto más raro!

—No podemos ir a preguntarle por qué ha instalado esa habitación en el piso —objetó Daisy—. Se pondría furiosa si supiera que hemos trepado al árbol a atisbar el interior.

—Naturalmente que no —convino Fatty—. Pero podríamos ir a verla con cualquier excuso para sonsacarla.

—¿Qué excusa? —suspiró Daisy.

—¡Ya pensaremos algo! —repuso Fatty—. Los buenos detectives siempre se las arreglan para trabar conversación con la gente.

—¿Dónde vive esa señorita? —inquirió Pip.

Fatty le dijo las señas.

—Podríamos ir allí fácilmente en nuestras bicicletas —propuso Larry—. Propongo que lo hagamos. Estoy deseando trabajar en este caso, si podemos.

—Sí, pero ¿«qué» excusa daremos a la señorita Crump? —insistió Daisy, a quien no le seducía la idea de presentarse ante una anciana dama sin un pretexto razonable.

—¡Por Dios, Daisy! —suplicó Fatty, que no había pensando aún

en qué podría consistir la excusa—. ¡No nos atosigues! ¡Déjalo en mis manos! Iremos allí, daremos un vistazo por los alrededores, y luego decidiremos el mejor medio de interpelar a la señorita Crumpet[2].

—¡Señorita Crump! —corrigió Bets, con una risita—. ¡Qué no se te escape llamarla Crumpet!

—No es aconsejable que vayamos «todos» a verla —advirtió Daisy juiciosamente—. Despertaríamos sus sospechas. ¿Os imagináis su sorpresa al ver cinco chicos invadiendo su casa para hablarle de Milton House?

—De acuerdo, pero como «yo» me he encargado ya de ir a ver a los agentes, y «Pip» descubrió el misterio, ahora te toca a ti hacer algo —declaró Fatty, generosamente—. A ti, o a Larry, o a Bets.

En realidad, Fatty hubiera deseado hacerlo todo personalmente, pero sabía que un buen jefe debe dar oportunidades a todo el mundo. Y Fatty era un buen jefe.

—¡Oh! —exclamó Daisy, algo contrariada—. De acuerdo. Pero opino que tú lo harías mejor que nadie. Fatty.

—Es posible —asintió Fatty, dejando a un lado la modestia—. No en balde he estado entrenándome todo el trimestre para esta clase de trabajo. Será muy fácil.

Así, pues, decidieron ir a ver a la señorita Crump aquella tarde, en sus respectivas bicicletas. Como la casa, no estaba muy lejos, «Buster» podría ir en la cesta de la bicicleta de Fatty.

—Pero, por lo que más quieras, «Buster» —instó Fatty—, no intentes salir disparado de la cesta como la última vez que te llevé. ¿Recuerdas? Viste un conejo o algo parecido y, al saltar, por poco provocaste un accidente.

—¡Guau! —ladró «Buster», algo avergonzado, como si comprendiera los cargos de su amo.

—¡Buen perro! —consoláronle los demás, con caricias.

De hecho, no podían soportar verlo triste.

Inmediatamente después de comer, partieron en sus bicicletas a fin de reunirse en la esquina de la calle donde vivía Pip. Luego, se pusieron en marcha, tocando la campanilla a más y mejor, con «Buster» sentado en la cesta de Fatty sobre sus patas traseras, muy excitado y con un palmo de lengua fuera.

A los veinte minutos de pedalear, llegaron a Little Minton. Un chico repartidor mostróles el camino de Hillwais.

Era una vieja y hermosa casita, con celosías y esbeltas chimeneas. El jardín estaba muy cuidado.

—No me sorprende que la señorita Crumpet prefiera vivir aquí que en aquel solitario y feo caserón —comentó Fatty, apeándose de su bicicleta—. Bien, ¿tenéis algún plan?

A nadie se le ocurría nada. De improviso, resultaba inesperadamente difícil hallar un medio de ir a interpelar a la señorita Crump acerca de Milton House.

Fatty bajó a «Buster» de la cesta de la bicicleta. Satisfecho de poder estirar las patas, el perrito corrió hacia el portillo del jardín.

Entonces, sucediéronse los acontecimientos. Un enorme perrazo apareció, ladrando, en el sendero, precipitándose hacia «Buster». Éste gruñó, asombrado, dispuesto a presentar combate. El perrazo gruñó a su vez, con todo el pelaje del lomo erizado.

—¡Van a pelearse! —chilló Bets—. ¡Aparta a «Buster», Fatty!

Pero, antes de que el chico pudiera llevarse al perrito, el perro de la casa abalanzóse sobre él, con gran consternación por parte de Bets. Ambos perros ladraban y gruñían furiosamente, enzarzados en una pelea.

—¡Ven acá «Buster»! —vociferaban los chicos—. ¡Por favor, «Buster»! ¡Ven acá!

Pero «Buster» no estaba dispuesto a dar media vuelta y a huir en plena lucha. Le encantaba pelearse y rara vez tenía ocasión de hacerlo. Por otra parte, no le importaba que su contrincante fuera más grande que él. ¡Tenía buenos colmillos para defenderse!

A poco, abrióse la puerta principal de la casa y en su marco apareció una dama entrada en años, de contextura rolliza y aspecto agradable. Al punto, la mujer echó a correr por el sendero, con expresión preocupada.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Qué hace «Tomás»? ¿Atacar a vuestro perro? ¡Ven acá, «Tomás»! ¡Basta ya de peleas!

Pero ni «Tomás» ni «Buster» se dieron por aludidos y continuaron su emocionante pelea como aquél que oye llover.

Bets lloraba amargamente. Aquel bullicio la trastornaba y, además, temía que «Buster» pereciese en la refriega.

Sus sollozos enternecieron a la dama regordeta.

—Un momento, querida —dijo a Bets—. ¡Sé cómo separarlos! ¡No llores más!

Y, tras meterse de nuevo en la casa presurosamente, reapareció con un gran cubo de agua y echólo sobre los dos enfurecidos perros.

Éstos tuvieron tal sobresalto al notar el contacto del agua helada sobre sus lomos, que retrocedieron, aterrados. La señorita Crump aprovechó la ocasión para sujetar a «Tomás» y Fatty hizo lo propio con «Buster».

—¡Eres muy malo, «Tomás»! —reconvino la dama regordeta—. ¡Te encerraré en la perrera todo el día!

Y, volviéndose a los chicos, agregó:

—¡Aguardad a que lo encierre! Vuelvo en seguida.

Y desapareció tras la casa, con el enojado y desilusionado «Tomás».

—¿Es esa la señorita Crump? —cuchicheó Larry.

—Supongo que sí —asintió Fatty—. Fijaos en el pobre «Buster». Tiene un mordisco en la pata. Está sangrando.

Bets sollozaba, asustada y dolorida. No podía soportar ver a «Buster» en aquellas condiciones. En cambio, «Buster» era el único que no parecía preocuparse en absoluto de su mordisco. Tras lamerse la pata, meneó el rabo, como diciendo: «¿Qué pelea más estupenda, eh?». ¡Lástima que haya terminado tan pronto!

—¡Tú no has tenido la culpa, «Buster»! —disculpóse Daisy—. Fue ese detestable perrazo el que te atacó.

La señorita Crump reapareció, muy apenada por lo sucedido. Al ver que Bets seguía llorando inclinóse a abrazarla.

—No llores más, querida —le dijo—. Ese pillastre de «Tomás» no ha conseguido lastimar mucho a tu perrito. Es un perro muy fiero, «Tomás». Pertenece a mi hermano y persigue a todos los perros y gatos que se aventuran por el jardín.

—¡El pobre «Bbbbuster» está ssssangrando! —gimió Bets, que detestaba la vista de la sangre.

—No te preocupes —tranquilizóla la señorita Crump—. Lo llevaremos dentro y, luego de curarle la patita, se la vendaremos. ¿Te parece bien?

—Sí, muy bien —asintió Bets, enjugándose las lágrimas.

La niña se dijo que «Buster» estaría graciosísimo con una pata vendada. ¡Tendría que mimarlo mucho para resarcirlo!

—Bien, entonces, venid conmigo —instó la señorita Crump—. Dejad vuestras bicicletas junto al portillo. Eso es. Me llamo señorita Crump y vivo aquí, con mi hermano.

—¡Oh! —exclamó Daisy.

Y reflexionando que lo mejor era decir, asimismo, sus nombres a la señorita Crump, la muchacha procedió a presentar cortésmente a todos sus compañeros. A poco, la dueña de la casa los hizo pasar a un confortable y acogedor saloncito, y, una vez allí, lavó y vendó primorosamente la patita de «Buster», con gran satisfacción del animalito.

—Creo que la cocinera ha hecho unos bollos —declaró la señorita Crump, en cuanto terminó el vendaje, mirando a los niños con expresión radiante—. ¿Seríais capaces de comeros uno o dos?

Todos estaban seguros de «ser capaces» de comerse todos los bollos que les pusieran delante. ¡Qué simpática era la señorita Crump! Cuando ésta fue a por los bollos, Fatty propuso, tocando a Daisy con el codo:

—Lo mejor será que empieces ya a formular preguntas. Es una magnífica ocasión para hacerlo.

Daisy no tenía idea de cómo iniciar aquel interrogatorio sobre Milton House, pero todo resultó inesperadamente fácil.

A su regreso, la señorita Crump procedió a repartir bollos, inquiriendo:

—¿De dónde venís? ¿Sois de muy lejos?

—¡Oh, no! —repuso Daisy—. Vivimos en Peterswood.

—¿De veras? —exclamó la señorita Crump, ofreciendo un bollo al sorprendido y agradecido «Buster»—. ¡Qué casualidad! Yo estuve a punto de ir a vivir allí hace cosa de un año. Supongo que no conocéis una casa llamada, Milton House, ¿verdad?

—¡Oh, sí, perfectamente! —respondieron todos a una.

La señorita Crump mostróse sorprendida de que, al parecer, Milton House fuese tan popular.

—Pues veréis —empezó la señorita Crump, sirviéndose un bollo —. Hace ya algún tiempo, adquirí Milton House. Mi hermano deseaba vivir en este condado y le pareció que Milton House era lo

más a propósito para nosotros.

—¡Ah, caramba! —farfulló Daisy, tras recibir un codazo de Fatty —. Entonces… ¿por qué no fueron ustedes a vivir allí? Según parece… residen ustedes aquí.

La salida de la muchacha no pecaba de diplomática, pero la señorita Crump prosiguió diciendo, jovialmente:

—El caso es que, apenas la compré, sucedió una cosa muy rara.

Al oír esto, los muchachos aguzaron los oídos. Por su parte, «Buster», percatándose del general interés, enderezó las orejas a su vez.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bets, ávidamente.

—Acudió un hombre a verme, con el ruego de que le vendiera la casa a él —explicó la señorita Crump—, alegando que había pertenecido a su querida madre y que, como habíase criado allí, ansiaba habitarla de nuevo con su mujer y sus hijos. Y como me ofreció una cantidad muy superior a la que pagué por ella, que era… a ver, dejadme pensar…

—Tres mil libras —profirió Pip, cortésmente, recordando lo que Fatty le había dicho.

Al punto, recibió sendos codazos de Fatty y de Larry, en tanto la señorita Crump mirábale, estupefacta.

—¿Pero, cómo diablos sabes esto? —farfulló la mujer—. ¡Qué extraordinario! Tal «fue», precisamente, el precio que pagué. ¿Pero, cómo lo sabes tú?

Pip se puso como la grana. Tan aturdido estaba, que no sabía qué decir. Menos mal que Fatty estaba al quite, como de costumbre.

—Verá usted, señorita —dijo el gordito, gravemente—. Es que Pip tiene mucho ojo para esas cosas. «Muchísimo» ojo. Me figuro que es un don especial, ¿verdad? —agregó, volviéndose a sus amigos para inducirles con la mirada a corroborar su aserto.

—¡Oh, «sí»! —apresuráronse a afirmar los demás, todos a una—. ¡Es un adivinador fantástico!

Afortunadamente, la señorita Crump pareció conformarse con aquella sencilla explicación.

—Bien —prosiguió la mujer—, no sé por qué os cuento todo esto. Sin duda, os estoy aburriendo con este tema, pero, al decirme que veníais de Peterswood, me acordé de Milton House.

Naturalmente, ahora me alegro de no haber ido allí, porque, casi inmediatamente, encontré esta casa, que, dicho sea de paso, es «mucho» más bonita.

—¡Ya lo creo! —convino Fatty—. ¡Es preciosa! ¡Qué raro que aquel hombre quisiera vivir en Milton House por el mero hecho de haberse criado allí! ¿No le parece, señorita Crump? ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Creo que no he citado ningún nombre —replicó la señorita Crump, sorprendida—. Es posible que le conozcáis. Supongo que ahora debe vivir en la casa. Tal vez, incluso, conocéis a los chicos.

Ninguno dijo que Milton House estaba deshabitada y que, por tanto, no vivía ningún niño allí. Lo mejor era la discreción en vista de las proporciones que iba adquiriendo aquel misterio.

—¿No se apellida Popps? —aventuró Fatty, diciendo el primer nombre que se le ocurrió para sonsacar a la señorita Crump.

—No, nada de esto —repuso la mujer—. Aguardad un momento… Creo que tengo una carta suya por ahí. Suelo guardar todas las cartas de negocios durante dos años; luego, las rompo. ¡Ah, aquí está! ¡Cielos! ¿Dónde están mis gafas?

Saltaba a la vista que la señorita Crump no podía leer nada sin gafas, y quedóse de pie, junto al escritorio, buscándolas con la mirada, en tanto conservaba la carta en la mano.

Entonces Pip demostró ser realmente listo y oportuno. Al ver las gafas sobre la mesa metidas en su estuche empujólas rápidamente hacia la silla donde se hallaba sentado y, levantándose, acercóse a la señorita Crump, diciendo:

—Permítame que la ayude. Yo leeré el nombre por usted.

—¿Pero dónde «están» mis gafas? —repitió la señorita Crump—. Tengo que encontrarlas.

Pero como, naturalmente, no las encontró, al final tuvo que dejar leer el nombre a Pip. Éste leyó en voz alta:

—John Henry Smith.

Pero, mientras el muchacho leía aquel hombre tan corriente, sus ojos fijáronse en las señas que figuraban a la cabeza de la carta. Lo cierto era que Pip estaba tan enojado consigo mismo por haber soltado lo de las tres mil libras, que quería rehabilitarse a los ojos de los demás, aguzando el ingenio.

—Sí, eso es —asintió la señorita Crump—. Es un nombre tan vulgar que lo había olvidado. ¿Conocéis a los chicos Smith?

—Pues… no, no los conocemos —tartamudeó Daisy—. No hemos tenido ocasión de trabar amistad con ellos. Bien, señorita Crump, muchísimas gracias por su amabilidad con nosotros y con «Buster». Ahora tenemos que marcharnos, es preferible que lleguemos a casa antes de que anochezca.

Todos se despidieron, y la señorita Crump insistió en que volvieran a verla otro día. A poco, los chicos partieron en sus bicicletas, pero, a penas doblaron la primera esquina, apeáronse para cambiar impresiones.

Capítulo XII

Larry hace una gestión

—¡Caracoles! —exclamó Fatty—. ¡Parece ser que, por fin, hemos averiguado algo! ¿Te has fijado en las señas de John Henry Smith, Pip?

—Por supuesto —confirmó Pip, con aire importante—. ¿No reparasteis en que, si me ofrecí a leer el nombre, fue precisamente para echar un vistazo al domicilio?

—Yo te vi empujar el estuche de las gafas de la señorita Crump a tu silla —manifestó Daisy.

—Sí —asintió Pip—. Pero, antes de marcharme, volví a ponerlas encima de la mesa. Las señas son: Calle del Terraplén, n.° 6, Limmering, Y el número del teléfono, Limmering 021.

—Buena faena, Pip —ensalzó Fatty, con admiración—. Metiste la pata hasta el fondo con lo de las tres mil libras, pero después te desquitaste por todo lo alto. Ni yo lo hubiera hecho tan bien.

—De eso no te quepa duda —intervino Bets, muy orgulloso de Pip—. ¿No os parece todo rarísimo? Si el señor Smith ansiaba tanto comprar la casa porque su madre vivió en ella y él se crio allí, ¿por qué amuebló sólo una habitación?

—Esa habitación tiene la ventana enrejada —murmuró Fatty, tras profunda reflexión—. A lo mejor era la ventana del cuarto de jugar en los días de su infancia, y tal vez la ha amueblado por ese motivo. Es posible que el señor Smith sea un hombre muy sentimental. Con todo, reconozco que esta explicación no resulta muy convincente. No obstante, los detectives deben considerar todas las explicaciones «posibles».

Pero nadie la dio por buena.

—Hemos de averiguar tres cosas —propuso Larry, pensativo—. Primero, si años atrás vivía allí una tal señora Smith. Segundo, si uno de sus hijos se llamaba John. Y tercero, si aquella habitación era el cuarto de jugar.

—Sí, me parece muy bien —convino Fatty—. Y también podríamos averiguar si John Henry sigue aún en Limmering.

—¡Limmering está «muy lejos»! —replicó Larry—. Nunca nos darán permiso para ir allí.

—Pero tenemos el número de teléfono, bobo —recordó Fatty—. Podemos telefonear.

Y, en vista de que estaba anocheciendo, montaron en sus bicicletas y apresuráronse a regresar.

—¿A quién le toca investigar ahora? —interrogó Daisy—. Yo ya he cumplido mi cometido. Creo que la próxima gestión corresponde a Larry o a Bets.

—¿Y cómo averiguaremos quién vivía antes en Milton House? —refunfuñó Larry—. ¡Nadie lo sabrá!

—¿Para qué té sirve la materia gris, so atontado? —espetó Fatty—. Hay infinidad de medios de averiguarlo. Podría indicarte muchos. Pero ya es hora de que te exprimas un poco el seso sin ayuda ajena. Un buen, detective no debe arredrarse nunca ante las dificultades. ¡Bah! ¡Pensar que yo podría averiguarlo en diez minutos!

—¡Claro, como eres tan listo! —gruñó Larry, enojado.

—No puedo evitarlo —admitió Fatty—. Desde mi más tierna infancia…

—¡Ea, basta ya! —protestaron Pip y Larry, que nunca daban ocasión a Fatty de referirles las hazañas de su maravillosa niñez.

Fatty pareció ofenderse.

—Bien —masculló, cuando se separaron en la esquina de la calle de Pip—, mañana nos veremos. Procura obtener la información que necesitamos, Larry, y presenta tu informe bien detallado.

Todo revestía un carácter muy importante y oficial.

—Qué divertido resultaba desentrañar un caso tan misterioso, ¿verdad? —suspiró Bets, alborozada.

—Sí, pero apenas hemos progresado nada todavía —murmuró Fatty, sonriendo a la niña—. Y si «Buster» no se hubiese peleado

con aquel perrazo, dudo de que hubiéramos conseguido tirar tanto de la lengua a la señorita Crump.

—¡Pobrecillo «Buster»! —musitó Bets, contemplando al pequeño «scottie», sentado pacientemente en la cesta de la bicicleta de Fatty —. ¿Te duele la patita?

En realidad no le dolía, pero «Buster» no estaba dispuesto a renunciar a ninguna muestra de compasión que se le brindase. Y, en consecuencia, tendiendo la pata vendada, adoptó una expresión triste y dolorida.

—Eres un comediante, ¿verdad, «Buster»? —le dijo Fatty, acariciándolo—. Has disfrutado de lo lindo con aquella pelea y todo el jaleo consiguiente. Además, apuesto a que lograste darle dos o tres buenos mordiscos a aquel perrazo. Y, no obstante, ahora quieres que te mimen unos días, aprovechando que llevas esa pata vendada.

—Pues conste qué lo «mimaré» —declaró Bets, besándole en la cabeza—. ¡Qué susto me llevé al verlo acorralado por aquel perrazo!

—¡Pobrecilla Bets! —suspiró Fatty—. No obstante, gracias a tus gritos y a los gruñidos de «Buster», conseguiremos meternos en casa de la señorita Crump y enterarnos de muchas más cosas de lo que esperábamos.

Tras despedirle, dirigiéronse todos a sus respectivas casas, adonde llegaron justamente a la hora del té, al tiempo que anochecía. Era una fría tarde de diciembre y, naturalmente, los Cinco Pesquisidores acogieron con singular agrado la idea de gozar de un buen fuego y de una merienda.

Larry y Daisy discutieron el mejor medio de averiguar los antecedentes de John Henry Smith y su madre. No tardaron en idear varios sistemas.

—Podríamos ir a preguntar a la casa vecina si la señora Smith residió allí hace unos años —propuso Daisy—. Entonces nos respondería que no, que donde vivía era en Milton House.

—O bien interpelar al tendero del pueblo —dijo Larry—. Como sirve a todo el mundo, es posible que recuerde a la señora Smith. Además, ha vivido aquí toda la vida.

—Incluso podríamos preguntárselo a mamá —cuchicheó Daisy.

—Es mejor que no lo hagamos —repuso Larry—. A buen seguro, le chocaría nuestra curiosidad.

—También podríamos preguntarlo en la estafeta de correos —masculló Daisy—. Allí conocen a todo el mundo, pues el cartero reparte las cartas.

—Ya está —exclamó Larry, complacido—. ¡Se lo preguntaremos al cartero! Lleva aquí muchos años y seguramente sabe quién vivía en Milton House.

—Sí, me parece muy buena idea —asintió Daisy—. Podemos interpelarle fácilmente. ¿Cómo lo haremos? No podemos preguntárselo abiertamente. Despertaríamos sus sospechas si le espetásemos de buenas a primeras: «¿Sabe usted si vivía un tal John Henry Smith con su madre en Milton House hace unos años?».

—Tienes razón —convino Larry—. Procuraré pensar algo esta noche, y mañana por la mañana, a eso de las once, esto es, cuando efectúa el segundo reparto del día, acecharé su paso.

Y, en efecto, a la mañana siguiente, poco antes de las once, Larry y Daisy, apostáronse en el portillo de su jardín, al acecho del viejo Sims, el cartero.

El hombre apareció a lo lejos, como de costumbre, entrando y saliendo sucesivamente de varias casas. Cuando se fue acercando, Larry le gritó:

—Hola, Sims. ¿Hay alguna carta para mí?

—No, señorito Larry —respondió Sims—. ¿Acaso es su cumpleaños o alguna fecha especial?

—¡Oh, no! —replicó Larry—. ¡Válgame Dios! ¡Qué cantidad de cartas tiene usted que repartir, Sims! ¿Son todas del segundo correo? ¿Y regresará usted a la estafeta con la valija completamente vacía?

—Claro está —asintió Sims—, a menos que alguien haya dirigido una carta a unas señas equivocadas. En tal caso, si no puedo averiguar donde vive el destinatario, tengo que volver a llevármela. Pero, en general, sé donde vive todo el mundo.

—Apuesto a que no se acuerda usted de los nombres de toda la gente que ha vivido en Peterswood desde que es usted cartero —insistió Larry hábilmente.

—¿Quién ha dicho que no? —protestó Sims, recostándose en el

portillo—. ¡Me acuerdo «perfectísimamente»! Mi mujer dice que no he olvidado ni un solo nombre. Por ejemplo, sé quién vivió en «esta» casa antes que ustedes vinieran. Sí, era la señora Hampden, y por cierto que yo acudía aquí con miedo cada mañana, porque dicha señora tenía dos perros muy fieros. Y antes de ella, habitó la casa el capitán Lacy, un anciano caballero muy agradable. Y antes…

Pero Larry que no sentía el menor interés en saber quiénes eran los antiguos inquilinos de su casa, interrumpió al viejo Sims, diciendo:

—«Tiene» usted una memoria prodigiosa, Sims. Es un caso extraordinario. Ahora voy a tratar de pillarle a usted en falta. ¿Quién vivía en Milton House hace unos años?

—¿En Milton House? —exclamó Sims, animándose—. Pues las tres señoritas Duncan. Las recuerdo perfectamente.

—¿Duncan? —repitió Larry, asombrado—. ¿Está usted seguro? Creí que vivían allí unos tal Smith.

—No, nunca vivió allí ningún Smith —repuso Sims, arrugando la frente—. Recuerdo que la casa fue construida por el coronel Duncan, para él y sus tres hijas. A propósito, ¿cómo se llamaban? ¡Ah, sí! Había la señorita Lucy, la señorita Hannah y la señorita Sarah. Eran todas simpatiquísimas y nunca se casaron.

—¿Vivieron muchos años allí? —inquirió Larry.

—¡Oh, sí! —respondió Sims—. Hasta hace seis años. Después de la muerte del anciano coronel, murieron dos de las señoritas, y la que quedaba se fue a vivir con una amiga porque se sentía muy sola.

—¿Había alguna habitación reservada a los niños en Milton House? —preguntó Larry, recordando la ventana enrejada—. ¿Vivían niños en la casa?

—No —replicó Sims—. Las señoritas tenían veintitantos años cuando vinieron, de modo que nunca hubo niños allí.

—¿Quién la habitó después de los Duncan? —interrogó Daisy, pensando que, tal vez los Smith habíanla ocupado entonces.

—Pues una tal señorita Kennedy, que la convirtió en una especie de casa de huéspedes —declaró Sims—. Pero su intento fracasó y, a los dos años, se fue todo a paseo. Desde entonces, la casa está deshabitada. Oí decir que alguien, la había comprado, pero aún no

vive nadie en ella. Nunca llevo cartas allí.

—¿Así no ha vivido nunca en ella una familia apellidada Smith? —insistió Daisy, desconcertada.

—¡Y dale con los Smith! —exclamó el viejo Sims, enderezándose para proseguir su camino—. Tal vez os referís al viejo general Smith. Pero éste vivía por entonces en Clinton House.

—Por lo visto, estamos confundidos —murmuró Larry, disimulando—. Bien, Sims, opino que tiene usted una memoria fantástica. Dígale usted a su esposa que hemos intentado pillarle en falta sin resultado.

Con la sonrisa, Sims reanudó su penosa ascensión de la colina. Larry y Daisy cambiaron una mirada.

—¿Qué opinas de «esto»? —gruñó Larry al fin—. ¡El señor John Henry Smith inventó un hatajo de mentiras para adquirir esa casa! ¿Quién es ese hombre y qué se propone?

Capítulo XIII

¿Quién es John Henry Smith?

Cuando Larry acudió a casa de Pip a reunirse con los demás, sus noticias causaron sensación.

—Tuviste una buena idea de interpelar al viejo Sims —elogió Fatty calurosamente—. Realmente, fue una idea digna de aquel gran detective llamado Sherlock Holmes.

La alabanza de Fatty era para satisfacer a cualquiera, pero Larry tuvo la honradez de reconocer que fue Daisy la que le había dado la idea.

—Con todo, la pusiste en práctica maravillosamente —insistió Fatty—. Pero la verdad es que las cosas se están poniendo cada vez más «curiosas», como decía Alicia, la del País de las Maravillas. Desde el principio, ese nombre de John Henry Smith me pareció «demasiado» vulgar, la clase de nombre que suele adoptar la gente cuando no quiere ser descubierta en nada.

—¡Qué raro! —musitó Bets—. Todo aquel cuento de que su madre vivió allí era pura invención. ¿Por qué tenía ese hombre tanto empeño en adquirir esa casa precisamente? ¿Creéis que «utiliza» aquella habitación misteriosa?

—No tengo idea —repuso Fatty—. Lo cierto es que hemos dado con un raro misterio. Tendremos, que averiguar quién es ese John Henry Smith.

Sus compañeros miráronle de hito en hito. Bets sintió un pequeño escalofrío en la espalda. Aquel John Henry Smith se le antojaba una persona en extremo temible y sospechosa, a quien no tenía el más mínimo deseo de conocer.

—No… no podemos ir a Limmering —tartamudeó la niña, con

una vocecita apenas perceptible.

—No —convino Fatty—. Pero ya os he dicho antes que podríamos telefonear. ¿Qué número era, Pip? ¿Limmering, 021?

—Eso es —asintió Pip—. Telefonea «tú», Fatty. Esto es muy importante. Si alguno de nosotros debe hablar con John Henry Smith, es preferible que seas tú.

—De acuerdo —masculló Fatty, con aire importante—. Iré a la cabina del teléfono público y telefonearé desde allí, ¿no te parece, Pip? Porque si tu madre me oye telefonear desde aquí, a lo mejor quiere enterarse de lo que ocurre.

—Tienes razón —convino Pip—. Ve al teléfono público. «Buster» se quedará aquí para no cansar su pata herida.

—¡Guau! —ladró «Buster», patéticamente.

Aquel día el perrito estaba muy raro, pues cada vez que quería un poco de bulla se levantaba cojeando miserablemente, moviendo a los chicos a profunda compasión. Por entonces, su fuerte patita estaba casi curada y ya no necesitaba vendaje. Pero «Buster» deseaba sacar el máximo partido de la situación mientras ésta se prolongase.

Así, pues, acompañó a Fatty demostrando con ello que no estaba dispuesto a abandonar a su amo bajo ningún pretexto. Y cojeando exageradamente lo siguió a la cabina telefónica.

Fatty sentíase algo excitado. ¡John Henry Smith era la clave del misterio… y, a poco, se pondría al habla con él!

Tomando el receptor, Fatty pidió el número que deseaba.

Una voz indicóle el dinero que tenía que introducir en la ranura. El chico obedeció y aguardó una respuesta, con el corazón palpitante. Por fin, oyó una voz al otro extremo del hilo que decía:

—¡Dígame!

—¡Ah… oiga! —respondió Fatty—. ¿Sería usted tan amable de decirme si vive ahí el señor John Henry Smith?

Sobrevino un silencio. Por último, la voz inquirió:

—¿Qué número pide usted?

Fatty repitió el número.

—¿Quién le dijo que podía usted llamar al señor Smith a este número? —insistió la voz—. ¿Quién es usted?

Fatty inventóse un nombre.

—Soy Donald Duckleby —murmuró.

Sucedióse otro raro silencio.

—¿«Qué» nombre ha dicho? —murmuró la voz, al fin.

—¿Podría usted decirme si el señor Smith vive aún en Limmering o bien se ha mudado a Peterswood? —aventuró Fatty, optando por valerse de la audacia.

Sabía perfectamente que John Henry Smith «no» se había mudado a Peterswood, pero pensó que no estaría de más darle un sobresalto.

Sobrevino un nuevo silencio. Esta vez fue tan largo, que Fatty intentó quebrarlo, diciendo:

—¡Oiga, oiga!

Pero no obtuvo respuesta. La persona al otro lado de la línea colgó el receptor. Fatty hizo lo propio, pensativo.

¡Poca cosa había sacado en limpio! ¡Ni siquiera sabía si el hombre con quien había hablado era John Henry Smith o no! En realidad, la gestión había sido muy poco satisfactoria. Aunque Fatty no había cifrado grandes esperanzas en aquella llamado telefónica, lo cierto es que esperaba algo más concreto de ella.

Al salir de la cabina pública, encontróse con el viejo Ahuyentador, que había estado observándole a través del cristal. De ahí los gruñidos de «Buster» en el curso de la llamada.

El señor Goon estaba francamente intrigado. ¿A quién telefoneaba aquel chico? ¿Acaso no tenía teléfono en su casa? ¡Pues claro que lo tenía! Pero probablemente había ido a un teléfono público para evitar que su madre se enterase de lo que decía. ¡Saltaba a la vista que aquella llamada telefónica guardaba relación con el misterio en que andaban metidos los muchachos!

—¿A quién has telefoneado? —inquirió el Ahuyentador.

—No creo que eso sea de su incumbencia —repuso Fatty adoptando el tono cortés que tanto solía sacar de tino al señor Goon.

—¿Habéis vuelto a Milton House? —preguntó el policía convencido de que aquella casa era la clave del misterio.

—¿A Milton House? —repitió Fatty, inocentemente—. ¿Dónde está eso?

Con un resoplido, el señor Goon sonrojóse gradualmente, hasta

cobrar aquel tono púrpura que tanto fascinaba a los niños.

—No me vengas con monsergas —espetó el hombre—. Sabes perfectamente dónde está Milton House. ¡Incluso mejor que yo!

—¡Ah! —exclamó Fatty, como aquel que recapacita—. ¿Se refiere usted a aquel caserón donde estuvimos jugando al escondite hace unos días? ¿Por qué no viene usted alguna vez a jugar con nosotros, señor Goon?

«Buster» empezó a gruñir de nuevo, en tanto el señor Goon intentaba apartarlo. Aquello era lo malo que tenían sus conversaciones con Fatty. Que el chico llevaba siempre consigo al perro, y éste se las arreglaba para poner fin enseguida al diálogo.

Así, pues, cuando «Buster» se abalanzó a los tobillos del señor Goon, el policía propinóle un puntapié.

—¡Ahora no le lastime usted la «otra» pata! —protestó Fatty, induciendo a creer al señor Goon que el vendaje de la pata de «Buster» obedecía a los puntapiés que le había dado dos o tres días atrás.

—¡Pues llámalo para que me deje en paz! —rugió el Ahuyentador—. ¡Y tú, lárgate de aquí! ¿Qué tienes que hacer en un teléfono público? ¡La cuestión es enredar y meteros en lo que no os importa!

Y, dicho esto, el hombre alejóse, enfurruñado. El muchacho sonrió para sus adentros. ¡Pobre viejo Ahuyentador! ¡La labia de Fatty dejábale siempre aturullado!

El gordito regresó a casa de Pip. Los demás acogieron con interés los detalles de la llamada telefónica y regocijáronse al saber los recelos del Ahuyentador.

—De todos modos, Fatty —objetó Larry, tras reflexionar unos instantes—, no estoy seguro de que estuvieses muy acertado sacando a relucir Peterswood. Es posible que con ello «le» hayas puesto en guardia. Quiero decir que, si el señor Smith lleva algún juego bajo mano en Milton House, se habrá sobresaltado al saber que le conoce alguien en Peterswood, donde tiene su casa.

—¡Sopla! —exclamó Fatty, recordando la rapidez con que la persona con quien había hablado colgó el receptor al oír la palabra «Peterswood»—. ¡Creo que tienes toda la razón!

Milton House hallábase en las afueras de Peterswood. Por

consiguiente, era muy posible que semejante alusión hubiese puesto seguidamente en guardia al señor John Henry Smith.

—¡En fin! —suspiró Fatty—. Si de veras le he puesto en guardia, probablemente acudirá corriendo a Peterswood para comprobar si su preciosa habitación secreta sigue intacta. De modo que, a lo mejor, precipitamos los acontecimientos. En lo sucesivo, vigilaremos constantemente la Milton House y así, si acude el señor Smith, podremos averiguar qué aspecto tiene.

—Pero por la noche no podremos vigilar —repuso Larry, dudosamente.

—¿Cómo que no? —saltó Fatty—. «Yo» puedo hacerlo perfectamente. Mi madre nunca sabe si estoy acostado o no.

—¡Pero, Fatty! —profirió Bets, horrorizada—. ¡No te atreverás a ir a Milton House a altas horas de la noche! Hará mucho frío y estará negro como boca de lobo. ¡Qué miedo me daría!

—No estará oscuro —replicó Fatty—. Tenemos casi luna llena. Y no pasaré frío. Me fijé que había una especie de glorieta en el jardín, vieja y ruinosa, y, si me llevo un par de buenas mantas, estaré estupendamente allí metido.

Sus amigos miráronle, atemorizados. A ninguno le habría hecho ninguna gracia ir solo a Milton House en plena noche.

—Nunca he sido miedoso —jactóse Fatty recreándose en la admiración de sus compañeros—. Por ejemplo, cuando tenía dos años fui a…

—¡Silencio! —ordenaron Larry y Pip—. Siempre lo estropeas todo cuando empiezas a fanfarronear.

—¿Te llevarás a «Buster»? —preguntó Bets.

—No sé —repuso Fatty—. Por una parte sería una compañía, pero por otra, a lo mejor le da por ladrar si oye pasos.

—¡Fijaos! —exclamó Bets súbitamente—. ¡Está nevando mucho!

En efecto, grandes copos blancos caían quedamente. Los muchachos acercáronse a la ventana a contemplarlos.

—Eso significa que tendré que extremar las precauciones para no dejar huellas de pisadas —decidió Fatty—. Entraré por el seto que rodea el jardín. La única ventaja será que «podré» averiguar si ha ido alguien a la casa, porque las huellas cantarán.

—¿Qué te parece si fuésemos todos a Milton House ahora? —

propuso Pip—. Sólo para comprobar si hay alguna novedad.

—No —repuso Fatty—. Iremos mañana. No es probable que nuestro señor John Smith acuda hoy a la casa. Seguramente aguardará hasta mañana. Entonces, es posible que veamos algún rastro de él. Ahora propongo que juguemos a cualquier cosa.

Y tras jugar un rato a los Disparates, Fatty despidióse de los demás, diciendo:

—Presiento que nuestro misterio se está animando por momentos. ¡No me sorprendería que pronto empezaran a suceder cosas!

Capítulo XIV

Una nueva visita a Milton House

A la mañana siguiente, los Cinco Pesquisidores y «Buster» encamináronse a Milton House. Como había una espesa capa de nieve, dejaron las huellas de sus pisadas tras sí.

Además, Pip y Bets debían pasar ante la casa del señor Goon para reunirse con los demás, no pudieron evitar que el policía les viera. El hombre estaba tan seguro de que los chicos andaban tras algún nuevo misterio, que decidió seguirlos, incapaz de soportar la idea de que, una vez más, le tomasen la delantera.

Comprendiendo que la bicicleta más bien le serviría de estorbo con toda aquella nieve, emprendió la marcha a pie, sin perderles de vista, procurando al mismo tiempo no ser descubierto por los interesados.

No obstante, apenas Pip y Bets reuniéronse con los demás, «Buster» descubrió que les seguían. El perrito se detuvo con un gruñido y volvióse a mirar tras sí. Los chicos le imitaron y vislumbraron el familiar uniforme azul marino deslizándose en un portillo.

—Es el Ahuyentador —refunfuñó Fatty, contrariado—. ¡Qué fastidio de hombre! No podemos ir a Milton House con él pisándonos los talones todo el tiempo. ¿Qué haremos?

—No estamos muy lejos de mi casa —observó Larry—. ¿Y si entrara yo un momento a escribir una nota que le indujese a pensar que «estamos» desentrañando un misterio distinto del que nos ocupa, esto es, un misterio inventado?

Todos se rieron.

—Sí —accedió Fatty—, y la dejaremos caer por el camino para

que la recoja. Apuesto a que se abalanzará sobre ella y la leerá sin darse cuenta que es una trampa para atraerle a una pista falsa. Tal vez entonces cesará de molestarnos.

Total que Larry metióse en el jardín de su casa y escribió una precipitada nota con lápiz, que decía:

> «Querido Fatty:
>
> Te escribo unas letras para comunicarte que estoy sobre la pista del ladrón que robó aquellas joyas. Reúnete conmigo en Felling Hill, y te indicaré dónde escondió los objetos robados antes de llevárselos de nuevo. Tuyo,
>
> LARRY.»

Con una sonrisa, Larry cerró el sobre y corrió a reunirse con los demás. A poco, la pandilla reanudó la marcha por la carretera, con la esperanza de que el señor Goon procediese a seguirles otra vez.

Fatty echóse a reír cuando Larry le dijo lo que había escrito.

—¡Qué gracia! —exclamó—. Ahora el viejo Ahuyentador creerá que andamos tras un ladrón de joyas y echará a correr como una liebre a Felling Hill para explorar el terreno. ¡Eso nos librará unas horas de él!

—Está allí, detrás de aquel árbol —susurró Bets—. No miréis atrás. Vosotros dos. Larry y Fatty, empujaos el uno al otro como si jugaseis, y, mientras lo hacéis, dejad caer la nota. Así el Ahuyentador creerá que la perdisteis.

—Buena idea, Bets —aprobó Fatty—. Prometes ser una excelente detective.

Los chicos prosiguieron el camino y cuando juzgaron estar lo suficiente a la vista del Ahuyentador, procedieron a empujarse los unos a los otros como si jugasen alocadamente.

Larry y Fatty acercáronse al bordillo de la acera, y en plena refriega, Larry soltó la nota. Luego, los cinco chicos y «Buster» reanudaron la marcha. «Buster» estuvo a punto de estropearlo todo, retrocediendo para olfatear la nota.

—¡Eh, «Buster»! —cuchicheó Fatty—. ¡Ven acá, estúpido, y deja eso! ¡Pobre de ti si lo coges y lo traes!

Aunque sorprendido, «Buster» tuvo el buen sentido de dejar la

nota donde estaba, y, cojeando, siguió a los muchachos, algo ofendido por el rapapolvo de Fatty.

—¿Conseguiremos ver si el viejo Ahuyentador la recoge? —interrogó Larry con excitación—. Supongo que lo hará.

—Vosotros seguid andando —ordenó Fatty—. Entretanto yo entraré en la confitería para observar sus movimientos.

Y, mientras compraba chocolate, Fatty comprobó con satisfacción que el señor Goon recogía la nota.

«¡Apuesto a que la leerá! —se dijo Fatty, complacido—. ¡Es tan fisgón el hombre!».

El señor Goon metióse el sobre en el bolsillo con el propósito de leer su contenido. Por espacio de unos instantes, estuvo indeciso entre seguir a los chicos o regresar a su casa a leer la nota, diciéndose que tal vez ésta le sacaría de dudas de una vez.

Por fin decidió volver a casa. Tras leer la nota, exclamó con un resoplido:

—¡Atiza! ¡Ya decía yo que esos chicos traían algo entre manos! Ahora se dedican a seguir la pista a un ladrón. Me figuro que se trata del robo Sparling. ¿Quién iba a suponer que el ladrón vendría por aquí? Los chicos aseguran que anda por Felling Hill. Tendré que darme una vuelta por allí, ¡y cómo me llamo Teófilo Goon que sacaré algo en limpio!

El hombre rebosaba de satisfacción.

«Esos chicos se creen muy listos —pensó el policía—, pero, a las primeras de cambio, pierden una nota y descubren su juego. Ahora sé que persiguen. ¡Ya me figuraba que andaban metiendo nuevamente las narices donde no deben! ¡Qué pandilla de entrometidos!».

Y tras reflexionar unos instantes, murmuró:

—Vamos a ver: Larry afirma que el ladrón escondió las joyas en Felling Hill y luego se las llevó otra vez. ¿Adónde, pregunto yo? ¿Por qué se interesan tanto esos chavales en Milton House? ¡Ah, ya caigo! ¡Seguramente el ladrón ha escondido las joyas en algún rincón de aquella casa deshabitada!

Eso no era en modo alguno lo que Larry deseaba que pensara el señor Goon. Pero el policía, por su parte, no cabía en sí de gozo. ¡Por fin veía las cosas claras! Aquellos chavales habían descubierto

el misterio del robo Sparling, la pista del ladrón y el lugar donde éste había escondido, provisionalmente, su botín. Al presente, los chicos estaban de nuevo sobre la pista del mencionado botín… y, a buen seguro, Milton House era la clave del misterio que estaban persiguiendo.

«De ahora en adelante, vigilaré estrechamente la casa —pensó el Ahuyentador—, y, si de veras están las joyas allí escondidas, el que las encontrará "seré yo", ¡no ese gordito! No se puede negar que tiene talento, pero yo tengo más que él. ¡Conste que le daré su merecido por decir que mi materia gris necesita engrase!».

Entretanto, sin imaginarse que el señor Goon hacíase todas estas funestas reflexiones, los chicos encamináronse a Milton House, siempre en guardia por si acaso el señor Goon volvía a seguirles.

—No creo que insista —masculló Fatty—. ¡Probablemente, a estas horas, está camino de Felling Hill!

Apenas llegaron a Milton House, Fatty lanzó una discreta exclamación.

—¡Fijaos! ¿Qué os parece esto? ¡Huellas de pisadas en dirección a la puerta principal!

Los chicos vieron, en efecto, una sucesión de huellas muy grandes en dirección a la puerta principal, y otra serie de ellas mezcladas con las anteriores, desandando la calzada.

—Alguien ha estado aquí —cuchicheó Fatty, excitado.

—Sí —gruñó Larry—. Como «pusiste» en guardia a John Henry Smith, apuesto a que acudió aquí anoche.

—¿Cómo vino? —inquirió Pip.

—¡Probablemente en coche! —exclamó Daisy—. Fuera he visto marcas de neumáticos, pero, al principio, no les he dado importancia. Venid a verlas.

Efectivamente, saltaba a la vista que la noche anterior había transitado un coche por la Chestnut Lane hasta detenerse ante Milton House. Después había dado la vuelta para marcharse otra vez, según se infería de las huellas que figuraban a ambos lados de la calle.

—¡Por fin hemos aclarado algo! —profirió Pip—. Sabemos que la persona a quien telefoneaste, preocupada por tu mención de Milton House, acudió aquí a hacer una inspección. ¿Quién era esa

persona? ¿John Henry Smith? ¿Y quién «es» ese señor Smith? Me gustaría saberlo.

—Trepemos al árbol a ver si se nota algún cambio en la habitación —propuso Larry.

Los muchachos hiciéronlo así, uno tras otro, y, en efecto, vieron varias cosas dignas de atención.

—Alguien ha puesto una tetera sobre la estufa eléctrica —observó Daisy.

—Y unas latas de conservas en un estante —agregó Pip.

—Además, hay unos libros en la repisa de la ventana escritos en un idioma extranjero que no reconozco —murmuró Larry.

—Y han quitado el polvo de la habitación —declaró Bets—. Ahora está limpísima. Además, hay dos gruesas mantas encima del sofá. ¿Qué significa todo esto?

—¡Significa que la habitación ha sido puesta en orden para un futuro visitante! —coligió Fatty—. Sí, salta a la vista. Ahora bien, ¿quién es ese visitante? «Apuesto» a que no se trata del señor John Henry Smith, sino de alguien que utiliza ocasionalmente la habitación cuando quiere estar bien escondido. Es rarísimo.

—¡Me gustaría entrar a registrar toda la casa! —murmuró Pip—. Pero no hay medio de colarse.

—Aguarda un momento —instó Fatty, reflexionando—. «Tal vez» lo haya. Todo depende de que haya una carbonera exterior.

—¿Qué quieres decir? —exclamaron los otros, desconcertados.

—Venid y lo veréis —masculló Fatty.

Así, pues, descendieron del árbol, y, guiados por Fatty, contornearon la casa en dirección a la entrada de la cocina. Mientras lo hacían empezó a nevar otra vez, con gran satisfacción por parte de Fatty.

—Así la nieve borrará nuestras pisadas —comentó el muchacho —. Eso me preocupaba un poco. ¡Ah, mirad! ¡Ahí está lo que esperaba encontrar!

Y Fatty señaló un rincón del suelo, al tiempo que procedía a apartar la nieve con las botas. A poco, apareció una redonda tapa de hierro, con las hendiduras negras de polvo de carbón.

—¡Una carbonera exterior! —exclamó Fatty—. Como todos sabéis, éstas suelen conducir a un sótano que comunica con la

cocina. Por consiguiente deslizándose por este agujero, puede uno colarse a la casa. Esto es interesante.

—¡Estupendo, Fatty! —ensalzaron todos con admiración verdadera.

—¿Pero creéis que es aconsejable bajar con esta indumentaria? —aventuró Pip—. Nos pondríamos hechos un asco y mi madre me atosigaría a preguntas.

—Tienes, razón —convino Fatty—. Ahora no podemos bajar. ¡Ya lo haré yo esta noche!

Los otros miráronle, asustados. El hecho de ir a la misteriosa Milton House en plena noche y bajar por la carbonera se les antojaba una proeza de heroísmo inusitado.

—Me disfrazaré, por si acaso —cuchicheó Fatty.

—¿Por si acaso qué? —inquirió Bets.

—Por si acaso me espía alguien —respondió Fatty—. No quisiera ser reconocido.

—¿Te refieres al señor Goon? —preguntó Bets.

En realidad, Fatty no pensaba en el policía. Deseaba disfrazarse por el mero gusto de hacerlo. Porque, ¿de qué servía comprar disfraces si luego nadie los usaba?

El muchacho no cabía en sí de gozo y satisfacción. Tal como había dicho el día anterior, el misterio estaba animándose por momentos. A buen seguro, los Pesquisidores no tardarían en desentrañarlo y en poner en antecedentes al inspector Jenks.

—No diremos una palabra al inspector hasta que pongamos en claro el misterio y podamos darle cuenta de todos los pormenores —declaró Fatty—. Entonces, si descubrimos que hay que hacer alguna detención o algo por el estilo, él se encargará de todo.

—¡Ooooh! —exclamó Bets con ojos desencajados—. ¿Crees que habrá que detener a alguien, y meterle en la cárcel?

—¡Quién sabe! —profirió Fatty solemnemente—. Bien, ahora propongo que nos marchemos. Tengo que hacer planes para esta noche.

Capítulo XV

La habitación misteriosa

Fue en extremo agradable y divertido discutir los planes de Fatty para aquella noche, reunidos todos, con inclusión de «Buster», alrededor del fuego del cuarto de jugar de Pip.

—Mis padres estarán ausentes dos días —manifestó Fatty—. ¿Qué suerte, verdad? Así no se enterarán si estoy en casa esta noche. Me instalaré en la glorieta del jardín, de Milton House, con un par de buenas mantas. Si a medianoche no he oído nada, me deslizaré por el agujero de la carbonera.

—¿Y si te cogen, qué harás? —inquirió Pip.

—Ya he pensado en ello —gruñó Fatty, reflexionando—. Si me cogen, será preferible que uno de vosotros se entere. Os diré lo que hay que hacer: si me prenden, echaré una nota por la ventana de la habitación donde me encierren, porque me figuro que me encerrarán en algún sitio, y mañana por la mañana uno de vosotros la encontrará en el jardín. La escribiré con letra invisible, naturalmente.

Todo aquello prometía ser muy emocionante.

—Procura que no te pillen, Fatty —aconsejó Bets con gravedad —. No quiero que te cojan.

—No temas —repuso Fatty—. Soy muy listo. ¡Hay que ser muy hábil para cogerme «a mí»!

—Bien, entonces quedamos de acuerdo —intervino Larry—. Esta noche irás a Milton House, disfrazado y aguardarás hasta medianoche, por si acude alguien. Si no aparece nadie, descenderás por la carbonera y subirás a registrar la habitación secreta para ver si puedes conseguir alguna información del misterioso John Henry

Smith. A propósito, ¿por qué está enrejada aquella ventana si no hay niños en la casa?

—Lo ignoro —replicó Fatty—. Pero espero averiguarlo.

—Si no te prenden —prosiguió Larry—, regresarás a tu casa, te acostarás y mañana por la mañana te reunirás con nosotros para comunicarnos tus impresiones. Pero, si no apareces, uno de nosotros se dará una furtiva vuelta por el jardín en busca de una nota escrita con tinta invisible. No te olvides de llevarte una naranja, Fatty, por si acaso te ves obligado a escribir esa nota.

—Pierde cuidado —aseguró Fatty—. Pero como no me prenderán, no tenéis por qué preocuparos. ¡No habrá necesidad de echar ninguna carta por la ventana!

—En fin, Fatty —suspiró Bets—, afortunadamente sabes salir de una habitación cerrada con llave como si tal cosa.

—¡Pues claro, muchacha! —exclamó Fatty—. Todo saldrá a pedir de boca, ya veréis.

Como los padres de Fatty estaban ausentes, los Pesquisidores decidieron ir a casa del gordito después de merendar, para ver cómo se disfrazaba. Sentíanse todos muy excitados, pero Bets, convencida de que se trataba de un misterio realmente peligroso, estaba algo preocupada.

—No seas boba —tranquilizóla Fatty—. ¿Qué peligro quieres que haya? Te aseguro que no me sucederá nada. Esto es una aventura, y la gente como yo nunca se pierde una aventura.

—«Eres» muy valiente, Fatty —elogió Bets.

—¡Eso no es nada! —repuso Fatty—. Podría contaros lo que me pasó una vez. Entonces sí que «fui» realmente un valiente. Pero temo aburriros con esta historia —agregó el chico, mirando en torno a sí con expresión interrogante.

—Efectivamente —declaró Pip—. Nos «aburrirías». ¿Piensas ponerte otra vez esa horrible dentadura, querido Fatty?

—¡Desde luego! —asintió Fatty, deslizándosela en la boca.

No bien lo hubo hecho, su aspecto varió por completo. Su sonrisa conejuna cambiaba increíblemente su fisonomía.

En cuanto Fatty completó su disfraz, los demás Pesquisidores se

marcharon con «Buster». Fatty había decidido no dejar al perrito en la casa para evitar que le diese por ladrar toda la noche. Larry y Daisy se encargarían de él. Bets deseaba tenerlo, pero Pip objetó que, a buen seguro, su madre formularía toda clase de preguntas si se presentaba en casa con «Buster» y que, por tanto, era preferible no buscar complicaciones.

Así, pues, «Buster» siguió a Larry y a Daisy algo sorprendido, renqueando de vez en cuando para inspirar lástima a los muchachos. En su fuero interno, estaba convencido de que, tarde o temprano, Fatty iría a recogerlo a casa de Larry.

Por su parte, Fatty permaneció leyendo hasta muy tarde, disfrazado de chico francés. Si la doncella le daba por asomar la cabeza por la puerta tendría un sobresalto. Afortunadamente, no le vio nadie.

A eso de las diez, Fatty salió furtivamente de la casa. La luna, casi llena, iluminaba la blanca nieve. Gracias a ésta, Fatty pudo avanzar sin hacer el menor ruido.

Tras recorrer un trecho de carretera, contorneó la colina y, por último, recorrió a Chestnut Lane, amparándose en las negras sombras proyectadas por el seto. No vio absolutamente a nadie. Aquella noche, el señor Goon no efectuaba su ronda habitual por culpa de un inesperado y fastidioso resfriado. De no haber sido por esto, probablemente habría estado merodeando por los alrededores de Milton House por si sucedía algo.

En lugar de ello, tuvo que conformarse con permanecer en cama, estornudando y tomando limón caliente con miel, con el firme propósito de curarse el resfriado y reanudar sus actividades al día siguiente, antes de que aquellos impertinentes chicos le tomasen la delantera.

Por consiguiente, no había nadie al acecho de Fatty. Tras franquear el portillo, el muchacho encaminóse quedamente a la parte posterior de la casa, haciendo votos porque nadie reparase en sus huellas al día siguiente. A poco, entró en la pequeña glorieta ruinosa y, tomando las dos gruesas mantas que llevaba consigo, las dispuso en el banco.

Desde allí contempló la habitación secreta en lo alto de la casa, con su extraña reja en la ventana. ¿Había alguien allí dentro?

¿Acudiría alguien aquella noche?

Hacía frío. Fatty envolvióse en las mantas para entrar en calor y, a poco, le dio tal sueño que tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer despierto. Mientras parpadeaba para conseguirlo oyó dar las once en el reloj de la iglesia del pueblo. Sin duda entonces se durmió porque la próxima cosa que oyó fueron las campanadas de las doce.

—¡Cáscaras! —exclamó el chico—. ¡Ya es medianoche! Probablemente me he dormido. Bien como no ha sucedido nada ni creo que venga ya nadie a estas horas intentaré bajar por la carbonera.

Fatty había tenido la precaución de ponerse un traje viejo, seguro de que su madre, aunque no tan quisquillosa como la de Pip, advertiría los vestigios de polvo de carbón. Así, pues, cuando Fatty se detuvo a escuchar, a la luz de la luna, parecía un verdadero golfillo. Llevaba la peluca rizada, las cejas oscuras y la horrible dentadura. Para colmo, habíase maquillado la cara muy pálida. Desde luego, daba miedo verle.

Amparándose en la oscuridad, contorneó el seto del jardín en dirección a la entrada de la cocina. El agujero de la carbonera había vuelto a desaparecer bajo la nieve, pero, sabedor del punto exacto donde se hallaba, Fatty despejólo de nieve con las botas e inclinóse a levantar la redonda tapa de hierro.

Tuvo que dar un buen tirón, pero, al fin, logró su intento, si bien no pudo evitar caer sentado sobre sus posaderas, en tanto la tapa daba en el suelo con gran estrépito.

Fatty contuvo la respiración. Por fortuna, no hubo novedad. Entonces levantóse cautelosamente y, empujando a un lado la tapa, enfocó la oscura abertura con su linterna para ver la distancia que mediaba hasta el suelo.

Afortunadamente, había un montón de carbón debajo mismo del agujero. Gracias a él, el chico pudo aterrizar fácilmente sobre el carbón.

Una vez puesto en pie, encendió su linterna y, a la luz de ésta, vio una pequeña escalera de piedra que conducía a una puerta cerrada, sin duda la de la cocina o la de la despensa. Tras subir pausadamente los peldaños de la escalera, giró suavemente el pomo

de la puerta.

Ésta daba a una gran despensa, completamente vacía, iluminada por la luz de la luna. La habitación contigua era una cocina, también vacía. Pero en el polvoriento suelo, Fatty vio las mismas huellas de pisadas que había descubierto el día anterior en la nieve de la calzada.

«¡Tal vez podré echar una ojeada a la habitación secreta!, —se dijo el muchacho, con el corazón palpitante».

Producíale una extraña sensación hallarse solo en una casa desierta a la cual acudía gente secretamente, por algún misterioso motivo.

Aunque estaba seguro de que no había nadie en la casa, Fatty sobresaltábase a la vista de cualquier sombra y casi pegó un brinco de terror al oír crujir una tabla en el suelo de madera bajo sus pies.

Miró habitación tras habitación, pero todas estaban completamente vacías. Registró toda la planta baja, y el primero y segundo pisos. La habitación secreta hallábase en el tercero, esto es, en lo alto de la casa. Fatty subió la escalera, procurando hacer el menor ruido posible, pese a tener la certeza de que, aparte de él, no había un alma en la casa.



Por fin llegó al último piso. La primera y segunda habitaciones estaban vacías, ¡pero la tercera resultó ser la habitación secreta!

Fatty empujó la puerta queda y pausadamente, a fin de atisbar el interior. La estancia, muy confortable, espaciosa, alta de techo como todas las demás, y magníficamente amueblada, parecía sumida en un profundo silencio, a la luz de la luna.

Fatty dióse una vuelta por ella. Saltaba a la vista que había sido arreglada y limpiada hacía poco. En un estante veíanse varios botes de conservas de carne y fruta. La tetera dispuesta sobre la estufa contenía agua. Sobre la mesa había un bote de té y, en la repisa de la ventana, unos libros. Fatty hojeó varios, sin lograr entender una sola palabra de su contenido, pues estaban escritos en un idioma extranjero.

El sofá hacía las veces de cama, ya que sobre él figuraban varios cojines y unas mantas. Era todo muy extraño.

«Creo que lo mejor que puedo hacer es volver a la glorieta —se dijo Fatty—. Me gustaría encontrar alguna carta o documento que me aclarase algo respecto a esta curiosa habitación. Pero, al parecer, no hay ningún indicio».

El chico tomó asiento en el sofá, con un fuerte bostezo. Entonces reparó en una pequeña alacena dispuesta en la pared. ¿Qué habría dentro? El muchacho levantóse a verlo, pero la alacena estaba cerrada con llave. En vista de ello, Fatty sacóse una extraordinaria colección, de llaves de bolsillo. Sabedor de que la mayoría de los detectives podían abrir y cerrar cualquier puerta o alacena, el chico llevaba varios días haciendo provisión de llaves.

Pero como en vista de las comprometedoras preguntas formuladas por los tenderos a quienes había acudido, no había podido comprar una llave maestra como las que solían utilizar los detectives para abrir sin esfuerzo cualquier cerradura, Fatty habíase visto obligado a echar mano de todas las llaves viejas que pudo encontrar, gracias a lo cual, al presente, disponía de una buena colección cuyo peso deformaba considerablemente el bolsillo de su americana.

Con suma paciencia y precaución, Fatty probó sucesivamente todas las llaves, introduciéndolas en la cerradura de la pequeña alacena, hasta que, ante su asombro y satisfacción, una de ellas logró abrir la puerta.

Dentro había un librito, una especie de agenda, con muchos nombres y números anotados. Fatty tuvo una desilusión al ver que, aparte de ello, no encontraba nada más.

«A lo mejor, al inspector Jenks le interesaba echarle un vistazo —pensó, metiéndose el librito en el bolsillo y cerrando de nuevo la

puerta de la alacena—. No tardaremos en informarle de este misterio y, sin duda, nos agradecerá que le facilitemos todas las pruebas posibles».

Luego volvió a sentarse en el sofá. Ya no estaba excitado, sino muerto de sueño. Consultó su reloj. ¡Cielos! Era la una y cuarto. ¡Pues no llevaba poco tiempo en Milton House!

«No estará de más que descanse un poco en este confortable sofá, —murmuró Fatty, acostándose».

A los pocos instantes quedóse profundamente dormido. ¡Qué caro le costó su error!

Capítulo XVI

Fatty pasa un mal rato

Fatty dormía a pierna suelta, rendido de cansancio de resultas de su aventura. El canapé era sumamente cómodo, y, aunque no había fuego en la habitación, las mantas resultaban muy confortables. Fatty permaneció allí soñando en el día en que se convertiría en un detective aún más famoso que el propio Sherlock Holmes.

Tan dormido estaba que no oyó el rumor de un coche a eso de las cuatro y media de la madrugada. Las ruedas del vehículo deslizáronse quedamente por la nieve y se detuvieron ante Milton House.

Fatty no oyó gente por la calzada, ni el llavín en la cerradura de la puerta principal. Tampoco percibió rumor de voces, ni de pasos, aun cuando, súbitamente, unas y otros resonaron en el silencio de la vieja casa vacía.

Fatty siguió durmiendo plácidamente. Estaba caliente y confortable. Ni siquiera se despertó cuando alguien abrió la puerta de la habitación secreta y entró en el interior.

Al principio nadie reparó en él. Un hombre atravesó la estancia en dirección a la ventana y corrió cuidadosamente las gruesas cortinas antes de encender la luz. Una vez echadas las cortinas, era imposible ver un hililllo de luz desde el exterior.

En aquel momento entró otro hombre en la habitación, y, lanzando una exclamación de sorpresa, profirió:

—¡Mira ahí!

Al propio tiempo señaló el canapé donde Fatty seguía durmiendo como un lirón.

Ambos hombres miráronle, asombrados. Su rizada peluca negra, sus enormes cejas y los horribles dientes conejunos conferíanle un aspecto realmente insólito.

—¿Quién en ese tipo? —inquirió uno de los hombres, sorprendido y enojado—. ¿Qué está haciendo aquí?

Casi sin transición, zarandeó a Fatty por el hombro, sin contemplaciones.

Despertándose sobresaltado, el chico abrió los ojos bajo las pobladas cejas. En un periquete, comprendió dónde se hallaba. ¡Habíase quedado dormido en la habitación secreta y habíanle sorprendida allí metido! El chico sintió un escalofrío en la espalda. Aquellos hombres tenían cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el más gordo de los dos, un individuo coloradote, con los ojos saltones como el señor Goon, y una corta barba negra.

Su compañero era bajo, con la cara pálida y redonda, los ojillos negros y los labios más delgados que Fatty había visto en su vida.

El muchacho se incorporó, mirando de hito en hito a los desconocidos. Lo cierto era que no sabía qué decir.

—¿No tienes lengua? —interrogó el de la cara colorada—. ¿Qué haces en nuestra casa?

Fatty optó por hacerse pasar por francés.

—«Je ne comprends pas» —farfulló.

Pero, por desgracia, uno de los desconocidos hablaba el francés y soltó una interminable y alarmante frase en francés, de la cual Fatty no entendió ni una sola palabra.

Entonces el chico decidió renunciar al francés y valerse del lenguaje sin sentido que él y los demás solían hablar cuando querían desconcertar a alguien.

—«Tibeltukifikeltopisuik» —profirió Fatty solemnemente.

Los hombres quedáronse boquiabiertos.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó el de la cara colorada a su compañero—. ¡Habla francés, chico!

—«Espiki, tarliyondelfititumar» —respondió Fatty, sin hacerse rogar.

—En mi vida había oído hablar así —masculló el de la cara colorada—. Desde luego, este chico parece extranjero. ¿De dónde

habrá venido? Tenemos que averiguar cómo se ha metido aquí.

Y, volviéndose de nuevo a Fatty, hablóle primero en inglés, luego en alemán y, finalmente, en un idioma absolutamente desconocido.

—«Espikitarliyonder» —repitió Fatty, meneando las manos como su profesor de francés.

El hombre de la cara pálida habló a su compañero, diciéndole en voz tan baja que Fatty no pudo oírle:

—Creo que está fingiendo. Verás cómo pronto conseguiré que hable en su propio idioma. ¡Obsérvame! Vas a divertirte.

E, inclinándose súbitamente hacia Fatty, agarróle el brazo izquierdo y retorcióselo en la espalda. El muchacho lanzó un grito de dolor, y dijo en inglés:

—¡Suélteme, so bruto! ¿No ve que me hace daño?

—¡Ah! —exclamó el hombre pálido—. ¿Conque «sabes» hablar en inglés, eh? Muy interesante. ¿Qué te parece si ahora hablases un poco más y nos dijeras quién eres y cómo te has metido aquí?

Fatty acariciósе el brazo retorcido con expresión algo alarmada. Sentíase furioso consigo mismo por haberse dormido y dejado sorprender de aquel modo.

Al ver que el chico limitábase a mirarle, enfurruñado, sin pronunciar una palabra, el hombre de la cara pálida murmuró, sonriendo con sus delgados labios y mostrando unos largos dientes amarillentos:

—¡Ah, vaya! ¡Por lo visto este chico es de los que se hacen, rogar! ¿Te apetece que te retorzamos el otro brazo, chaval?

Al ver que el hombre se apoderaba de su brazo derecho, Fatty decidió hablar, dispuesto a no soltar prenda.

—No me toque —barbotó—. Soy un pobre chico sin hogar y no hago daño a nadie durmiendo aquí.

—¿Cómo entraste en la casa? —inquirió el de la cara colorada.

—Por la carbonera —confesó Fatty.

—¡Ah! —exclamó el hombre, en tanto su compañero contraía sus delgados labios hasta hacerlos desaparecer.

Fatty se dijo que el individuo en cuestión parecía muy duro y cruel.

—¿Sabe alguna otra persona que estás aquí? —preguntó el de la

cara colorada.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? —respondió Fatty—. Todo depende de que me haya visto bajar alguien por el agujero de la carbonera.

—Intenta eludir la pregunta —gruñó el de los labios delgados—. Sólo conseguiremos obligarle a hablar haciéndole daño. Creo que no le iría mal una pequeña azotaina para empezar.

Fatty se asustó, seguro de que aquel hombre no se andaría en chiquitas para enterarse de lo que deseaba saber.

De improviso, sin previa advertencia, el hombre de los labios delgados propinóle un terrible golpe en la oreja derecha. Luego, antes de que el muchacho volviera en sí de su sorpresa, repitió la operación, esta vez sobre la oreja izquierda. Fatty emitió un sonido entrecortado. Ante sus ojos bailotearon varias brillantes estrellas, que le obligaron a pestañear.

Cuando éstas desaparecieron y el chico recobró la vista, contempló, atemorizado, al hombre de los labios delgados, que, a la sazón, empezaba una severa sonrisa.

—Supongo que ahora hablarás, ¿no? —dijo a Fatty—. Aunque, si lo prefieres, continuaré mi «agradable» tratamiento.

Fatty estaba tan asustado que decidió revelar todo el misterio y evitarse con ello nuevos golpes. Al fin y al cabo, con ello no perjudicaría a los demás Pesquisidores y éstos se alegrarían de que hubiera podido salir indemne de aquel mal paso. ¡Qué mala suerte había tenido!

—De acuerdo —farfulló Fatty, tragando saliva—. Con todo, no tengo gran cosa que contar.

—¿Cómo descubriste esta habitación? —inquirió el hombre de la cara colorada.

—Por casualidad —declaró Fatty—. Un amigo mío trepó a ese árbol de ahí fuera y, desde allí, vio este aposento.

—¿Cuántas personas lo saben? —profirió el de los labios delgados.

—Sólo yo y los otros Pesquisidores —respondió Fatty.

—¿Los otros qué? —inquirió el hombre, desconcertado.

Fatty se explicó. Los hombres escuchábanle con suma atención.

—¡Ah! —exclamó el de la cara colorada—. ¿Conque sois cinco

chicos? ¿Hay alguna persona mayor enterada de este asunto?

—No —repuso Fatty—. Nos gusta mucho desentrañar misterios, si podemos, pero no nos interesa decirlo a ninguna persona mayor para evitar intromisiones. Por consiguiente, sólo lo sabemos nosotros cinco… Bien, ahora que les he puesto a ustedes en antecedentes, ¿me dejarán que me marche?

—¿Qué estás diciendo? —exclamó el de los labios delgados, desdeñosamente—. ¿Dejarte marchar para que lo vayas contando a todo el mundo? Encima de lo que nos has perjudicado metiéndote en lo que no te importa, ¿quieres que nos arriesguemos a soltarte?

—Si no lo hacen, los demás acudirán a ver lo que me ha ocurrido —declaró Fatty triunfalmente—. Hemos convenido ya que si esta mañana no estoy de regreso en casa, vendrán a averiguar lo sucedido.

—Ya entiendo —gruñó el de los labios delgados.

Luego, el hombre habló rápidamente a su compañero en un idioma desconocido. El de la cara colorada asintió en silencio. Por fin, el individuo pálido, volviéndose de nuevo a Fatty, ordenó:

—Escribirás una nota a los demás diciendo que has descubierto algo maravilloso aquí y que lo estás custodiando. De este modo les faltará tiempo para presentarse aquí.

—¡Caramba! —espetó Fatty—. Según eso, se propone usted prenderlos y encerrarlos hasta que terminen ustedes la faena secreta que traen entre manos.

—Ni más ni menos —asintió el hombre—. Opinamos que lo mejor es teneros a todos prisioneros aquí hasta que demos fin a nuestros asuntos. Entonces podréis contar lo que queráis de nosotros.

—¡Pues si se figura usted que voy a escribir una carta para tender una trampa a mis amigos se equivoca de medio a medio! —protestó Fatty vehementemente—. ¡No soy tan cobarde como eso!

—¿Conque no, eh? —masculló el de los labios delgados, mirando a Fatty con una expresión que hizo temblar al chico de pies a cabeza.

¿Qué haría aquel horrible individuo si se negaba a escribir la carta? Fatty no se atrevía ni a pensarlo.

El muchacho trató de sostener valientemente la mirada del

hombre, pero la cosa era más difícil de lo que suponía. Al presente, arrepentíase de haber emprendido aquella aventura nocturna con tanta ligereza. Ansiaba la compañía de su fiel «Buster». Pero llegó a la conclusión de que acaso era preferible que el perrito no estuviese allí. A buen seguro, aquellos desalmados habríanle maltratado y molido a puntapiés.

—Te encerraremos bajo llave —manifestó el de los labios delgados—. Tenemos que ausentarnos un rato, pero volveremos pronto. Escribirás esa nota en nuestra ausencia. Y si no está hecha cuando regresemos, lo pasarás muy mal, tan mal que te acordarás el resto de tu vida.

Fatty animóse un poco al oír que iban a encerrarle. ¡En tal caso siempre cabía la posibilidad de escapar! Llevaba un periódico doblado en el bolsillo y esperaba poder poner en práctica el truco de salir de una habitación cerrada con llave. Pero, poco a poco, frustráronse sus esperanzas.

—Te encerraremos en esta confortable habitación —declaró el hombre de la cara colorada—, y te proporcionaremos papel, pluma y tinta. Escribirás una bonita y excitada carta a tus amigos para traerles aquí inmediatamente. Una vez escrita, la echarás por la ventana.

Fatty comprendió que jamás podría salir de la habitación secreta. Como el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra, no había manera de pasar una llave por debajo de la puerta. Por tanto, convertiríase en un verdadero prisionero. Ni siquiera podría descender por el árbol, debido a la reja que protegía la ventana.

El hombre pálido dispuso sobre la mesa una hoja de papel, una pluma y un pequeño tintero.



—Aquí tienes —dijo a Fatty—. Redacta una nota a tu manera y fírmala. ¿Cómo te llamas?

—Federico Trotteville —murmuró Fatty sombríamente.

—Así supongo que te llamas Freddi, ¿no es eso? —coligió el hombre de labios delgados—. En este caso, firma la carta con ese diminutivo, y yo me encargaré de echarla por la ventana. Tú no les

dirás ni una palabra.

—Tenemos que irnos —instó el de la cara colorada consultando su reloj—. Ya es hora. Aquí todo está a punto. Cuando echemos el guante al resto de estos entrometidos chavales, les encerraremos hasta que demos fin a nuestra tarea. ¡No se morirán por estar uno o dos días sin comer en una habitación vacía!

Ambos hombres salieron del aposento. Fatty oyó girar la llave en la cerradura. Estaba prisionero. Sombríamente miró la puerta cerrada. ¡En qué berenjenal se había metido! Toda la culpa era suya, pero no estaba dispuesto a comprometer a los demás. ¡Jamás lo permitiría! Aunque aquellos hombres le moliesen a golpes, no se prestaría a secundar sus planes.

Capítulo XVII

El mensaje secreto

Fatty percibió los pasos de los hombres por la escalera sin alfombrar. Luego oyó el rumor de la puerta principal y el zumbido del motor de un coche.

Una vez fuera los hombres, probó de abrir la puerta. Pero, naturalmente, estaba cerrada con llave. Entonces acercóse a la ventana. Afuera estaba oscuro como boca del lobo. Tras abrir la ventana, palpó los barrotes de la reja. Hallábanse tan sujetos entre sí, que no había posibilidad de deslizarse entre ellos. ¡Estaba prisionero!

Fatty fue a sentarse de nuevo, tiritando. El miedo y el frío invernal no le dejaban sosegar. Al ver la estufa eléctrica decidió encenderla. ¡Lo menos que podía hacer era calentarse un poco!

Tras enchufar la estufa, contempló sombríamente la hoja de papel. ¡Qué mal detective había sido! ¿Era posible que se hubiese dejado cazar de aquel modo? ¡Qué fracaso! Sus compañeros no volverían a admirarle jamás.

«Estoy dispuesto a no escribir esa carta, —pensó el muchacho».

Pero temblaba sólo de pensar en el castigo que le aguardaba si no lo hacía.

De pronto se le ocurrió una idea realmente genial. Por espacio de unos instantes reflexionó sobre ello. Sí… la cosa daría resultado si los demás eran lo suficientemente suspicaces para captarla.

«Escribiré una carta invisible en esta hoja de papel y otra con tinta —se dijo Fatty. Apuesto a que Pip y los demás la someterán a una prueba para comprobar si contiene algún mensaje secreto. ¡Caracoles! ¡Qué excelente idea! ¡Escribir dos cartas en una hoja

sola, una visible y otra invisible! ¡Apuesto a que esos individuos no caerán en “eso”!».

El muchacho examinó la hoja de papel. Sobre ella figuraban unas tenues rayas para facilitar la escritura. ¡Podría escribir la carta secreta «entre» dichas rayas y la otra «sobre» ellas! De ese modo, cuando los demás hiciesen la prueba para ver si había algún mensaje secreto, podrían leer su verdadera carta sin dificultad.

Fatty advirtió que le temblaban las manos de excitación. ¡Qué magnífica oportunidad para hacer algo digno de admiración! Debía pensar cuidadosamente en el texto de su carta. Los hombres que utilizaban aquella habitación eran unos desalmados que habían convertido aquel lugar en punto de reunión para tramar sus fechorías. Era preciso pararles los pies. Sin duda, por entonces estaban embarcados en algún asunto de envergadura, y Fatty se hizo el firme propósito de desbaratarles los planes.

Tras sacarse una aplastada naranja del bolsillo, el chico buscó un vaso con la mirada. Por fin, descubrió uno sobre el estante y, exprimiendo en él la naranja, tomó la pluma proporcionada por los hombres. Afortunadamente, dicha pluma tenía la plumilla limpia y nueva.

¿Qué carta escribiría primero, la visible o la invisible? Fatty optó por empezar por la visible, pues entonces resultaría más fácil escribir la invisible sin temor a superponer ambos textos. La primera decía:

> «Queridos Pesquisidores:
>
> He hecho un magnífico descubrimiento, terriblemente emocionante. No puedo salir de aquí, porque debo vigilar algo… pero quisiera mostrároslo. Venid todos cuanto antes y os abriré la puerta cuando llaméis. Vuestro,
>
> FREDDIE.»

El mensaje se ajustaba perfectamente a lo ordenado por los hombres. Pero los Pesquisidores comprenderían al punto que había gato encerrado cuando viesen el nombre «Freddie» al pie de la misiva, ya que el chico solía firmar «Fatty» en tales ocasiones.

A continuación, Fatty procedió a escribir la segunda carta con

tinta invisible, o mejor dicho, con zumo de naranja. Dicha carta rezaba así:

> «Queridos Pesquisidores:
>
> No hagáis caso de la carta visible. Estoy prisionero aquí. No sé de qué se trata, pero puedo adelantaros que se está maquinando una sucia fechoría. Poneos en contacto con el inspector Jenks INMEDIATAMENTE y contádselo todo. Él sabrá lo que hay que hacer. No os acerquéis por aquí ninguno de vosotros. Siempre vuestro,
>
> FATTY.»

Con esto quedó llena la hoja de papel, sin un solo trazo de la carta secreta visible; tan sólo podían leerse las breves frases del texto escrito con tinta. Fatty no cabía en sí de satisfacción. Al presente, con tal que los demás adivinasen que había un mensaje secreto, todo se arreglaría.

«El inspector Jenks dispondrá lo que hay que hacer, —se dijo Fatty».

Era consolador pensar que su buen amigo, el inteligente y poderoso inspector de policía, iba a enterarse de aquel extraño caso. Fatty evocó su elevada figura, su cara anchota y jovial, su cortesía, su sagacidad.

Por entonces eran aproximadamente las seis de la mañana. Fatty bostezó. Apenas había podido dormir aquella noche. Estaba hambriento y fatigado. ¡Menos mal que la estufa había calentado el ambiente! Una vez más, el chico instalóse en el sofá y se quedó dormido.

Le despertaron los hombres, a su regreso a la habitación. Fatty se incorporó, parpadeando. A la sazón filtrábase luz de día por la ventana.

El hombre de los labios delgados tomó la carta de encima de la mesa y, tras leerla en silencio, tendióla a su compañero.

—Perfectamente —comentó éste—. Echaremos el guante a toda esta pandilla de mocosos y les daremos una buena lección. ¿Piensan acudir todos aquí, muchacho?

—Lo ignoro —repuso Fatty—. Probablemente, no. Lo más

probable es que sólo vengan uno o dos.

—En tal caso cabe suponer que irán a enseñar la carta a los demás y volverán todos juntos —infirió el de los labios delgados—. Estaremos al acecho. Nos esconderemos en el jardín para sorprenderlos. Jarvis está abajo en este momento y podrá ayudarnos también.

Los hombres abrieron unas latas de conserva y desayunaron, limitándose a dar al hambriento Fatty un pequeño «sándwich» de jamón, que el muchacho engulló en un santiamén. De pronto, los dos sujetos repararon en el vaso lleno de zumo de naranja, y uno de ellos lo cogió, mirándolo con recelo.

—¿Qué es esto? —inquirió, oliéndolo, intrigado—. ¿De dónde ha salido?

—Es zumo de naranja —explicó Fatty, bebiéndoselo—. Llevaba una naranja y la he exprimido. ¿Acaso está prohibido tener sed?

El chico depositó el vaso en la mesa. Al parecer, los hombres cesaron de prestarle atención, pero empezaron a hablar en voz baja, valiéndose de nuevo del idioma desconocido. Fatty estaba francamente preocupado. ¿Acudirían pronto sus compañeros? A buen seguro, en cuanto uno de ellos descubriese que no había regresado a casa, irían todos a buscarle. ¿Qué estarían haciendo los Pesquisidores en aquel momento?

De hecho, los cuatro muchachos preguntábanse cómo le habría ido a Fatty aquella noche. Bets estaba inquieta. Sin saber por qué, sentíase realmente ansiosa.

—Confío en que Fatty esté sin novedad —repetía a Pip una y otra vez—. ¡Ojalá no le haya pasado nada!

—¿Cuántas veces lo repetirás? —gruñó Pip, enojado—. ¡Creo que lo has dicho ya veintitrés veces! ¡Pues claro que está sin novedad! ¡Probablemente saboreando un opíparo desayuno en este momento!

Larry y Daisy pasaron por casa de sus amigos a poco de desayunar, con expresión contrariada.

—Hemos de tomar el autobús para llevar unas cosas a nuestra tía —refunfuñó Daisy—. ¡Qué fastidio! ¡Con la ilusión que nos hacía saber si Fatty había averiguado algo! Tú y Bets tendréis que ir a ver si está en casa, Pip.

—En tal caso, es posible que se llegue por aquí —dijo Pip—. ¡Ah, es verdad! ¿Traéis a «Buster»? Si os parece, le llevaré a casa de Fatty.

Pero su madre no le dejó salir hasta las doce, pues se empeñó en que él y Bets tenían que poner en orden sus armarios, tarea que Pip detestaba profundamente, porque requería horas y horas. Sin cesar de refunfuñar, el muchacho empezó a esparcirlo todo por el suelo.

—¡Oh, Pip! —suplicó Bets—. ¡Procuremos terminar cuanto antes! Estoy impaciente por saber si Fatty ha regresado a casa sin novedad.

«Buster» bullía de acá para allá, husmeando todo lo que los chicos sacaban de los armarios. El perrito estaba inquieto y desazonado. Su amado dueño no había ido a buscarle a casa de Larry la noche anterior y, para colmo, era ya muy avanzada la mañana y nadie habíale llevado aún al lado de Fatty. ¡Y no sólo eso! Sino que, al parecer, no tenían intención de dejarlo volver solo. Sentíase tan desdichado, que incluso cojeaba más que de costumbre, pese a que tenía la patita casi curada.

Por fin, los armarios quedaron listos, y Pip y Bets obtuvieron permiso para salir a pasear por la nieve. Tras ponerse sus abrigos y sombreros, llamaron a «Buster» con un silbido y encamináronse a casa de Fatty.

Una vez franqueada la puerta del jardín, emitieron el silbido que les servía de señal, sin obtener respuesta.

—¿Ah, sois vosotros? —exclamó una criada, asomando la cabeza al pasillo—. ¡Creí que era el señorito Federico! El muy travieso no ha dormido aquí esta noche. Supongo que habrá pasado la noche con vosotros o con el señorito Larry, pero debiera haberme advertido. ¿Cuándo piensa volver?

Pip y Bets lleváronse una enorme sorpresa. ¿De modo que Fatty «no había» regresado de Milton House? ¿Qué le habría sucedido?

—Me figuro que volverá hoy —dijo Pip a la ansiosa criada.

Y dando media vuelta llevóse a Bets a la calle. La pequeña lloraba a lágrima viva.

—No seas tontina —consolóla Pip—. Si no sabes aún si le ha sucedido algo malo, ¿por qué lloras?

—¡Sabía que le ocurriría algo! —sollozó la pobre Bets—. ¡Sabía

que estaba en peligro! ¡Lo sabía, lo sabía! Quiero ir a Milton House a ver qué ha sucedido.

—¡Ni hablar! —repuso Pip—. A lo mejor es peligroso acercarse allí. Tú quédate al cuidado de «Buster», mientras yo voy a explorar el terreno.

—¡Yo también quiero ir! —instó Bets valientemente, enjugándose las lágrimas.

—Ya te he dicho que no —replicó Pip con firmeza—. No quiero exponerte a ningún peligro. Por otra parte, a ti tampoco te gusta correrlo. De modo que sé buena y llévate a «Buster» a casa, contigo. Yo regresaré en cuanto pueda… probablemente en compañía de Fatty. ¡Con que, anímate!

Sin cesar de llorar, la pobre Bets alejóse con el aturdido «Buster», que «no» acertaba a comprender qué le había sucedido a Fatty. ¡Parecía que se le hubiese tragado la tierra!

Por su parte, Pip estaba mucho más preocupado de lo que había dado a entender a Bets. Tenía la certeza de que había ocurrido algo grave. ¿Pero, qué? A buen seguro, Fatty no se habría dejado prender. Era demasiado listo para caer en ninguna trampa.

Tras ascender por la colina, Pip encaminóse a la Chestnut Lane y, al llegar ante el portillo de Milton House, atisbo el interior del jardín, cautelosamente. Había más huellas de pisadas y nuevas marcas de neumáticos en la nieve de la calzada.

El muchacho contorneó el seto y, deslizándose por un claro del mismo, hallóse junto a la vieja glorieta. Dentro vio las mantas que Fatty había llevado consigo para abrigarse, pero el gordito no aparecía por ninguna parte.

Pip salió al jardín, con mil precauciones. Uno de los hombres, que estaba al acecho, le vio desde una ventana. En sus manos sostenía la hoja de papel en la cual Fatty había escrito las dos cartas.

El hombre agachóse para no ser visto, entreabrió la ventana y, emitiendo un fuerte silbido para atraer la atención de Pip, echó el papel al jardín.

Al oír el silbido, Pip levantó la vista y, con gran sorpresa por su parte, vio flotar una hoja de papel, procedente de una de las ventanas del segundo piso. ¿Sería un mensaje de Fatty?

El muchacho precipitóse a recoger el papel e, inmediatamente, reconoció la clara letra de Fatty. Al leer la misiva, aceleróse el ritmo del corazón.

«Fatty ha descubierto algo —pensó—. Seguramente ha encontrado unas joyas robadas o algo por el estilo, y las está aguardando. ¡Quiere que acudamos todos aquí! Iré corriendo a avisar a los demás y volveremos todos juntos. ¡Qué aventura! ¡No cabe duda que Fatty es un as!».

Y echó a correr, con expresión radiante. El hombre vióle marchar, satisfecho. Aquel pequeño simplón no tardaría en traer consigo a los demás chavales, y entonces podrían encerrarlos a piedra y lodo antes de que fuesen pregonando su descubrimiento.

Fatty vio también a Pip desde su prisión. Al punto, asaltáronle terribles dudas. ¿Serían los Pesquisidores lo bastante listos para adivinar que había un mensaje secreto entre los renglones escritos con tinta? ¿Y si no se daban cuenta…? Si no se daban cuenta… ¡les habría hecho caer a todos en una trampa!

Capítulo XVIII

Bets huele a naranjas

Pip volvió a casa corriendo como un gamo. Su excitación no tenía límites. ¿Qué había descubierto Fatty? ¡Debía de ser algo maravilloso! De lo contrario no hubiera permanecido haciendo guardia a su descubrimiento.

Bets aguardaba a Fatty con ansiedad, atisbando por la ventana del cuarto de jugar. «Buster» hallábase a su lado, sentado en la repisa de la ventana, con su hociquito negro apoyado en el cristal.

Desde el jardín, Pip agitó la carta a Bets, esbozando una amplia sonrisa. La niña adivinó al punto que su hermano traía buenas noticias, y, naturalmente, aligerósele el corazón.

—¿Está bien, Fatty? —inquirió, bajando la escalera en volandas, seguida de «Buster»—. ¿Qué ha sucedido? ¿Es suya esta carta?

—¡No grites así! —cuchicheó Pip, enojado, obligándola a retroceder arriba—. ¡Conseguirás que toda la casa se entere de nuestro misterio!

En aquel preciso momento sonó el gong del almuerzo.

—Vamos a comer —dijo la madre de los chicos, asomando la cabeza por la puerta—. No me hagáis esperar, Pip, porque tengo que salir inmediatamente después de comer.

Así, pues, el muchacho no tuvo tiempo de enseñar la carta a la pobre Bets. Era tal la curiosidad de la pequeña, que estuvo inquieta durante toda la comida, con gran contrariedad por parte de su madre.

Apenas terminaron de almorzar, Pip y Bets precipitáronse arriba.

—¡Mira esto! —profirió Pip, desplegando la carta sobre la mesa —. Fatty ha descubierto algo maravilloso… y lo está guardando.

Quiere que acudamos todos a reunimos con él. De modo que lo mejor será que vayamos a buscar a Larry y a Daisy cuanto antes.

Bets leyó la nota. Sus ojos centelleaban de excitación. ¡Qué emocionante resultaba todo aquello!

—Probablemente, Fatty ha aclarado el misterio —comentó la niña—. ¡Qué listo es!

—Pongámonos el abrigo y vayamos en busca de Larry y de Daisy sin pérdida de tiempo —propuso Pip—. A buen seguro, Fatty espera que acudamos lo antes posible. Llamaremos a la puerta principal.

Ambos se pusieron el abrigo y el sombrero, y echaron a correr a casa de Larry. Una vez en el pasillo que daba a la puerta del jardín, lanzaron el silbido convenido.

—Estamos aquí arriba —dijo Daisy, asomando la cabeza por una habitación del piso—. ¿Alguna novedad?

—Sí, un montón de novedades —respondió Pip, subiendo los peldaños de dos en dos—. Hemos ido a ver a Fatty esta mañana, y la criada nos dijo que había pasado toda la noche fuera de casa.

—¡Cielos! —exclamó Daisy.

—En vista de ello —prosiguió Pip—, me dirigí a Milton House, sin Bets ni «Buster». ¡Y de pronto, cayó esta carta de una ventana! ¡Está escrita por Fatty!

Y mostró la misiva a Larry y a Daisy, quienes la leyeron con gran excitación.

—¡Sopla! —masculló Larry—. ¡No cabe duda que ha descubierto algo! Probablemente entró en la casa por la carbonera y subió a la habitación secreta. Propongo que vayamos todos a Milton House ahora, inmediatamente, sin perder un momento.

—Bets se ha portado como una tontina desde anoche —declaró Pip—. Estaba preocupada porque tenía el presentimiento de que Fatty se encontraba en un apuro. ¡Si hubieseis visto cómo lloraba cuando averiguamos que había pasado la noche fuera de casa! Es una chiquilla.

—Eso no es cierto —protestó Bets, ruborizándose—. Sin saber por qué, sentíame tremendamente preocupada. Algo me decía que Fatty estaba en peligro y, de hecho, sigo un poquillo inquieta por él. Aún no he podido zafarme de esa desagradable sensación.

—¿De veras? —murmuró Daisy—. ¡Qué raro! Sin embargo,

ahora sabes que Fatty está sin novedad. ¿Has leído esta nota, no?

—Sí —asintió Bets, tomándola para leerla de nuevo.

De improviso comentó:

—¡Qué raro que haya firmado «Freddie»! ¡Por lo regular suele poner «Fatty»! ¡A lo mejor no se acordó!

La niña contempló la carta con expresión pensativa. Luego miró a un lado y a otro, olfateando el aire.

—¿Qué sucede? —gruñó Larry—. Pareces «Buster» cuando huele algo agradable y no sabe de dónde procede el olor.

—Me ha parecido oler a algo —musitó Bets—. ¿Pero a qué? ¡Ah, sí, ya caigo! ¡A naranjas! Pero el caso es que no hay ninguna en esta habitación.

—Lo habrás soñado —refunfuñó Pip—. Siempre te imaginas cosas.

Y, tomando la carta, procedió a doblarla. Pero, mientras lo hacía, él también empezó a olfatear.

—¡Qué raro! —exclamó—. ¡Yo también huelo a naranjas ahora!

Súbitamente, Bets arrebatóle la carta con ojos centelleantes, y, llevándosela a la nariz, farfulló agitadamente:

—¡«Esto» es lo que huele a naranjas! ¡Oledlo todos!



Los muchachos obedecieron. Sí, la carta olía a naranjas, y ello sólo podía significar una cosa. ¡Qué Fatty había escrito «otra» carta en la misma hoja… con zumo de naranja, a la manera de tinta invisible!

De pronto, Bets tuvo que sentarse porque le temblaban las rodillas.

—Una vez más —declaró encarecidamente—, tengo el presentimiento de que a Fatty le ha ocurrido algo malo. ¡Sometamos esa carta a una prueba!

Daisy precipitóse en busca de una plancha caliente. La espera, mientras se calentaba, se les antojó una eternidad. Por último, Pip pasóla hábilmente por encima de la carta.

Al punto apareció el mensaje secreto, en débiles trazos de color castaño. Los muchachos lo leyeron con el corazón palpitante.

> «Queridos Pesquisidores:
>
> No hagáis caso de la carta visible. Estoy prisionero aquí. No sé de qué se trata, pero puedo adelantaros que se está maquinando una sucia fechoría. Poneos en contacto con el inspector Jenks INMEDIATAMENTE y contádselo todo. Él sabrá lo que hay que hacer. No os acerquéis por aquí ninguno de vosotros. Siempre vuestro,
>
> FATTY.»

Sobrevino un silencio. Los Pesquisidores cambiaron graves miradas entre sí. Súbitamente, su misterio aparecía sombrío, peligroso e insondable. ¡Fatty estaba prisionero! ¿Por qué habría escrito aquella otra carta con tinta visible?

—¡Seguramente los hombres que le prendieron le obligaron a escribirla! —coligió Larry tras profunda reflexión—. Querían pescarnos a todos, porque sabemos lo de la habitación secreta. Pero nuestro inteligentísimo amigo Fatty se las compuso para escribir una carta secreta en el mismo papel.

—¡Y por poco nos pasa por alto! —suspiró Daisy—. ¡Cielos! ¡Pensar que «nos» proponíamos ir a Milton House y llamar a la puerta principal! ¡Habríamos entrado como si tal cosa y a estas horas «estaríamos» todos prisioneros como él!

—Opino que hemos demostrado ser muy poco sagaces —gruñó Pip—. ¿Cómo no se nos ocurrió someter la carta a una prueba por si contenía algún mensaje secreto? Deberíamos haberlo hecho sin vacilar.

—¡Suerte del olfato de Bets! —exclamó Larry—. Si Bets no hubiese olido a naranjas, habríamos caído todos en la trampa.

¡Magnífico, Bets! ¡Eres una excelente Pesquisidora! ¡Tú descubriste el mensaje secreto!

Ante semejante alabanza, Bets se puso radiante de satisfacción.

—¿Veis cómo no me engañaban mis presentimientos? —profirió la pequeña—. ¡Quiera Dios que Fatty esté sin novedad! Oye, Pip, ¿qué te parece si telefoneásemos al inspector inmediatamente? Ardo en deseos de contárselo todo.

—Yo telefonearé —ofrecióse Larry.

Y bajando al vestíbulo con los demás, tomó el receptor telefónico y pidió el número del inspector Jenks, que vivía en la población vecina.

Por desgracia, el inspector estaba ausente y no regresaría hasta al cabo de una hora. ¿Qué partido tomar?

—No es aconsejable que vayamos a Milton House —reflexionó Larry—. En absoluto aconsejable. Si esos hombres han prendido a Fatty, cabe suponer que también se las ingeniarían para prendernos a nosotros como si tal cosa. Y entonces no podríamos ayudarle a salir de allí. No nos queda otro remedio que aguardar pacientemente.

—¿Sería… sería un disparate decírselo al Ahuyentador, verdad? —aventuró Bets, que, aunque sentía viva antipatía por el señor Goon, comprendía que era menester ayudar a Fatty urgentemente.

—¿Qué estás diciendo? —repuso Pip, contrariado—. ¿Servir en bandeja nuestro misterio al viejo Ahuyentador? ¿Estás loca, Bets? Además, está en cama con un resfriado, según me dijo esta mañana nuestra asistenta, que también hace faenas en su casa. Eso significa que no se acercará para nada a Milton House.

Pero Pip se equivocaba. Era cierto que el señor Goon había guardado cama un día, pero, a la mañana siguiente, hallábase ya levantado, y, aunque tosiendo y estornudando, dispuesto a ir a Milton House en cuanto pudiese.

De hecho, en el preciso momento en que Pip decía a Bets que el señor Goon no se acercaría para nada a Milton House, el hombre estaba en camino de allí, a pie, debido al espesor de la nieve.

Al llegar a la Chestnut Lane vio las huellas de los neumáticos. ¿Llegarían hasta Milton House? La satisfacción del policía no tuvo límites al comprobar que, en efecto, las marcas morían ante la finca.

«¡Caramba! —se dijo el señor Goon—. ¿Conque ha venido alguien a esta vieja casa deshabitada en un magnífico cochazo? Se me antoja un poco raro. Sí, por lo visto ahí sucede algo y aquellos chavales lo han olido. ¡Si se figuran que van a tener otro misterio en exclusiva están muy equivocados!».

El señor Goon adoptó un aire profesional y, tras ajustarse el cinturón y calarse el casco con más firmeza en su redonda cabeza, dirigióse muy cautelosamente al portillo de Milton House, procurando mantenerse fuera del alcance de la vista de las ventanas.

Al ver la profusión de huellas de pisadas que iban y venían de la puerta principal rascóse la cabeza, reflexionando profundamente. Al parecer, había gente en la casa. ¿Eran los legítimos propietarios del lugar? ¿Qué hacían allí dentro? ¿Por qué los chicos andaban siempre merodeando por allí? ¿No sería que los ladrones de las joyas Sparling hallábanse en la casa, escondiendo su botín?

El señor Goon ardía en deseos de meterse dentro de aquella casa para registrarla, seguro de que los chicos habíanlo hecho ya. Con toda, quería hacerlo sin ser visto.

Por entonces comenzaba a anochecer, pues hacía una triste y encapotada tarde invernal, que presagiaba otra nueva nevada. El señor Goon contorneó la casa con toda clase de precauciones y, ante su sorpresa, vio un negro agujero en el suelo, cerca de la cocina.

Casi sin transición comprendió que se trataba de una carbonera con la tapa retirada. El hombre la miró, sorprendido. ¿Habría bajado alguien por allí? ¡Sí! ¡Probablemente, uno de aquellos fastidiosos chicos! A lo mejor, en aquel momento, estaban registrando la casa para averiguar si había algún objeto robado escondido allí.

El señor Goon sonrojóse ligeramente. No podía soportar la idea de que aquellos chavales recibiesen, nuevos plácemes del inspector Jenks por descubrir efectos robados en la comarca de su jurisdicción. Para evitarlo, el policía decidió entrar en la casa personalmente y dar un susto mayúsculo a los posibles intrusos. ¡Qué bronca les armaría!

Con suma precaución, el señor Goon metióse por el agujero de la carbonera. Como estaba tan rollizo, poco faltó para que se quedara

allí atascado, pero, a fuerza de menearse, logró aterrizar sobre el carbón.

«¡Ahora es cuestión de subir a registrar la casa y sorprender a esos pequeños entrometidos! —pensó el señor Goon triunfalmente en cuanto recuperó el aliento—. ¡Valiente susto les daré! ¡Se quedarán patitiesos! ¡Así aprenderán a no andar husmeando y metiéndose en los asuntos que sólo incumben a la policía! ¡Les daré una lección!».

Capítulo XIX

Fatty se escapa y el señor Goon tiene un sobresalto

Entretanto, ¿qué había sido de Fatty?

Los hombres habíanse marchado con la carta, encerrándole de nuevo en la habitación. Fatty comprendió que ambos se disponían a aguardar la llegada de alguno de los Pesquisidores, y él también acercóse a la ventana a atisbar.

Como sabemos, nadie acudió aquella mañana hasta poco antes de la hora de almorzar. Entonces presentóse Pip, y Fatty le vio recoger la carta, arrojada, al parecer, desde una de las ventanas de más abajo.

Fatty observó a Pip, pero no se atrevió a silbarle. Su única esperanza era que Pip acudiera a reunirse con los demás y juntos leyeran la carta invisible. ¡Si «al menos» adivinasen que «había» un mensaje secreto para ellos!

Al poco rato reaparecieron los dos hombres.

—Bien —dijo el de los labios delgados—, confío en que tus amigos no tardarán en venir por aquí. ¿Te gustará tener compañía? Comerás en una habitación menos confortable que ésta, chaval, y en cuanto lleguen tus amigos los meteremos allí contigo.

Fatty fue obligado a salir de la confortable habitación secreta y conducido a un aposento del piso de abajo, un cuarto muy frío y completamente vacío.

—Aquí tienes unos «sándwiches» —masculló el hombre de la cara colorada, tendiéndole unos bocadillos—, y un vaso de agua. Te encerraremos aquí y traeremos a tus amigos en cuanto los

pesquemos. Me temo que tendréis que permanecer aquí uno o dos días, hasta que terminemos nuestra importante labor. Entonces, tal vez telefonearemos a la policía o a vuestros padres para darles cuenta de vuestro paradero. Después de esta experiencia, es posible que no ansiéis meteros en lo que no os importa.

Y, tras dar otra manotada a la oreja de Fatty, salió del aposento de su compañero. Fatty percibió el rumor de la llave en la cerradura.

«Bien —pensó el muchacho—, aquí se está muy mal y hace un frío glacial; pero, por otra parte, creo que podré salir de "esta" habitación. El suelo no está alfombrado y queda un buen hueco debajo de la puerta. Aguardaré a que todo esté en calma y entonces intentaré poner en práctica mi pequeño truco».

Fatty comprobó que no había medio de escapar por la ventana debido a la distancia que la separaba del suelo. ¡Si al menos hubiese un árbol estratégicamente situado!

Acurrucándose en un polvoriento rincón, el muchacho comióse los «sándwiches» con buen apetito. Lo cierto era que los hombres habíanse mostrado muy mezquinos en lo tocante a la comida. Pese a tenerla en abundancia en la habitación secreta, todo cuanto habíanle dado en el curso del día eran dos o tres miserables bocadillos de jamón. Y Fatty, acostumbrado o comer opíparamente al menos cuatro veces al día, estaba francamente contrariado.

Después de comer y beberse el agua, acercóse a la puerta y escuchó atentamente. No se oía ni una mosca.

¿Sería acertado tratar de escaparse en aquel momento? Quizá los hombres estaban echando una siestecita arriba, en la habitación secreta. Fatty sabía que había tres individuos en la casa, aun cuando no había visto al llamado Jarvis, sin duda una especie de criado. A lo mejor, Jarvis tenía orden de acechar la llegada de los chicos.

En el preciso momento en que Fatty se disponía a pasar su periódico por debajo de la puerta para recoger la llave al otro lado, oyó pasos. Entonces, retrocediendo, sentóse en un rincón de la habitación. Pero no se presentó nadie. Fatty consultó su reloj. La tarde estaba ya bastante avanzada. Acaso sería preferible aguardar a que empezara a anochecer. Así, nadie vería asomar el periódico por debajo de la puerta. En cambio, al presente, aquello era

exponerse a levantar sospechas.

En consecuencia, el muchacho resolvió aguardar pacientemente. Tenía hambre y frío, y estaba muerto de cansancio. Para sus adentros pensó que aquella aventura no resultaba en absoluto agradable en aquel momento, pero consolóse ante la idea de que las aventuras solían tener sus pros y sus contras.

Cuando empezó a anochecer, Fatty asomóse a la ventana. Al punto tuvo la certeza de que andaba alguien acechando en el seto. ¿Quién sería? ¡Con tal que no fuese uno de los Pesquisidores! La oscuridad no le permitió ver el uniforme del Ahuyentador, de lo contrario habría reconocido al policía, que en aquel momento acababa de llegar.

Fatty decidió que lo mejor era escapar inmediatamente por si acaso aquella figura agazapada en el seto «era» uno de los Pesquisidores. Así podría advertirle, ya fuera Pip o acaso Larry, y los dos podrían huir juntos e ir a contárselo al inspector Jenks.

El muchacho aplicó el oído junto a la puerta y, al comprobar que no se oía el menor ruido, desplegó su periódico y lo introdujo cuidadosamente debajo de la hoja hasta dejar sólo una esquina en el interior de la habitación. Luego hurgó la llave para sacarla de la cerradura. A poco, percibióse su caída sobre el periódico.

El corazón de Fatty se aceleró. ¡Su fuga era inminente! Con suma precaución, procedió a tirar de la hoja del periódico, operación que, en aquellos casos, constituía siempre el momento más emocionante. ¿Aparecería la llave por debajo de la puerta, sobre el periódico en cuestión?

Afortunadamente, apareció. Fatty recogióla con un suspiro de alivio y la introdujo en la cerradura.

Una vez abierta la puerta, asomóse al pasillo. Éste estaba desierto. En vista de ello, Fatty cerró la puerta de nuevo y dejó la llave en la cerradura. Así, si pasaba por allí alguno de los hombres, supondría, al ver la llave puesta, que el prisionero seguía en la habitación.

¿Cómo saldría de la casa? Temía hacerlo por la puerta principal, pues no se atrevía a cerrarla de golpe y, si la dejaba abierta, alguien lo advertiría.

Así, pues optó por bajar de nuevo a la carbonera y salir por el

agujero. Estaba tan, oscura, que nadie le vería.

Cautelosamente, Fatty bajó la escalera y, a través de la cocina, dirigióse a la puerta que conducía al sótano. Al llegar a ella, tomó la llave, diciéndose que sería una buena idea cerrar la puerta tras sí, una vez se hallase en el sótano, con lo cual nadie podría sorprenderle allí metido caso que le resultase imposible trepar al jardín por el agujero. Una vez franqueada la puerta, cerró tras sí y dio vuelta a la llave. Luego lanzó un profundo suspiro de alivio, sin moverse del escalón superior. De momento estaba a salvo.

Pero, al descender por la escalera, se detuvo horrorizado. ¡Alguien bajaba por el agujero de la carbonera, gruñendo y resoplando! ¿Quién sería? ¡No parecía ninguno de los Pesquisidores!

Una vez más, el corazón, de Fatty latió locamente. El muchacho oyó saltar al desconocido sobre el montón de carbón. Fatty tenía la certeza de que se trataba de uno de sus apresadores, pero no se explicaba por qué entraba en la casa de aquel modo.

Entonces tomó una rápida determinación. Cuando el recién llegado cayó sobre el carbón, Fatty, abalanzándose sobre él, le hizo perder el equilibrio y caer de cabeza en el rincón más apartado del sótano.

Después, antes de que el hombre pudiera reaccionar, Fatty encaramóse sobre la pila de carbón para trepar por el agujero de la carbonera. Tomando impulso, logró apostarse en medio de la obertura, agarrarse con fuerza a los bordes y salir afuera, mientras abajo sucedíanse los gruñidos y las lamentaciones.

Fatty no tenía idea de que la persona del sótano era el viejo Ahuyentador. Una vez en el jardín, tomó la tapa de hierro, pero en el momento en que se disponía a encajarla en su sitio, el señor Goon, tambaleándose, sacóse la linterna del cinturón y enfocó al agujero.

Su asombro no tuvo límites al ver la cara del «chico francés» mirándole desde arriba. ¡No cabía duda! ¡Aquella cabellera negra y rizada, aquel pálido rostro y la célebre dentadura conejuna eran inconfundibles!

—¡Grrrr! —gruñó el señor Goon, tan encolerizado que no atinaba con las palabras.

Apresuróse a colocar la pesada tapa sobre el agujero,

parpadeando repetidamente.

Luego, temiendo que su prisionero imitara su ejemplo y trepase al exterior, Fatty arrastró un barril sobre el agujero hasta colocarlo encima de la tapa. Como dicho barril contenía una cuarta parte de agua helada, era evidente que quienquiera que fuese la persona que se hallaba en el sótano no podría salir de allí ni por la puerta, ni por el agujero de la carbonera.

Fatty respiró con más holgura. El prisionero del sótano empezó a gritar y a vociferar. Pero apenas se le oía. Fatty se dijo que sus voces no llegarían a oídos de nadie.

El muchacho deslizóse quedamente alrededor del seto del jardín, al acecho de cualquier intruso. Pero no vio a nadie.

De pronto percibió un ruido muy raro. ¿Qué sería? Parecía un murmullo o zumbido lejano.

—Parece un aeroplano —murmuró Fatty.

Y al levantar la vista vio con sorpresa una especie de rayo de luz emergiendo del tejado de Milton House.

«¡Qué luz más rara! —pensó Fatty—. ¿No estará destinada a guiar a ese posible aeroplano a los campos colindantes? ¡Son lo bastante grandes para permitir el aterrizaje de un aeroplano!».

El chico aguardó unos instantes. El ruido se fue acercando. Parecía describir círculos. Por último, cesó. Fatty tenía la convicción de que acababa de aterrizar un aeroplano en los campos que se extendían detrás de Milton House. El rayo de luz del tejado de la casa desapareció.

Fatty entró en la glorieta y aguardó, envuelto en las mantas. A poco, procedente de un portillo que daba acceso a la parte posterior del jardín, llegó un rumor de pasos y la luz de una linterna. ¡Saltaba a la vista que los pasajeros del aeroplano debían reunirse con alguien en Milton House!

Súbitamente, Fatty sintió verdadero pánico. No comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Sólo sabía que se trataba de un misterio, de un peligroso misterio, y que lo mejor era alejarse de allí cuanto antes.

¿Habrían leído los demás su mensaje secreto? ¿Habrían telefoneado el inspector Jenks? ¿Procurarían ayudarle? Que él supiera, nadie había acudido en su busca desde que Pip había

recogido la nota. Fatty resolvió ir a casa de Pip o de Larry para averiguar si sus amigos habían hecho algo positivo. Si no tomaban pronto una determinación, aquellos hombres terminarían su faena, cualquiera que ésta fuese, y desaparecerían para siempre.

Era evidente que no volverían jamás a Milton House. Habíanla utilizado secretamente una temporada, pero, una vez descubierto su escondrijo o punto de reunión, no volverían a utilizarlo.

«Eso significa que, si no consigo ayuda inmediatamente esos hombres tomarán las de Villadiego sin dejar rastro —se dijo Fatty—. De un momento a otro pueden descubrir que me he escapado de aquella habitación y alarmarse por mi posible denuncia. ¡Si quieren no tienen más que subir a ese avión y marcharse a otro país!».

El chico salió a la Chestnut Lane a través de un claro del seto y, amparándose siempre en la oscuridad, recorrió quedamente la calle.

De improviso, tropezó con alguien que venía en dirección «contraria», asimismo al abrigo del seto. El desconocido agarró a Fatty con tal fuerza, que el muchacho renunció a toda tentativa de desasirse.

Una luz deslumbró sus ojos, al tiempo que una severa voz mascullaba:

—¿Quién eres y qué «haces» aquí?

¡Fatty conocía perfectamente aquella voz! Y escuchóla gratamente sorprendido.

—¡Inspector Jenks! —balbuceó—. ¡Cáscaras! ¡Cuánto «me» alegro de oírle!

Capítulo XX

El inspector Jenks entra en acción

La luz de la linterna iluminó la cara de Fatty una vez más.

—¿Me conoces? —Inquirió el inspector Jenks—. ¿Quién eres tú?

El inspector no reconocía a Fatty con su curioso disfraz. Además, el chico aparecía tan negro y sucio que casi semejaba un negrito.

—Soy Federico Trotteville —declaró Fatty—. Voy… voy disfrazado, inspector, eso es todo.

—¡Silencio! —ordenó el inspector, llevando a Fatty a un campo situado más allá del seto—. Habla en voz baja. ¿Qué haces aquí? Los otros me telefonearon dándome unas noticias desconcertantes. Su historia no me convenció mucho, pero, con todo, decidí acudir a ver lo que pasaba.

—¡Magnífico! —exclamó Fatty—. Eso significa que mis amigos barruntaron que había un mensaje secreto en mi carta y lo leyeron.

—Eso es —asintió el inspector Jenks—. Como iba diciendo, acudí en cuanto pude en automóvil, y, tras oír la información de tus compañeros, fui a ver al señor Goon para averiguar si «él» sabía algo del asunto, pues cabía la posibilidad de que estuviese enterado de algo y no nos lo hubiera dicho.

—¡Oh! —profirió Fatty—. ¡Pues conste que nosotros no queríamos que se enterase!

—Al parecer, no sabe nada —explicó el inspector Jenks—. No estaba en casa, y nadie sabe dónde para. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—No —repuso Fatty, sin sospechar que el señor Goon hallábase encerrado a piedra y lodo en el sótano de Milton House.

—Entonces resolví acudir personalmente a Milton House —

prosiguió el inspector—, y apenas llegué tropecé contigo, y aquí estoy. ¿Qué «ha» sucedido, Federico? ¿Se trata realmente de algo importante o simplemente de un pequeño robo local sin importancia?

—Lo ignoro, señor —respondió Fatty—. No he podido averiguarlo. Pero le contaré a usted lo que sé.

Y el muchacho refirió todo cuanto habíale sucedido: lo de la habitación secreta donde había sido encerrado; la presencia de los dos hombres en la casa y de un tercero a quien no había visto, llamado Jarvis; la llegada del aeroplano, con más hombres para reunirse con los demás en la habitación misteriosa; y la forma en que había encerrado a cierta persona desconocida en el sótano.

—De modo que prenderá usted a «uno» de esos hombres, inspector, aunque se escapen los demás —concluyó el chico—. ¡Ah, se me olvidaba! Logré apoderarme de esta agenda para que usted le echara una ojeada. Me dije que tal vez le interesaría. Yo no comprendo una palabra de su contenido.

A la luz de la linterna, el inspector Jenks examinó la pequeña libreta que Fatty había cogido del armario de la habitación secreta.

—¡Sí! —exclamó el policía, lanzando un silbido de excitación—. ¡Pues yo lo comprendo perfectamente! Se trata de un libro escrito en clave con los nombres, verdaderos y falsos, de los miembros de una famosa banda, juntamente con sus respectivas señas. ¡Excelente faena, Federico! Ahora, atiende lo que voy a decirte: métete en el teléfono más próximo, llama al número que te diré, y di que quiero que venga la patrulla aquí, inmediatamente. No hay un momento que perder. «¡Inmediatamente!». ¿Entendido?

Fatty asintió en silencio. Estaba emocionado. Los otros misterios desentrañados por él y los Pesquisidores habían sido muy interesantes, pero éste los superaba a todos. Echando a correr como un gamo, dejó al inspector entregado a su ronda de reconocimiento.

Fatty obtuvo sin tardanza el número solicitado, evidentemente un número privado de la policía. Al oír su mensaje, una voz tajante e imperiosa profirió:

—¡De acuerdo! ¡Estaremos ahí dentro de diez minutos!

Fatty colgó el receptor con el corazón palpitante. ¿Qué haría ahora? ¿Ir a ver lo que sucedía? Los próximos acontecimientos

prometían ser extremadamente emocionantes.

Por otra parte, ¿era justo dejar a los demás Pesquisidores al margen del asunto? A buen seguro les encantaría participar en todo aquello. Probablemente no correrían ningún peligro si permanecían todos en la calle.

Fatty echó a correr a casa de Pip. Afortunadamente, todos los demás Pesquisidores hallábanse allí, muy preocupados, pero satisfechos de pensar que el inspector Jenks había acudido para tomar las riendas del asunto.

De pronto, «Buster» se puso a ladrar como un loco. Bets coligió al punto que Fatty subía por la escalera. Precipitándose a la puerta, la niña salió a su encuentro.

—¡Oh, Fatty! —exclamó, echándole los brazos al cuello—. ¿Estás sano y salvo? ¿Cómo pudiste escapar? ¡Oh, Fatty! ¡Cuánto nos hemos preocupado por ti!

—Dadme unas galletas o lo que sea —rogó el recién llegado—. ¡Estoy muerto de hombre! No teníais por qué preocuparos. Estaba perfectamente.

—¡Pero con qué «facha» vuelves! —comentó Pip—. ¡Negro, sucio y zarrapastroso!

—Eso es lo de menos —farfulló Fatty, engulléndose unas galletas —. He pasado las horas más emocionantes de mi vida. Os lo contaré todo por el camino.

—«¿Por el camino?» —repitió Daisy, asombrada—. ¿Adónde quieres que vayamos?

—A Milton House, a ver lo que se avecina —declaró Fatty—. Acabo de telefonear a la policía solicitando una patrulla de hombres armados. ¡Órdenes del inspector Jenks!

Sucediéronse gritos y exclamaciones. Los Pesquisidores miraron a Fatty, estupefactos. «Buster» trató en vano de encaramarse a la rodilla de su amor, loco de alegría de tenerlo de nuevo a su lado.

—¿Es… peligroso? —inquirió Bets.

—Muy peligroso, pero no para nosotros —replicó Fatty—. Bien, ¿queréis venir o no? Os lo contaré todo por el camino. Debemos partir inmediatamente. De lo contrario, nos perderemos lo mejor.

Como es de suponer, todos accedieron a acompañarle. Tras ponerse los abrigos y los sombreros, partieron en tropel, muy

excitados. En el preciso momento en que llegaban al otro lado de la colina, un potente coche de la policía pasó rozándoles, como un rayo.

—¡Ahí va… ahí va la patrulla armada! —barbotó Fatty—. ¿Les habéis visto? ¡Cáspita! ¡Qué aprisa han ido!

El enorme coche de la policía zumbó por la Chestnut Lane. Los chicos precipitáronse tras él a carrera tendida, con el corazón palpitante. Bets corría asida al robusto brazo de Fatty. «Buster» seguíales con la lengua fuera y el rabo en constante movimiento, tan excitado, que olvidábase por completo de cojear.

Por fin llegaron, ante el portillo de Milton House. El coche de la policía hallábase estacionado en la calle. Negras sombras esparcidas por doquier indicaban la presencia de varios miembros de la patrulla, apostados acá y allá. El inspector Jenks distribuía órdenes en voz baja.

—Está poniendo cerco a la casa —cuchicheó Fatty a los demás, casi sin voz de excitación—. Fijaos, allá va uno, y allí va otro, al otro extremo de la casa. ¿Cómo se las arreglarán para entrar?

El inspector Jenks pensaba hacerlo de una forma muy sencilla. Al leer la carta de Fatty a los Pesquisidores había reparado en que el chico recomendábales llamar a la puerta principal.

Así, pues, si él o sus hombres subían los peldaños de acceso a la puerta y llamaban con la aldaba, los que estaban dentro probablemente se figurarían que los visitantes eran los chicos, en plan de obedecer las órdenes que figuraban en la carta de Fatty.

Una vez apostados todos sus hombres alrededor de la casa, el inspector dirigióse a la puerta principal y levantó la aldaba. Los muchachos sobresaltáronse al oír el recio tactactac.

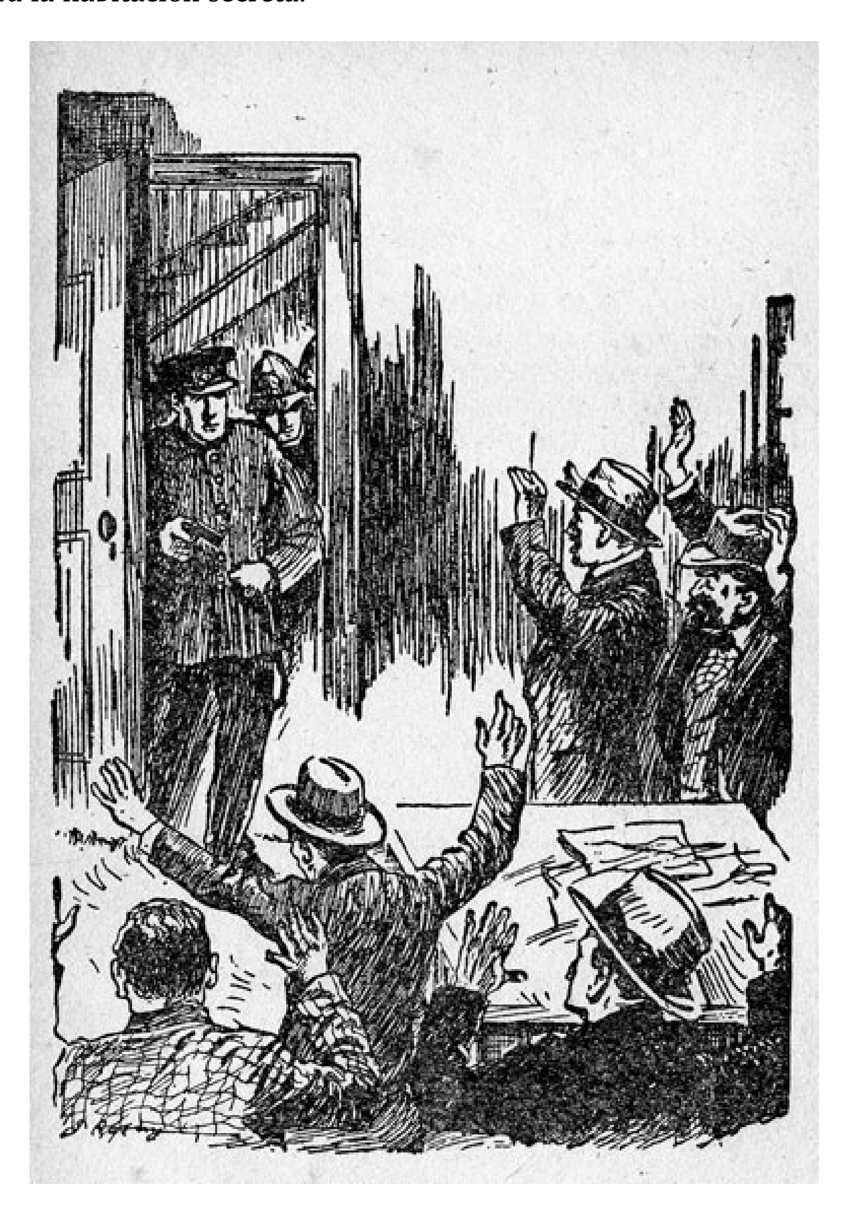
A poco abrióse la puerta de par en par. Evidentemente, el que la abrió, sin duda Jarvis, esperaba ver entrar cuatro niños en la casa.

En lugar de ello, una corpulenta figura abalanzóse sobre él, hundiéndole en el pecho el redondo cañón de un revólver al tiempo que ordenaba:

—¡Chitón!

Al punto aparecieron, otros tres hombres tras el inspector y la puerta cerróse quedamente. Luego, uno de los agentes puso las esposas al asustado Jarvis.

El inspector subió cautelosamente la escalera, seguido por dos de sus subordinados. Como todos llevaban suelas de goma, no hicieron el menor ruido en tanto se dirigían al último piso de la casa, a una habitación por cuya cerradura emergía un hilillo de luz. Era la habitación secreta.



El inspector abrió lo puerta bruscamente, revólver en mano. El policía no pronunció una palabra. Había cinco hombres en la habitación, que inmediatamente pusiéronse en pie de un brinco. La expresión del severo rostro del inspector bastó para inducirles a levantar los brazos en alto.

Entonces el inspector, echando una mirada circular a la estancia, exclamó con voz afable:

—¡Vaya, vaya! ¿Qué nido más confortable os habéis instalado aquí, eh? Encantado de volver a verte, Finnigan… ¿o bien te llamas John Henry Smith ahora? ¡Ah, Lammerton! ¿Tú también por aquí? ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué sorpresa más inesperada!

Los dos hombres interpelados por el inspector fruncieron el ceño. Uno era el individuo de los labios delgados; el otro, el de la cara colorada. El inspector miró a los demás.

Uno de ellos declaró ávidamente:

—¡Yo no tengo nada que ver con esto, inspector! Hasta esta noche no he sabido que se tramaba una sucia maquinación. Me he enterado al ser traído aquí en avión.

—¿De veras? —masculló el inspector con incredulidad—. ¿No tienes ninguna antigüedad importante que vender? Apuesto a que no sabes nada del robo de los inapreciables jarrones chinos propiedad del conde belga, ¿eh? ¡Claro! ¡Tú eres inocente!

Luego, volviéndose a otro hombre, prosiguió:

—¿Y tú? ¿No tienes arte ni parte en el robo de una valiosa pintura del museo de París? ¡Estoy seguro que no sabes una palabra del asunto! ¡Bien, bien! Lo único que puedo deciros es que es una lástima que una pandilla de inteligentes y conocidos bribones como vosotros haya sido sorprendida aquí, en un escondrijo, en compañía de un par de no menos conocidos compradores de antigüedades, tan bribones como vosotros, con fama de ser carne y uña de varios tipos de la misma calaña que trabajan al otro lado del Atlántico.

—Eso se ha acabado, muchachos —gruñó el quinto hombre, con expresión adusta—. Siempre dije que éste era un peligroso punto de reunión.

—Hasta ahora todo fue a pedir de boca, ¿no? —murmuró el inspector—. ¡Qué agradable rincón! Un lugar ideal para reunirse a maquinar vuestros golpes y para guardar los objetos de valor hasta

que se apaciguasen los ánimos y ello os permitiese llevarlos tranquilamente a América para venderlos. ¡Hasta con rejas en las ventanas para proteger vuestro botín! La policía de todo el mundo lleva años al acecho de vuestra astuta banda. ¡Me satisface pensar que ahora quedará desbaratada una larga temporada!

Los agentes que acompañaban al inspector Jenks entraron en la habitación y procedieron a poner hábilmente las esposas a los cinco ceñudos maleantes.

—¿Queda alguno más de vosotros por ahí? —preguntó el inspector—. Abajo hemos apresado a un individuo.

—Averígüelo usted mismo —espetó Lammerton desdeñosamente.

—Eso pienso hacer —convino el inspector—. La casa está cercada, como sin duda suponéis. Una precaución muy acertada, ¿no os parece?

Los cinco hombres guardaron silencio, enfurruñados. A una tajante orden del inspector, todos salieron de la habitación. Por espacio de unos dos minutos, el inspector Jenks inspeccionó la estancia. Luego marchó también abajo.

Los cinco hombres y Jarvis hallábanse colocados en fila en el vestíbulo. Gracias a que uno de los policías había dispuesto una linterna en un anaquel, la escena aparecía iluminada. Los cinco muchachos, apostados junto al portillo, comprendieron que había pasado el peligro ya, acercáronse a la puerta principal a echar un vistazo al interior llenos de curiosidad.

—¡Cáscaras! —exclamó Larry, aterrado—. ¡Fijaos qué pinta de truhanes tienen! ¿Qué te parece que son, Fatty? ¿Ladrones, espías o qué?

—Podrían ser cualquier cosa —murmuró Fatty, atisbando el interior—. ¡Todos tienen cara de facinerosos!

De improviso, Fatty resbaló. El rumor de su caída atrajo al punto a un policía a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—¡Somos nosotros! —declaró Fatty, sonriendo a la luz de la linterna—. ¡Hola, inspector! Hemos venido a ver lo que pasaba.

—Mal hecho —reconvino el inspector—. Podría haber habido tiroteo. Oye, Federico, ¿a quiénes de estos hombres viste tú?

Fatty señaló al de los labios delgados y al de la cara colorada.

—¿Los han detenido ustedes a todos? ¿Y el que encerré en el sótano?

Los prisioneros quedáronse pasmados. El de los labios delgados preguntó a Fatty vivamente:

—¿Cómo saliste de aquella habitación cerrada con llave?

—No me gusta revelar mis secretos —repuso Fatty—. Oiga usted, inspector. Con, el del sótano, estos hombres suman siete. ¿Iremos a por él?

—No hay nadie más —insistió el de los labios delgados—. Sólo somos seis.

Otra negra silueta emergió de la oscuridad del exterior, avanzando hacia la luz. Era uno de los policías apostados en el jardín.

—Señor —dijo al inspector—. Abajo en el sótano hay alguien. Mientras me hallaba de guardia en la parte trasera de la casa, oí constantes gritos ahogados, sin conseguir dilucidar de dónde procedían.

—¡Es el individuo que encerré en la carbonera! —profirió Fatty —. ¡Bajemos a buscarle!

Capítulo XXI

Desenlace del misterio

—En este caso, ven conmigo —ordenó el inspector, sacándose de nuevo el revólver—. Los demás quedaos aquí Sólo me acompañará Federico para mostrarme el camino. Tú, Federico procura mantenerte apartado cuando yo abra la puerta del sótano.

Orgullosamente, Fatty condujo al inspector a la puerta del sótano y, una vez allí, sacóse la llave del bolsillo. De abajo llegaba una vehemente voz, chillando y gritando, acompañado de un ruido de carbón cada vez que el pobre Ahuyentador intentaba buscar una salida.

Al tiempo que entregaba la llave al inspector, Fatty se dijo que aquella voz no le era desconocida. Una vez en poder de la llave, el inspector la introdujo en la cerradura y abrió la puerta.

—¡Suba usted! —rugió—. ¡Suba la escalera con las manos en alto!

Alguien subió la escalera, torpemente. Era el pobre señor Goon, sin su casco, que había perdido entre el montón de carbón, y con la cara como un negro. Tambaleándose, apareció en el marco de la puerta, deslumbrado por el intenso resplandor de la linterna del inspector. Hallábase tan sucio y tiznado, que ni Fatty ni el inspector le reconocieron.

El señor Goon estaba enojado, asustado y aturdido. Tras atravesar la cocina, encañonado por la espalda por el inspector, quedóse boquiabierto al ver la caterva de hombres reunidos en el vestíbulo. Pero lo que más le sorprendió fue la presencia de los chicos allí, tanto, que empezó a abrir y cerrar la boca como un pez.

«Buster» fue el único que reconoció al pobre señor Goon. Con un

aluvión de sonoros ladridos, precipitóse gozosamente a los tobillos de su enemigo.

—¡Eh, lárgate de aquí! —gruñó el señor Goon, encolerizado, defendiéndose a puntapiés—. ¿Qué es todo esto?

—¡Pero si es el Ahuyentador! —exclamaron los Cinco Pesquisidores, todos a una, en el colmo de la sorpresa.

—¡Goon! —profirió el inspector, no menos asombrado que los muchachos—. ¿Cómo ha… qué ha…?

Pero el inspector no pudo terminar la frase. En lugar de ello, prorrumpió en tales carcajadas, que los demás miembros de la patrulla no pudieron menos de sonreírse a su vez.

—¡Vaya por Dios, Goon! —exclamó el inspector, contemplando al sucio y enojado policía con expresión regocijada—. Hace un rato fui a su casa para averiguar si sabía usted algo de los sucesos de acá, pero no le encontré.

—¡Me encerraron en aquel inmundo sótano! —lamentóse el señor Goon, echando a Fatty una mirada incendiaria—. ¡Y ése fue el que me encerró! Hay que vigilarle. Es un chico francés, con malas intenciones. Apuesto a que está en combinación con esos ladrones… o quienesquiera que sean esos tipos que ha detenido usted. ¡Verá cuando le pesque!

—¿No me conoce, señor Goon? —preguntó Fatty con su voz normal.

Dando un respingo, el señor Goon contempló la rizada peluca negra, las enormes cejas y la dentadura conejuna. No cabía duda de que la cara era la de aquel «chico francés»; pero la voz era de Fatty.

—Verdaderamente, no me gustaría en absoluto que molestase usted a este colaborador mío —repuso el inspector afablemente—. Me sorprende que un experto policía como usted, Goon, no reconociera a Federico a través de su disfraz.

Fatty despojóse de la peluca y las cejas. Luego, con un poco más de dificultad, quitóse la dentadura postiza. El señor Goon tragó saliva varias veces, mirándole de hito en hito. Luego se puso colorado como un tomate. Los seis prisioneros contemplaron a Fatty, estupefactos, en tanto los demás Pesquisidores reíanse por lo bajo. ¡Admirable Fatty!

—Dejaremos las demás explicaciones para más tarde —declaró

el inspector—. Ahora, en marcha, muchachos. En el coche caben los seis detenidos y tres guardianes. El resto de los agentes que se queden de guardia junto al aeroplano hasta que acuda un relevo.

El grupo se dispersó. El señor Goon, que presentaba un curioso aspecto sin su casco, permaneció inmóvil, con expresión enfurruñada.

—Será mejor que vuelva usted a su casa, Goon —aconsejó el inspector—. Parece usted indispuesto.

—«Estoy» indispuesto —corroboró el señor Goon, en tono apesadumbrado—. ¡Ya sabía yo que esos chavales andaban metidos nuevamente en camisa de once varas! Para colmo, en el momento en que me hallaba a punto de aclarar el misterio, ese chico me encerró para recoger él los laureles.

—Ignoraba que fuese usted, señor Goon —disculpóse Fatty sinceramente.

—¿Y eso qué importa? —refunfuñó el señor Goon—. De «haberlo» sabido, habríais hecho lo mismo. ¡Valiente pandilla de entrometidas estáis hechos! ¿Quién os manda entorpecer la acción de la Ley?

—¡Nada de eso, Goon! —rectificó el inspector—. Lo que hacen es «colaborar» con la Ley. Gracias a ellos, hemos hecho una excelente faena esta noche, deteniendo a casi toda una banda de ladrones internacionales y sus agentes. Supongo que ha oído usted hablar del famoso Finnigan, y del no menos infame Lammerton, ¿verdad, Goon? Son individuos especializados en robar cuadros, joyas, porcelanas y otros objetos valiosos, para embarcarlos y venderlos en otros países.

—Sí, señor, les conozco de oídas —masculló Goon, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas—. ¿De veras «les» hemos echado el guante, señor? ¡Pensar que se han estado reuniendo en mis propias barbas!

—Sí, Goon —gruñó el inspector—. A ver si tiene usted más olfato en el futuro.

—¡ATCHIS! —estornudó el señor Goon—. Bien, señor… ¡ATCHIS!

—Vuélvase a casa, Goon —repitió el inspector—, y acuéstese. Tiene usted un resfriado de padre y muy señor mío, ¿verdad?

—Sí —farfulló el señor Goon, sonándose con un enorme pañuelo —. Tendría que estar en cama, pero, cuando comprendí que aquí pasaba algo, me dije que era mi deber acudir. Prefiero pescar una pulmonía que faltar a mi obligación, señor.

—Con lo cual demuestra usted un gran sentido de la dignidad —ensalzó el inspector gravemente—. Ahora, vuelva a casa. Mañana hablaré con usted.

Goon desapareció entre las sombras de la noche, tosiendo y estornudando. Antes de partir, el policía echó a Fatty una postrer mirada rencorosa. Pero el chico no se dio por aludido. «Buster» obsequió al señor Goon con unos pocos ladridos de despedida.

—Vamos a ver, Pip —dijo el inspector—, ¿crees que tu buena madre me permitirá compartir vuestra cena? Tengo el presentimiento de que le gustará saber detalles de todo esto. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—¡«Completamente» de acuerdo! —asintió Pip gozosamente.

De hecho, estaba preocupado pensando cómo explicaría a sus padres todo lo sucedido. Sabía que su madre admiraba al inspector, además de profesarle viva simpatía. Si el policía se encargaba de referir el caso, no habría reprimendas.

De hecho, la cena resultó una nutrida y agradable reunión, pues, al enterarse de que había sucedido algo extraordinario y que el inspector estaba satisfechísimo de los Cinco Pesquisidores, la madre de Pip telefoneó a los padres de Fatty, que habían regresado ya de su viaje, y a los de Larry, invitándoles a cenar con ellos aquella noche.

Los muchachos trasnocharon como los mayores, y éstos escucharon, asombrados, el interesante relato del tercer misterio aclarado por los Pesquisidores. Y, aunque la madre de Pip pensó para sus adentros que no le gustaba que Pip y Bets se mezclasen en semejantes andanzas, se abstuvo de expresar su sentir en voz alta.

Fatty, naturalmente, fue el héroe de la velada. Su descripción de los sistemas de escribir cartas invisibles, salir de habitaciones cerradas con llave y disfrazarse, fue escuchada con interés y asombro.

—¡Magnífico, Federico! —elogió su madre. No tenía idea de que practicases estas cosas. ¡Ni siquiera sabía que estuvieses enterado de

ellas!

—Verás, mamá —suspiró Fatty—. Has de saber que recientemente me he dedicado a estudiar los métodos empleados por los detectives. No puedo menos de pensar que en este aspecto, tengo un don especial. Confío en que no insistirás en que estudie para militar, porque estoy seguro de que no serviría para el ejército. Soy un detective nato. Podría contarte cosos increíbles. Por ejemplo, una vez…

—¡Chitón! —ordenó Pip, incapaz de soportar por más tiempo la vanidad de Fatty—. Admito que, a veces, eres muy listo; pero al fin y al cabo, sabes perfectamente que lo que nos puso sobre la pista del Misterio de la Habitación Secreta fue la casualidad de que yo trepase a aquel árbol.

—Todos sois dignos de encomio —terció el inspector, mirándoles con expresión radiante—. Incluso la pequeña Bets, que fue lo suficiente lista para oler el zumo de naranja de la carta de Federico, evitando con ello que todos los Pesquisidores cayesen en una trampa.

Bets se ruborizó. Es muy fastidioso ser la menor de los Pesquisidores, pero resultaba agradabilísimo ser elogiada por el inspector.

¡Qué velada más feliz y emocionante aquélla! Nadie quería regresar a casa, ni acostarse. El inspector fue el primero en despedirse, cuando pasó a recogerle su coche.

—Buenas noches —murmuró—, y gracias, muchísimas gracias a todos por desentrañar este misterio. Espero que tendréis ocasión de desentrañar muchos más. Siempre apreciaré vuestra ayuda, si me permitís la expresión. Porque, en realidad, habéis hecho algo más que ayudar.

—¡Adiós! —exclamaron los Pesquisidores, agitando la mano a su gran amigo.

¡Cuánto les satisfacía haberle visto de nuevo!

—Apuesto a que el viejo Ahuyentador está fastidiado —comentó Fatty, poniéndose el abrigo para regresar a su casa con «Buster» y sus padres.

—A mí me da un poco de lástima —musitó la compasiva Bets—. ¡Pensar que ha fracasado otra vez, y que encima tiene un horrible

resfriado, y fue encerrado en aquel sucio sótano y perdió el casco!

—Sí —convino Daisy—, me figuro que está pasando un mal trago. Propongo que seamos generosos. ¿Qué os parece si le llevásemos unas flores o algún otro obsequio si mañana sigue en cama? No le tengo simpatía, ni se la tendré jamás, pero, al igual que Bets, no puedo menos de sentir un poco de lástima por él.

—¿Llevar flores al viejo Ahuyentador? —espetó Fatty, desdeñosamente—. ¿Estás loca? No tengo inconveniente en ir a buscar su casco, o en regalarle un poco de jabón para lavarse el uniforme. ¡Pero «flores», ni hablar! ¡Las flores y el Ahuyentador no pegan ni a la de tres!

—De acuerdo —suspiró Daisy—. En este caso, le regalaremos una pastilla de jabón y buscaremos su casco. ¡Qué sorpresa se llevará!

—¡De eso no me cabe la menor duda! —convino Fatty—. ¡Ya voy, mamá! ¡Aguarda un minuto a que me despido! Ahora, Daisy, no se te ocurra comprar un jabón a base de perfume de violetas o de guisantes de olor. ¡Para el Ahuyentador, ácido fénico y gracias!

—Todos rieron. «Buster» coreó las risas con sus ladridos.

—Adiós, «Buster» —murmuró Bets, acariciándolo—. Hasta mañana.

—Adiós —dijo Fatty—. ¡Ah, y escuchad! Os propongo… ¡Sí, mamá, ya voy! ¡Un segundo!

—¿Nos propones qué? —inquirieron los demás Pesquisidores.

—¡Os propongo desentrañar otro misterio en cuanto se nos presente la ocasión! —concluyó Fatty, descendiendo los escalones de la entrada—. ¡Y a ser posible de los que tiran de espaldas! ¿De acuerdo?

—¡Oh, «sí»! —vociferaron los Pesquisidores, alborozados—. ¡Estamos de acuerdo, Fatty, completamente de acuerdo!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] «Fat» significa gordo, en inglés, y el diminutivo «Fatty» gordito. (N. de la T.) < <

[2] Este vocablo significa «bollo», en inglés. (N. de la T.) <<